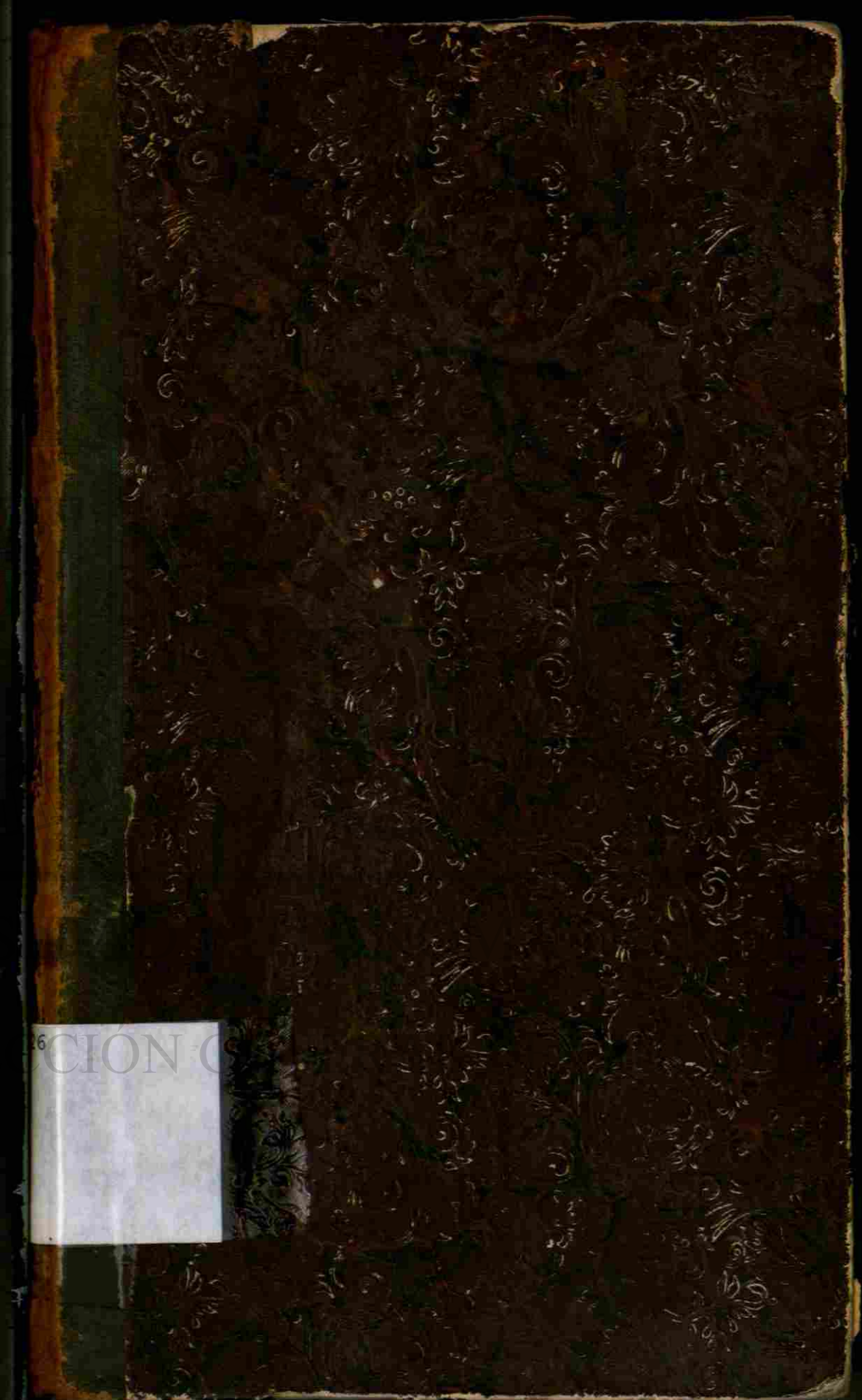




LAS
UEVA
CONFIR
DE
LAMAR

PQ2326

C6

c. 1

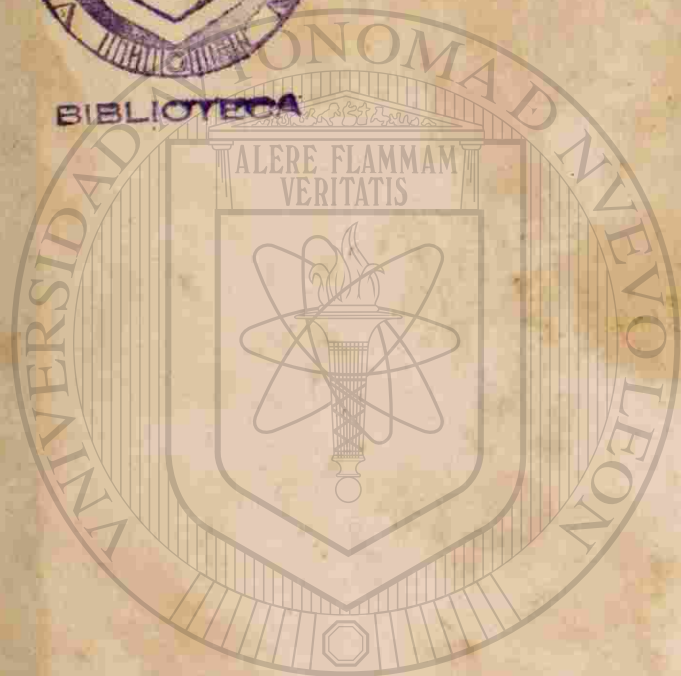
José Angel Benavides.



1080044342



BIBLIOTECA



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

84 L. In.

José



86-3

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS MEXICO.

IMPRENTA DE JUAN R. NAVARRO,
Calle de Chiquis número 6.

1850.

6466#141

LAS NUEVAS

CONFIDENCIAS,



BIBLIOTECA

de M. de Gamartine,

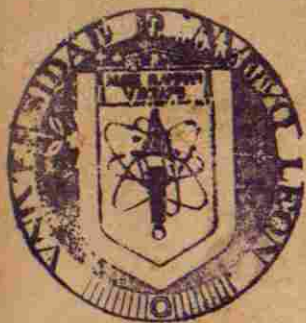
TRADUCIDAS DEL FRANCÉS POR J. M. F. V.



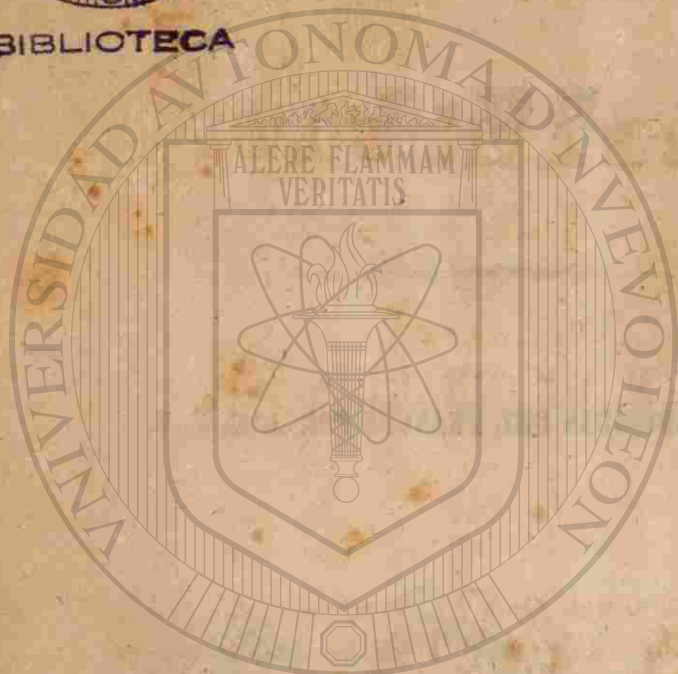
FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

29539

110647



BIBLIOTECA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



PREAMBULO.

A M. DE GIRARDIN.

AL dirigiros, mi querido Girardin, el tercer volumen de estas notas que el público ha llamado *Confidencias*, no puedo dejar de sentir una nueva opresión de corazón. Lo que había yo previsto ha sucedido. Manifestando mi vida, se ha evaporado. Este diario de mis impresiones ha encontrado gracia, indulgencia y aun interés, si debo dar crédito á los anónimos benévolos que algunos lectores me han dirigido. Mas los críticos ásperos y austeros, esos hombres que disuelven hasta nuestras lágrimas en la tinta, para hacer mas amargos sus sarcasmos, no han podido perdonar los desahogos de una alma de veinte años. Han creído ó fingido creer, que yo buscaba: una miserable celebridad en las cenizas de mi propio corazón han dicho que por un exceso de vanidad quería yo recoger y respirar con anticipación, y en vida, las tristes flores que adornarían mi tumba. ¡Han clamado contra la profanación del senti-

miento interior, contra la desvergüenza de una alma que se presenta desnuda, contra el escándalo de los recuerdos confiados, contra la venalidad de las cosas santas, y contra la *simonia* del poeta vendiendo sus fibras para salvar el árbol y el techo de su cuna! He leído y escuchado en silencio todas esas malignas interpretaciones de un acto cuya verdadera naturaleza os habia sido revelada mucho antes de serlo al público. Nada he contestado. ¿Qué podía yo responder! Las apariencias se habian conjurado contra mí. Solo vos sabíais que existían esas notas hacia mucho tiempo encerradas en mi cajita de madera de rosa con los diez volúmenes de las notas de mi madre; que no debían salir jamás de allí; que habia rechazado con un sobresalto de mi corazón la primera idea de publicarlas; que habia rehusado un ofrecimiento regio, por esas páginas sin valor real, y que en fin, un día—día que no puedo perdonarme—obligado á optar fatalmente entre la necesidad de enagenar mis pobres *ocios*, tan queridos, *ocios* mas santos que los de las *confesiones*, ó entre la necesidad de dejar publicar estas páginas, preferí el contristarme á mí mismo, á tener el dolor de contristar á antiguos y fieles servidores, vendiendo sus techos y sus viñas á estraños. Recibí con una mano el precio de las *Confidencias*, y lo entregué con la otra á los demas, para comprar tiempo.

Este es todo mi crimen, y lo expío.

Pues bien, regocijense esos críticos por el logro de su venganza: de nada sirvió tal sacrificio! En vano entregué al viento esas páginas arrancadas al libro de mis mas piadosos recuerdos; el tiempo que su precio me procuró, no fué suficiente para conducirme hasta el umbral de la habitacion donde no se sienten ya los pesares. Queden satisfechos, puesto que mis pobres *ocios* van á venderse. Me queda la vergüenza de haber publicado estas *Confidencias* sin haber gozado la alegría de salvar mi jardin. Huellas estrañas van á borrar las de mis padres. Dios es Dios, y ordena algunas veces al viento que arranque con sus raices la encina de cien años, y al hombre que arranque con las raices su propio corazón. La encina y el corazón son suyos; es preciso volvérselos, y hacerlo por justicia para su gloria y bendicion.

Y ahora que es completa mi aceptacion de los críticos, y

que me reconozco culpable, y sobre todo, afligido, aun cuando lo sea tanto como dicen, ¿no hay excusa alguna que pueda atenuar mi crimen á los ojos de los lectores indulgentes ó imparciales?

Para juzgarlo, no tengo mas que haceros una pregunta, así como al público, que se ha dignado hojear estos volúmenes con distraccion. Esta pregunta es la siguiente:

Las páginas publicadas de estas *Confidencias*, ¿á quién han podido causar males en el espíritu; á mí ó a los que las han leído? ¿Hay un solo hombre vivo, hay una sola memoria de persona que no exista sobre quien estos recuerdos hayan arrojado una sombra odiosa ó aun desfavorable, sea sobre su nombre, sobre su familia, sobre su vida, ó sobre su tumba?

¿El alma de nuestra madre ha podido entristecerse en el cielo? ¿El rostro varonil de nuestro padre ha desmerecido en el respeto de sus descendientes? *Graziella*, esa flor precoz y marchita de mi adolescencia, ¿ha recogido otra cosa que algunas lágrimas de jóvenes en su tumba de Portici!...

Julia, el culto de mi juvenil entusiasmo, ¿ha perdido en la imaginacion de los que conocen este nombre, la pureza que ha conservado en mi corazón? Mis maestros los piadosos jesuitas de Belley, de los que no amo el nombre, mas cuya virtud venero, mis amigos mas queridos y los primeros laureados, *Virieu*, *Vignet*, el abate *Dumont*, ¿podrían quejarse si volviesen á la tierra, porque he disfigurado sus hermosas naturalezas, empañado sus nobles imágenes, ó manchado su lugar en la vida? ¿Apelo á cuantos las han leído! ¿Una sola sombra me mandaria que borrara alguna línea? Muchas de las personas de quienes he hablado, viven todavía, ó sus hermanos, ó sus hijos, ó sus amigos; ¿y los he humillado? Me lo habrían dicho. No, no he embalsamado mas que los recuerdos puros. Mi sudario era pobre, pero sin mancha. Los nombres modestos que habia yo sepultado, para mí solo no se habrían ataviado ni deshonrado. Ningun afecto sincero podrá hacerme la menor reconvencion; ninguna familia me acusará de haberla profanado, nombrándola. Una memoria es una cosa inviolable, porque es una cosa muda; solo debe tocarse piadosamente. Nunca me consolaria si hubiese dirigido de esta vida á la otra, de donde no puede contestarse una pala-

bra que pudiese ofender esos inmortales ausentes, que se nombran manes. Ni aun quisiera que una palabra imaginada contra alguno de los que me sobrevivirán un día, pudiese imputárseme. La posteridad no es el albañal de nuestras pasiones; es la urna de nuestros recuerdos, y no debe conservar mas que perfumes.

Estas Confidencias no han causado, pues, mal ni pesares á persona alguna, viva ó muerta. Me engaño, supuesto que me han causado males á mí, á mí solo. Me he pintado tal como fui: una de esas naturalezas, tan comunes en el hijo de la muger, formada no de una sola pieza ni de una arcilla excepcional y purificada como la de los héroes, la de los santos ó de los sabios, sino amasada con los diversos sedimentos que entran en el molde del hombre débil y apasionado; elevadas aspiraciones y estrechas alas; grandes deseos y manos cortas para alcanzar al lugar hasta donde ellos llegan; ideal sublime y realidad vulgar; fuego en el corazón, ilusiones en la mente, lágrimas en los ojos; estatuas humanas, que atestiguan por la diversidad de los elementos que las componen, la misteriosa caducidad de nuestra pobre naturaleza, y donde se encuentra, como en el metal del Corinto, después del incendio además de las señales de todos los metales derretidos, que se confundieron, un poco de oro entre una inmensa cantidad de plomo. Mas lo repito: ¿á quién he perjudicado si no es á mí mismo?

Ellos dicen: esa desnudez manifiesta del sentimiento y de la vida ofenden el pudor virginal del alma, del cual el del cuerpo no es mas que el emblema imperfecto en el corazón humano. ¿Os mostrais desnudo sin velo y no os avergonzáis? ¿Quién sois, pues?

¡Ah! yo soy lo que vosotros, un pobre escritor; un escritor, es decir, un meditador público; soy lo que fueron, por el genio y la virtud, después de San Agustín, Juan Jacobo Rousseau, Chateaubriand, y Montaigne, todos los hombres que han interrogado silenciosamente su alma, y han contestado en voz alta para que el diálogo entablado consigo mismo, fuese también una conversacion útil á su siglo ó á los futuros. El corazón humano es un instrumento, que no tiene ni el mismo número ni la propia cualidad de las cuerdas en todos los pe-

chos, y en el cual pueden descubrirse eternamente nuevas notas para añadirlas al diapason infinito de los sentimientos y de los cánticos de la creacion. Este es el papel de nosotros, poetas ó prosadores á pesar nuestro, rapsodia del poema sin fin que la naturaleza canta á los hombres y á Dios. ¿Por qué acusarme, si os escusais vosotros? ¿No somos de la misma familia de esos *Homéridas*, que refieren de puerta en puerta historias de que son á su turno, y algunas veces igualmente, historiadores y héroes? ¿Es, pues, la naturaleza del pensamiento la que forma un crimen de publicarlo? Un pensamiento vulgar, crítico, escéptico, dogmático, será inocente, descubriéndose, según vosotros, un sentimiento frívolo, frío, sin intimidad, es decir, sin palpitacion en vosotros, sin consecuencia para los demás; no violará el poder rebelándose; pero un pensamiento piadoso, ardiente, arrancado al foco de luz del corazón ó del cielo; un sentimiento ardoroso, producido por la explosion del volcan del corazón, un grito del alma, despertando con su acento de verdad y de afliccion, otros gritos simpáticos en el cielo ó en el porvenir; una lágrima sobre todo, una lágrima, no descrita como las que caen sobre vuestros fingidos sudarios, una lágrima de agua y de sal amarga brotando de los ojos, en lugar de una gota de tinta de la pluma! ¡ah! ¡este es el crimen! ¡esta la vergüenza! ¡este el impudor, según vosotros! ¿Es decir, que lo que es frío y artificial, es inocente en el artista, y lo que es natural y ardiente, imperdonable en el hombre! Es decir que el pudor del escritor consiste en descubrir lo falso, y el impudor en manifestar la verdad. Mostradme vuestro espíritu si lo teneis; pero no vuestra alma para arrastrar la mia.

Sin embargo, teneis razon en el fondo, pero no sabeis manifestarla; sí es demasiado cierto que hay misterios, desnudez y partes, no vergonzosas sino delicadas y *sensitivas* de nuestra alma, profundidades, personalidades, últimos repliegues del sentimiento y del pensamiento que costaría muchísimo descubrir, y que un escrúpulo honrado, natural, no nos permitiría nunca desnudar sin un remordimiento del pudor violado. Hay la indiscrecion del corazón, convengo en ello con vosotros; cruelmente lo he sentido yo mismo, la vez primera que habiendo escrito algunas poéticas ilusiones de mi

alma, algunos desahogos demasiado reales de mis sentimientos, los leí á mis mas íntimos amigos. Mi frente se cubrió de rubor, y no pude concluir su lectura. Les dije: "no; no puedo proseguir, vosotros leereis eso.—¿Y cómo, me dijeron mis amigos, no puedes leernos á nosotros lo que vas á presentar á los ojos de toda la Europa?—No sé por qué, les contesté; mas no siento ninguna vergüenza al dejar leer esto al público, y sí una repugnancia invencible en leerlo frente á frente de dos ó tres amigos míos."

No me comprendieron, así como yo mismo tampoco me comprendía. Entonces discurrimos juntos contra la inconsecuencia del corazón humano. Desde entonces siempre he sentido esa misma repugnancia instintiva en leer á una sola persona lo que no me costaba ningún esfuerzo del pudor ofendido dejar leer al público, y después de haber reflexionado por mucho tiempo, he hallado que esa inconsecuencia aparente era en el fondo una perfecta lógica de nuestra naturaleza.

¿Por qué en efecto? Porque un amigo es una persona, y el público no lo es; porque un amigo tiene un rostro, y el público no lo tiene; porque un amigo es un ser presente, que escucha, que mira, un ser real, y el público es un ser invisible, un ser de razón, un ser abstracto; porque un amigo tiene un nombre y el público es anónimo; porque un amigo es un confidente, y el público una ficción. Me ruborizo delante del uno porque es un hombre, y no me sucede lo mismo en presencia del otro, porque es una idea: cuando hablo ó escribo delante del público, me siento tan libre, tan esento de esas susceptibilidades de hombre á hombre, como si hablase ó escribiese delante de Dios y en el desierto; la multitud es una soledad, se ve, se sabe que existe, pero no se conoce sino en masa. Como individuo no existe. Así, pues, siendo ese pudor de que hablais el respeto de sí mismo delante de alguno, desde el momento en que no hay persona visible en tan inmensa multitud, ¿cuál sería el motivo de ese pudor? Psiquis se ruboriza delante de una lámpara, porque la mano de solo un Dios la pasea por su hermoso cuerpo; mas que el sol la vea con sus millares de rayos desde lo alto del Olimpo, y esa personificación del alma púdica, no se avergonzará delante de todo el cielo. Esta es la perfecta imagen del pudor del

escritor ante un solo espectador, y de la libertad de sus confianzas ante todo el mundo. ¿Me acusais de violar el misterio delante de vos? No teneis derecho para hacerlo: no os conozco, nada os he confiado personalmente; sois un indiscreto que leeis lo que no se os ha dirigido.—Sois *una persona*; no sois el público: ¿qué me queréis? No os he hablado, nada teneis que decirme, ni yo tengo que contestaros.

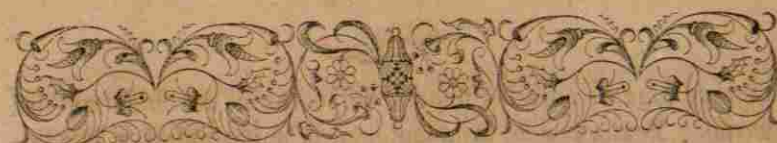
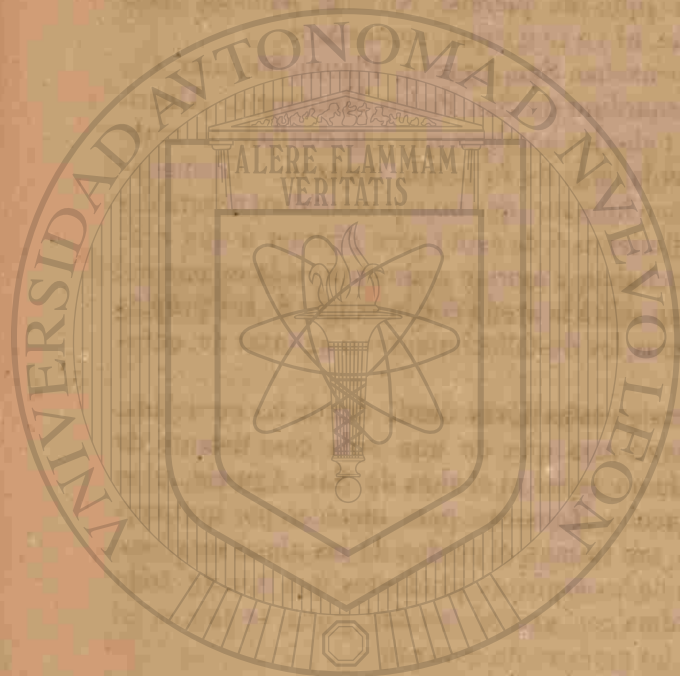
Así es como pensaban San Agustín, Platon, Sócrates, Ciceron, César, Bernardino de San Pedro, Montaigne, Alfieri, Chateaubriand y todos los hombres que han confiado al mundo los secretos verdaderos de su propio corazón. Gladiadores reales del coliseo humano, que no representaban miserables comedias de sentimiento ó de estilo para distraer á una academia, sino que luchaban y morían realmente en la escena del mundo, y escribían sobre la arena con la sangre de sus propias venas los heroísmos, los desfallecimientos ó agonías del corazón humano.

Dicho esto, prosigo estas notas desde donde las he dejado, y no me avergüenzo mas que de una sola cosa delante de los críticos, y es de no tener ni el alma de San Agustín, ni el genio de Juan Jacobo Rousseau, para merecer, por indiscreciones tan santas, tan tiernas, el perdón de las almas sensibles, y la condenación de los espíritus prudentes, que toman todo movimiento del alma *por una obscenidad*, y que se cubren el rostro cuando se les muestra un corazón.

Alfonso de Lamartine.

UNIVERSIDAD NOMA DE NUEVO LEON

ALFONSO DE LAMARTINE BIBLIOTECAS



NUEVAS

CONFIDENCIAS

DE MR. DE LAMARTINE.

I.

Después que aquella primera llama de mi vida se evaporó en el cielo, no dejando en mí mas que el deslumbramiento de una vision y el recogimiento de un culto, anduve errante por algunos meses, como un ciego que ha perdido la luz del cielo, y no se inquieta por la de la tierra. Pasé la mayor parte de aquel tiempo en Suiza, sobre los lagos de Génova, de Thoun y de Neuchatel, enfermo, siempre solitario, no permaneciendo jamas una sola semana en un mismo lugar. Mi madre, que conocia la causa de mis penas, me enviaba de cuando en cuando alguna suma pequeña, ahorrada, sin conocimiento de su familia, sobre lo que se le daba mensualmente para el gasto de su casa; sabia que solo el aire libre evapora los grandes dolores, y que el cambio per-

petuo de lugares cura las fiebres del corazon, así como las del cuerpo. Temia por mí la monotonía, la uniformidad, y la ociosidad mas destructiva, que el dolor de la casa paterna y de la vida de Mácon. Sin embargo, se acercaba el Otoño, y ella no sabia ya cómo disculpar mi ausencia sin causa, á los ojos de mi padre y de mis tíos. Fué preciso volver.

II.

Volvi por Lyon. Allí me embarqué en una de esas embarcaciones que subian y descendian entónces por la corriente del Saône, conducidas, como los trineos, por el hielo del rio, por caballos que galopaban en los prados de que estaba rodeado.

Recostado en el puente, entre los fardos y las balijas, veia la punta del mástil marcar sus ligeras ondulaciones en el cielo, como una aguja negra, adelantándose con un movimiento insensible sobre el cuadrante de mi vida. De tiempo en tiempo me levantaba al ruido de la voz bronca del patron de la barca, que nombraba las poblaciones de la ribera, y preguntaba á los viajeros, si alguno queria descender al puerto por cuyo frente pasábamos. Reconocia los nombres familiares á mi oido, de las poblaciones encantadoras que se encuentran en el curso del Saône; mi rio natal, las islas cubiertas de bosques, de sauces y de mimbrres; los grandes rebaños de vacas que las pasan al nado para ir á pacer sus verdes pastos, no viendo mas que sus narices blancas, y sus cuernos negros sobre el agua; las hermosas montañas del Beaujolais y del Maconnais, que á los rayos del sol poniente aparecen azuladas como las olas, y parecen flotar como una mar cuya ribera está oculta por su vaiven; y á la derecha esos inmensos prados verdes de la Bresse, sembrados por todas partes de puntos blancos, que no son otra cosa que rebaños, borrados en sus confines por una niebla que los hace parecerse á los paisajes de la Holanda ó á los horizontes de la China, sin otros límites que el pensamiento.

Aquellos sitios tantas veces vistos por mí, mas bien pesaban sobre mi corazon en lugar de aliviarlo del peso del fastidio. Habia nacido para obrar, y el destino me conducia siempre, á pe-

sar mio, á aquel nido en el cual me entristecia, en el que me era forzoso plegar las alas, y del que deseaba sin cesar escaparme.

Aquella vez, sin embargo, el dolor me habia destrozado de tal manera, que sentia cierta resignacion fatal, entrando para no volver á salir de aquella casa, donde habia nacido y donde esperaba morir muy pronto. Estaba convencido de que mi corazon habia agotado en aquellos trece meses de amor, de delirio y de dolor, todas las delicias y amarguras de una larga vida, y que no tenia mas que cavar, algunos meses, el recuerdo de Julia, bajo las cenizas de mi corazon, y que el ángel cuyas huellas habia seguido mi pensamiento en otra vida, me llamaria muy pronto para abreviar la ausencia, y comenzar de nuevo el eterno amor. Tal certidumbre me consolaba, y me hacia recibir pacientemente y con indiferencia, el intervalo que creia yo corto entre la partida y la reunion. ¿Con qué fin he de comenzar alguna cosa, me decia yo á mí mismo, si será muy pronto interrumpida? ¿Qué importa que yo arrastre aquí en la tierra las horas supremas de una existencia que se ha extinguido en esta tumba y que no volverá á arder jamas?

III.

Preocupado por estos pensamientos sosegados, desanimados y desinteresados de la vida, me aproximé insensiblemente á Mácon. Inmediatamente percibí las elevadas torres mochas de su antigua catedral, apareciendo blancas sobre el fondo del cielo, y los trece arcos regulares de su puente romano corriendo á lo largo del rio, como una caravana que atraviesa la corriente á pasos designales. La campana del bajel llamaba á los viajeros á subir al puente ó á bajar de él. Se veian en la playa algunos curiosos indiferentes, apoyarse un momento sobre los parapetos para ver pasar la barca bajo el arco estrecho en donde bullian las olas; dos ó tres grupos de parientes ó amigos, que esperando á los viajeros, apresuraban su marcha en la ribera, para llegar á su encuentro y abrazarlos mas pronto en el desembarcadero.

Se saludaban, no cesando de caminar ó vogar, con el corazon, con la vista, con la voz y con el gesto, desde el mástil hasta la

orilla del río. Se reconocía en la alegría impresa en sus rostros, en la impaciencia con que se movían en el puente de la barca, y en las lágrimas que humedecían los ojos, los grados de amistad, de parentesco ó de amor que unían los corazones, separados aun por algunas olas. Buscaba yo con la vista entre aquellos grupos que recorrían la playa, algún rostro conocido que no veía. Nadie me esperaba en un día fijo. Al fin, y en el momento en que iba á desembarcar con mi ligera balija bajo del brazo, sentí mis rodillas abrazadas por las patas y colmado de las caricias de un perro, que, como el de Ulises, me había visto y olido á alguna distancia y se había lanzado sobre el puente, y que ladraba con alegría en medio de la indiferencia general.

Reconoci al viejo grifo de mi padre, un perro de parada, llamado Azor, que formaba parte de la familia hacía trece ó catorce años, y que me había recibido á mi vuelta del colegio. Era el mismo animal que me había desembarazado siete años antes de mi osiánica conversacion con Lucy. Lo abracé y le puse una de las correas de mi balija, para impedirle el que brincase entre los piés de los viajeros. Puesto que Azor estaba allí, mi padre no debía hallarse lejos. El perro me lo indicó, cuando estuvimos en tierra, atrayéndome, por medio de la correa, al lado de un pequeño paseo sombreado por muchos tilos, y guarnecidos de bancos de piedra cercanos al lugar del desembarcadero. Mi padre había ido aventuradamente á sentarse á la hora en que pasaban las barcas por la ciudad; me había nombrado dos ó tres veces á Azor, señalándole la barca con un gesto. Aquel fiel mensajero había comprendido y cumplido su mision, puesto que me guiaba hácia el lugar donde mi padre se encontraba.

Este, que entonces no tenía mas que sesenta y dos ó sesenta y tres años, parecía en toda la fuerza y magestad de la vida. Se había levantado de su banco al percibir los alegres ladridos de Azor; tenía la vista inclinada al suelo, y miraba hácia el lado del Puerto, con su anteojo en la mano, según su costumbre, para observar si su perro le conducía á su hijo. Corrí hácia él y caí en sus brazos. Tenía la voz un poco conmovida, y los ojos humedecidos al abrazarme; mas se notaba una varonil firmeza hasta en su ternura; respetaba su antiguo uniforme de capitán de ca-

ballería; y hubiera creído degenerarse confesando á los demás, ó confesándose á sí mismo, una emoción femenina: era uno de esos hombres que tienen el respeto humano de sus cualidades, el pudor de su virtud, y que ocultando todas las señales exteriores de su sensibilidad en su alma, no hacen mas que conservar la jóven y virginal hasta sus días mas avanzados.

Esta costumbre de su naturaleza fuerte y austera colocaba entre nosotros dos, cierta frialdad en las demostraciones, que podia engañar á primera vista. Nos amábamos severamente, como convenia á hombres; él con dignidad, yo con respeto; él era siempre padre, siempre era yo hijo. Su sensibilidad se ocultaba bajo la autoridad y tras la distancia, hasta sus últimos años, en que yo me había hecho un hombre, y él había llegado á la vejez. Entónces cambiaron los papeles: él era quien se dejaba amar, y yo el que lo amaba. Entónces se manifestó nuestra sensibilidad.

IV.

Yo lo veía, caminando á muy corta distancia por temor y por respeto. Mi padre se hallaba entónces en toda la virilidad del hombre. Mi talle, aunque muy elevado, apenas alcanzaba al suyo.

Nada le doblegaba todavía, ni doblegó antes de los ochenta y siete años, su estatura. Llevaba sus años, como una robusta encina de nuestras montañas lleva sus hojas por la centésima vez, ataviándose con ellas sin plegarse, ó mas bien sus años lo llevaban derecho y firme, sobre el fuerte tallo de vida que Dios le había dado. Su rostro, sin tener entonces esa pureza delicada de rasgos y de líneas que caracterizan la belleza pormenorizada del rostro humano, tenía el efecto de esa belleza en conjunto, que hace que se detengan y digan: "He ahí un noble tipo de la humanidad; he ahí un cuerpo digno de encerrar un alma, y llamarlo templo de Dios."

La frente no era bastante elevada para que pudiesen jugar las alas de una imaginación de mucho vuelo: era únicamente larga, derecha y acentuada, como la frente romana en los bus-

tos de la época de los Scipiones. La nariz era corta y perfecta. La boca rasgada, y adornada con unos dientes pequeños, regularmente engastados, intactos y brillantes hasta su muerte; los labios cortados, casi en ángulo recto, con una espresion de intrepidez severa cuando estaban cerrados, y una gracia y una curva esquisitas cuando se entreabrian y se plegaban ligeramente en las dos estremidades para sonreirse; la barba levantada, como si estuviese sostenida por fuertes músculos; las mejillas mas bien delgadas que llenas; poca carne, muchas fibras cubiertas con una epidermis coloreada por una sangre ardiente y generosa; el conjunto del rostro ni ovalado ni redondo, sino casi cuadrado, como los de la raza de los guerreros del Jura; ojos de un color indescifrable, y muy resplandecientes, sombreados por unas cejas negras y espesas, que procuraban reunirse sobre la nariz cuando las fruncia, formando entónces una sola línea sombría entre el rostro y la frente. En suma, una soberbia cabeza de gefe militar modelada por la naturaleza ó por la costumbre de mandar á sus soldados.

Ese hábito de mando militar, se revelaba igualmente en todas sus actitudes. Llevaba la cabeza erguida, miraba de frente, saludaba con dignidad, pero sin altanería; sus miembros eran elásticos, su paso firme, lento, regular, como si hubiese oído al andar la caja ó el clarín, para medir el movimiento y la distancia de sus pasos; sus vestidos, de color azul y de forma austera, no tenían nunca ni elegancia ni colores brillantes, ni negligencia, ni abandono en sus pliegues. Se notaban en ellos el recuerdo y la puntualidad del uniforme; sus zapatos con lazos no le pesaban bastante, y se conocía y se veía en su marcha, que creía tener que levantar todavía las pesadas botas á la escudero, que por mucho tiempo habia usado, y que faltaba á sus piernas el caballo del escuadron. Nunca pasaba por delante de un soldado ó de un caballo sin que se detuviese un instante y tomase su anteojo para ver al hombre ó al animal.

La guerra era su patria, la disciplina su virtud; la espada, el caballo, la silla y el arnés, su ambicion, su recuerdo, su perpetua contemplacion. En él fondo compadecía, sin despreciarlas, todas las profesiones de la vida humana. Todos los oficios que

tienen el lucro por objeto, le parecian muy viles, y de los que tienen por norma ganar el honor, no conocia mas que uno: ofrecer ó derramar su sangre por su rey ó por su patria. Entre el militar y el paisano, nada habia para él. Miraba á los demas como los nobles poloneses miran á los judíos de sus tierras, raza nómade, mercantil y usurera, entre el pueblo y ellos. Era el perfecto modelo del caballero de provincia, padre de familia, cazador, cultivador, amigo del pueblo, despues de haberlo sido del soldado. Tal era el exterior de mi padre.

V.

Sus camaradas de regimiento, de que habia muchos en la ciudad, y los hombres de sociedad, lo llamaban el caballero de Lamartine. Los hombres del pueblo y estraños á su intimidad, lo nombraban M. de Prat. Era el nombre de una tierra de la familia en el Franco Condado, cuyo título le habia dado mi abuelo para distinguirlo de sus hermanos. No se llamaba á mi madre sino madama de Prat, y yo mismo tuve ese nombre en mi infancia, hasta la muerte del mayor de mis tíos, á quien pertenecia solamente el nombre de familia.

Al conducirme mi padre del bajel á la casa, me hacia atravesar con cierto orgullo de ternura paternal, las calles mas largas y mas pobladas de Mácon.

Era la hora en que los ociosos de la ciudad salian despues de comer, al ponerse el sol, para ir á respirar la frescura del agua, paseándose en la playa, ó sentándose bajo los tilos de la orilla de la ribera. Encontraba por diversas partes algunos de sus antiguos camaradas, parientes ó amigos de la ciudad. Se acercaba á ellos, me mostraba, y parecia orgulloso con las miradas que me dirigian de los umbrales de las casas, ó de las tiendas; aquel hijo tan corpulento como él, volviendo de sus largos viages, un poco pálido y enflaquecido por la ausencia, pero atrayendo sin embargo las miradas por su talle, por su cabellera, por su semejanza con su madre, por esa misma melancolía de las facciones, que añade un misterio á la fisionomia, lo halagaba evidentemente. Alargaba de propósito el camino, busca-

ba los encuentros, y prolongaba las conversaciones. Yo oía murmurar en las ventanas: "Mirad al caballero de Lamartine que pasa con su hijo; venid á verlo." En cuanto á mí, soportaba aquellas miradas y aquellos saludos por respeto á mi padre; pero ardía en deseos de escaparme y llegar á la casa.

VI.

Llegamos al fin; el perro había ido á anunciarnos con sus brincos y ladridos de alegría; al pasar el umbral me encontré en los brazos de mi madre y de mis dos hermanas. No pudo dejar de conmoverse y estremecerse visiblemente, al ver cuánto habían enflaquecido y marchitado mis facciones mi larga ausencia y mis secretas angustias. Mi padre no había visto mas que las hermosas formas desarrolladas en mi adolescencia; mi madre con una sola mirada había descubierto mis impresiones. La vista de las mugeres es adivina; va derecha hasta el fondo del alma de aquel á quien miran, aunque no sea mas que instantáneamente. ¿Que será, pues, cuando al que miran es un hijo, un rayo de su alma?

VII.

Durante mi ausencia se había verificado un cambio en las costumbres de la familia. Mi padre, solicitado por nuestra madre, había comprado, con el producto de sus largas y penosas economías, una casa de campo en Mácon, para pasar la mitad del año. Habían llegado mis hermanas á esa edad en que tienen que recibirse las lecciones de esos maestros y maestras de artes de adorno; lujo de educación necesario á las mugeres de cierta categoría, cuya vida sin esto, no sería mas que una fastidiosa ociosidad. Había también llegado el momento de producirlas, en lo que se llama el mundo, especie de expropiación recíproca, en que las recién llegadas en la vida, ven y son vistas, hasta que los parientes, las relaciones de familia, las costumbres sociales,

las conveniencias de vecindad o de fortuna, ó en fin, la inclinación, determinan los matrimonios.

Hermosas, modestas, pero no pudiendo atraer desde lejos maridos, por la modicidad de sus dotes, mi madre presumía, y con justicia, que los jóvenes de su rango no irían á descubrirlas en la soledad de Milly. No quería esponerlas á florecer y á marchitarse por su falta, sin haber derramado su casto brillo de belleza á los ojos de alguno. Miraba como un deber obligatorio de la madre de familia, buscar las ocasiones de encontrar uniones adecuadas para sus hijas. Educarlas para la vida, para la religión y la virtud, para ella no era bastante; quería educarlas también para la felicidad.

Mi padre había comprendido todas estas razones, y bien que á su pesar, y por esfuerzos sobrehumanos de economía doméstica, se había decidido á dejar sus viñas, sus perros de caza, su partida de cientos por la noche con el cura y el vecino, y á establecerse en Mácon, al menos por el invierno y la primavera de cada año.

Estaba, como todo nuevo poseedor, orgulloso y enamorado de la casa que había comprado. Apenas entré cuando me la mostró desde la cueva hasta el granero, detallándome todas sus comodidades y ventajas.

La casa, que existe todavía, pero que ha sido vendida y subdividida, desde la muerte de mi padre y la dispersion de la familia, se hallaba situada en el cuartel elevado, noble y solitario de la ciudad que he descrito al principio de esta relacion. Había pertenecido, antes de la revolucion, á una familia patricia de Mácon con la que teníamos relaciones amistosas de vecindad; la familia de Osenay.

Su fachada principal daba á una larga calle, inclinada, que desembocaba en otra de tilos, dependiente de la gran plaza del Hospital, y paseo ordinario de los niños, de las nodrizas y de los viejos de aquel cuartel. Un dintel de mármol negro, maravillosamente tallado sobre la puerta, anunciaba un sentimiento de arte y de lujo arquitectónico en el que lo había construido. Aquella puerta daba á un vestíbulo largo, profundo, abocinado, húme-

do y sombrío. En el fondo de aquel vestíbulo se percibían las primeras gradas de una escalera iluminada por una luz indirecta y que provenía de lo alto, como en los cuadros del interior de un convento por *Granet*, el pintor del recogimiento. A derecha é izquierda de aquel vestíbulo, se hallaban cuatro puertas; conducían á las despensas, á las leñeras, á las cocinas, vastos subterráneos, que contenían pozos, cuevas, inmensas chimeneas para todos los usos domésticos, que no recibían la luz sino por unos tragaluces que se hallaban á flor de tierra en el jardín.

La escalera de piedras amarillas había sido construida evidentemente para un hombre de edad; las gradas eran tan bajas y tan poco inclinadas, que podían abarcarse de un paso cinco ó seis. Se asemejaba á esas escaleras insensibles del *Vaticano* y del *Quirinal* en Roma, que parecen proporcionar sus escalones de mármol á los débiles pasos de una aristocracia de ancianos. Después de haber subido la mitad de la escalera, se encontraba uno en frente de una larga ventana y de una puerta pequeña de vidrios, que daba á un jardín interior. Este era estrecho y profundo, cercado de altas paredes grises, tapizadas de rosales y de albaricoques. En el centro se elevaba un arbusto aislado de espino blanco, que á fuerza de años había adquirido el tronco, la ramazón y tamaño de un árbol. Calles pequeñas, cubiertas de arena y cuadradas, rodeaban el jardín. El fondo estaba decorado de palomares, con enrejados de madera pintada, en los que mis hermanas colocaban sus palomas, y con una fuente-cilla con taza de mármol y una estatua del Amor, montada en un delfín, que no arrojaba mas que polvo, no teniendo por espuma mas que telas de arañas. Por sobre los muros del jardín, no se percibían mas que los techos formados de tejas encarnadas y las guardillas con enverjados de hierro de algunas casas elevadas, habitadas por artesanos, y el de un antiguo convento de religiosas. Aspecto monástico, que daba al jardín, aunque bastante iluminado, el carácter, el silencio y el recogimiento de un claustro español.

VIII.

Entrando al jardín y subiendo de nuevo la escalera, se hallaba uno en la meseta del primer piso. Tres puertas elevadas de dos hojas, se hallaban una frente á la escalera y las otras dos á derecha é izquierda, frente una á la otra.

Por la primera, se entraba á una inmensa sala tapizada de madera esculpida y pintada al temple. Era la grande arteria de la casa, antecámara del salón, comedor, sala de estudio para los maestros de dibujo, de música ó de baile de mis hermanas, sala de labor donde las criadas arreglaban la ropa blanca. Se hallaba adornada de una chimenea encajada en un gran nicho abierto en la pared; de una mesa ovalada para comer; de armarios, cómodas, un piano, dos harpas, y consules pequeños para dibujar, escribir y coser. Un antiguo reloj de *Boule*, con caja de concha negra, adornada con arabescos de latón, y coronada con una estatua pequeña del Tiempo, blandiendo su guadaña, que marcaba melancólicamente las horas á aquellas niñas que no las escuchaban.

A la derecha se hallaba un salón mas pequeño y recogido. Una chimenea antigua, de mármol pardo, ricamente adornada por el cincel del escultor, y cuyos piés derechos terminaban en hojas de acanto, presentaban un espacio bastante ancho y profundo, para que cupiesen en él troncos enteros de encino. El sillón de mi padre estaba en frente de ella, y en lo restante de la pieza había otros, forrados con terciopelo de Utrecht encarnado, una mesa redonda conteniendo algunos libros, algunas mesillas de juego, cubiertas con sus carpetas de sarga verde, el piso formado de ladrillos rojos y encerados, el techo lleno de ricas molduras, mas ennegrecido con el humo que había recibido por espacio de medio siglo, cortinas verdes en las dos ventanas que daban á la calle; he aquí cuanto formaba el adorno del salón. No se encendía fuego en él sino un momento antes

de la hora en que la familia comia, que era entonces á las dos. La pieza que daba frente al salon, despues de atravesada la sala grande, era el cuarto de una tia enferma, hermana de mi padre, de la que hablaré despues. Se llamaba la señorita de Monceau.

Volviendo á la meseta, se entraba á la izquierda al cuarto de mi padre; aposento prolongado, pero sombreado por las ennegrecidas paredes de una casa de religiosas, que se hallaba por aquel lado en el jardin; á la derecha en el cuarto todavía mayor de mi madre, habia una bajada de tres escalones, que por una puerta vidriera comunicaba con el jardin. El sol la iluminaba desde por la mañana hasta la noche. Una especie de ala, añadida por aquel lado á la casa, formaba al lado del salon un hermoso gabinete, que se llamaba el Gabinete de las Musas. Servia á mi madre de retiro para escribir, y de oratorio para orar con sus hijas, cuando queria recogerse un momento y separarse de las perpetuas distracciones de una familia jóven y numerosa, y de un parentesco mucho mas numeroso todavía.

El gabinete con enmaderamientos esculpidos, que llegaban hasta el techo, contenia diez nichos, y en cada uno de ellos un consol. Sobre éstos habia una estatua de madera de una de las nueve musas, con todos sus atributos mitológicos. El décimo nicho contenia una estatua de madera de Apolo. El dintel de la puerta, igualmente esculpido, representaba á Júpiter descendiendo del cielo y abriendo las cortinas de Danae, espantada con sus rayos. Todas aquellas figuras estaban cubiertas con una espesa costra de pintura al óleo. Aquel barniz pardo claro, les daba una apariencia de frialdad y de muerte que helaba la imaginacion. Mis jóvenes hermanas no entraban nunca allí sin una religiosa admiracion y cierto estremecimiento. Mi madre habia santificado toda aquella fábula con su reclinatorio de madera oscura, con su Cristo de marfil, que brillaba en un fondo de terciopelo negro, á la débil luz de aquel gabinete siempre cerrado al sol, y con un hermoso cuadro ovalado de la Virgen,

presentando el niño Jesus á su prima, pintado por *Coyvel*, y copiado al pastel por una de sus hermanas, madama de Vaux.

Detras de aquel gabinete habia dos ó tres cuartos pequeños, con muchas camas para mis hermanas.

Despues de haberme hecho recorrer mi padre todas aquellas piezas, me hizo subir al segundo piso. Se componia de grandes piezas vacías, formando la repeticion del primero. En seguida abrió el aposento que me destinaba. Se hallaba precisamente sobre el suyo, y recibia la luz por dos ventanas que daban al jardin. Una alcoba para mi cama, un inmenso gabinete de estudio, que daba frente al de las Musas, luz bastante y hermosa, el silencio del jardin, una vista mas prolongada del cielo, allá en el horizonte, supuesto que dominaban las azoteas del convento, formaban de aquella habitacion de mi juventud, una soledad á la vez tranquila y recogida. No tenia otra cosa elegante ni mas decoracion, que dos hermosos marcos de puerta esculpidos, de un pastel brillante. Uno de ellos representaba unas jóvenes mirándose en el espejo de una fuente y adornándose con flores, que cortaban en la orilla; el otro unos niños jugando con animales y luchando contra una cabra que tenian afianzada por los cuernos.

Tuve tiempo, durante una larga estancia en aquel cuarto solitario, de estudiar aquellos dos medallones y las intenciones del arquitecto. Era evidentemente el cuarto destinado á los niños, el *gimnasio* de la casa primitiva. Di gracias á mi padre, á quien nunca habia visto tan familiar y tan gracioso al instalarme en la habitacion que con tanta bondad me habia preparado. Despues de comer, fui á abrazar á los demas miembros de la familia, que me recibieron con frialdad. Volví á mi aposento, y me acosté, meditando en el triste porvenir que me hacia prever en Mácon el vacío de mi corazon y la ociosidad de mi vida. El cansancio me venció, sin embargo, y me dormí.

Una voz tierna y cariñosa me despertó, así como un hermoso rayo de sol, que se deslizaba por el techo del convento, y entraba en mi alcoba.

IX.

Me apoyé sobre mi brazo derecho, y reconocí á mi madre, que acercaba una silla y se sentó á la cabecera de mi lecho. Estaba cubierta con una larga bata de seda oscura, que llegaba hasta el cuello, ceñida á la cintura con un gran cordon de seda del mismo color, cuyas borlas tocaban el suelo.

Sus largos cabellos negros, en los que apenas se notaban tres ó cuatro hilos plateados, flotaban por sus espaldas y brazos, con esas hermosas ondas de la cabellera que escapa á la almohada y cuyos pliegues no conserva. Sus ojos se hallaban fatigados por el insomnio; sus mejillas, naturalmente pálidas, tenían ese ligero color que da el alma inquieta á su vestidura mortal, en el momento de un dolor ó de una emoción. Sus lábios, que se esforzaba por mostrar risueños, para no turbarse al despertar, mas en los que se percibía una contencion visible, se sonreían en el centro y manifestaban la aflicción en los extremos. Sus palabras, siempre sonoras y vibrantes como cuerdas del corazon tocadas por la mano, tenían una rima breve, contenida, que no le era natural sino en los pesares muy vivos, mas fuertes por un momento que su resignacion. Pasó su mano derecha por mis cabellos, me dió un beso en la frente, donde sentí la ardiente gota de una lágrima mal contenida, y me habló de esta manera:

X.

“¡Ya estás aquí de vuelta, pobre hijo mio!” Me dió otro beso y añadió: “Ya estás de vuelta; bien sabes que toda mi felicidad es verte á nuestro lado, y sin embargo, te amo mas que á mí misma, y al contemplarme tan feliz por volver á verte, no puedo dejar de afligirme y espantarme por tu vuelta. ¿Qué vas á hacer? ¡Ay! añadió, cómo vuelvo á verte! ¡Cuán pálido estás! ¡Qué triste pareces! y ¡cómo leía yo ayer en tus faccio-

nes el desconsuelo de la juventud y de la vida! ¡Quién me hubiera dicho que á los veintidos años veria á mi hijo marchito en la sávia de su alma y de su corazon, y el rostro sepultado en no sé qué dolor!”

Me levanté al oir estas palabras, con un estremecimiento de mi corazon, como si mi madre, hablándome de aquel modo, hubiera faltado al respeto á aquel dolor, que respetaba yo en mí mil veces mas que lo que á mí mismo me respetaba.

“¡Oh, por favor, le dije juntando las manos y con un acento de súplica severa, no me habéis con ese desprecio de un dolor cuyo objeto jamas habeis conocido, y que hará siempre arrodillar mi pensamiento ante un sagrado recuerdo! ¿Si su- piérais?

“Nada quiero saber, dijo poniendo su hermosa mano sobre mis lábios; sé que ella me habia robado el alma de mi hijo; sé que Dios la ha separado de un amor que no podia ser bendecido por mí, puesto que no podia ser santificado por él. La compadezco, y á tí tambien, y pido por ella; la amo en Dios y en tí. Nunca te hablaré de ella; hay cosas que una madre debe siempre ignorar, no pudiendo, ni apropiárselas en su conciencia, ni destruirlas en el corazon de su hijo, por temor de marchitarlo y traspasarlo. Así, jamas hablemos de esto, jamas.”

Este tierno respeto á mi sentimiento, que nada sacrificaba de su conciencia ni de su dignidad de madre, me enterneció; besé su mano. Entonces continuó con mas libertad y abandono. Se conocia en la plenitud de su voz, que aquel objeto delicado se hallaba excluido en lo de adelante entre nosotros, y que iba á hablar impulsada solo por su ternura.

“¿Qué has de hacer ahora, me dijo, y cómo has de soportar esta existencia vacía, monótona, ociosa, tanto mas espuesta á las pasiones culpables del corazon, cuanto que no se halla ocupada con los deberes y obligaciones de una carrera activa? “Tiemblo y lloro todas las noches, pensando en que tal vez, ¡oh

“Dios mio! no habré creado á mi hijo, dotado con algunos de vuestros mas preciosos dones, y al que esperaba formar completamente para mi admiracion y para vuestra gloria, mas que para ver vuestros mismos dones tornarse en su contra, y relegarlo en la inaccion y en la oscuridad de una vida inútil. Bien sabeis que yo daría mi sangre, así como he dado mi leche, para formar un hombre, y sobre todo, para hacerlo según vuestra voluntad! Mas no he sido escuchada,” añadió, cesando de dirigirse á Dios y volviéndose á mí con un ligero movimiento de cabeza de izquierda á derecha, que parecia manifestar por la primera vez cierta rebeldía á su resignacion.

“Oh! mucho he suplicado, y todos los días me levantaba muy temprano, con objeto de asistir á la iglesia con los criados, antes de comenzar el trabajo, á ese primer sacrificio del altar, que parece mas eficaz que los otros, porque es matinal y recogido en la oscuridad; nada he obtenido: mas no me cansaré, Dios mio, añadió; haré como Santa Mónica, que oraba sin cesar, sin impacientarse por vuestra lentitud, y que al fin obtuvo mas de lo que esperaba, un santo en lugar de un hijo! un guia en lugar de un discípulo; un hijo de Dios en lugar de un hijo de sus entrañas!”

Y se detuvo un instante como para pedir en voz baja, lo cual comprendí en el movimiento ligero y mudo de sus labios, y en el abatimiento de sus largos párpados rosados, sobre sus ojos. Yo me hallaba muy enternecido, y como tranquilo y resignado con anticipacion á lo que sin duda iba á añadir.

“Es preciso que sepas, puesto que acabas de llegar, continuó ella (y es por lo que he abreviado, contra mi voluntad, el sueño de que tanta necesidad tenias), es preciso que sepas lo que debes esperar aquí, en la familia, á fin de que no te impacientes contra el destino, y que te prepares á soportar mucho, á sufrir con esceso, y para que no te enagenes, con esas impaciencias y sufrimientos mal recibidos, el corazón de tu padre, que sufre tambien, pero que se avergon-

“zaria de confesárselo á él mismo, y los excelentes corazones en el fondo, aunque un poco ciegos y sordos de los otros miembros de la familia, de que dependemos, y de los que consentimos en depender, por vuestro porvenir. He aquí la situacion de las cosas entre nosotros.

“Nuestra fortuna, muy estrecha, ha sido considerablemente disminuida y gravada con los gastos de tu educacion, de tus viajes y de tus faltas. No hablo de ellas para echártelas en cara: sabes que si las lágrimas de mis ojos pudieran cambiarse para tí en oro, las vertería todas en tus manos. La adquisicion de esta casa, indispensable para la instruccion y para los mantenimientos de tus hermanas, la economia de los dotes, que debemos preparar sucesivamente y con anticipacion para ellas; en fin, las malas cosechas de estas últimas estaciones en Milly, que han engañado nuestras esperanzas, han reducido á tu padre á lo mas estricto y necesario. Vive lleno de angustias; esos tormentos del espíritu, esa obligacion forzosa del cálculo, alteran la gracia y la serenidad de su carácter. Teme dejar sin patrimonio á sus hijos, que ama tanto, y á quienes dió la vida. Se echa en cara algunas veces esta larga prole que le causaba tanta alegría y orgullo cuando todos érais jóvenes. Sin cesar me veo obligada á repetirle que tenga confianza en Dios, que hace brotar la yerba para los insectos y un grano en los campos para los pájaros.

“Hace algun tiempo que con el fin de calmar sus inquietudes y ensanchar el pan cotidiano, me he encargado de mantener la casa á destajo, por una pension moderada de cuatro mil francos, que me paga en moneda cada trimestre, y á la cual añade el trigo, la leña, el heno, las legumbres, los frutos y todas las cosechas del jardin, de los prados y de las tierras que no están plantadas de viñas de Milly. Esto no es suficiente para el gasto de los criados, para los sueldos de los maestros y maestras de tus hermanas y para nuestros vestidos, por modestos que sean, y para la forzosa decencia y elegancia de la

“madre de familia, que me veo obligada á sostener, no segun
“la fortuna, sino segun mi rango.

“Dios me ha dado en nuestra vecina, ya lo sabes, en esa
“buena madama *Paradis*, una hermana y una amiga que quiere
“participar conmigo, no solo de los goces, sino de las penas y
“embarazos de la familia. Esta mano invisible de la Providen-
“cia, oculta en todas mis dificultades, es libre, viuda y sin pa-
“rientes; no es rica, pero tiene lo necesario para una muger sola
“y económica. Todas las veces que ve tengo un pesar, quiere
“participar de él; no mide la amistad mas que por los sacrificios;
“vende el vino de una viña ó los frutos de un vergel, y tiene un
“placer en prestarme lo que necesito en circunstancias impre-
“vistas, para los gastos estraordinarios, y para los que no están
“al alcance de mis fuerzas; con auxilio de su generosidad, he
“suplido, sin que tu padre lo haya percibido, las cortas cantida-
“des que me da para vuestra mantencion; con el oro reservado
“de ese completo modelo de las amigas, he pagado cuanto has
“gastado, sin conocimiento de la familia; no tengo un solo pesar
“que no adivine; no hay para mí una sola dificultad que no ven-
“za; se hizo acreedora hace veinte años á mi afecto, por su buen
“corazon; y ahora al de la familia, por la constancia de su ca-
“riño. Es el ángel de las dificultades insuperables, colocado por
“Dios como una centinela, en la otra acera de la calle y en frente
“de nuestra casa, para vigilarla con su ternura. Todas las ma-
“ñanas cuando abro mi ventana, la veo en su balcon que me
“espera, y si mis ojos manifiestan algun pesar, atraviesa al ins-
“tante la calle para venir á calmarlo. ¡Oh! hijos míos! acordaos
“siempre de ella! Madama *Paradis* ha sido un rayo de la Pro-
“videncia, siempre visible y ardiente para vuestra madre.

“En una penuria tan estrecha, debes comprender que tu po-
“bre padre no puede darte los medios de vivir en lo de adelante
“sin carrera y sin trabajo fuera de tu casa. Y se ve aun obli-
“gado, bajo pena de faltar á la justicia con tus hermanas (y sa-
“bes que su escrúpulo es la justicia, y su esceso la conciencia).

“y se ve aun obligado á reducir á la mitad la módica pensión
“de mil doscientos francos que te habia asignado para tu ma-
“nutencion y tus viages. No manifiestes tus sufrimientos, y
“marcha al encuentro de esa indispensable supresion. Yo pro-
“veeré, en cuanto me sea posible, á tus necesidades, y estoy
“segura que madama *Paradis* me auxiliará.

“Hasta hoy habia yo esperado que la familia de tu padre
“comprendiese esa necesidad de actividad que devora tu juven-
“tud, y que se prestaria á los sacrificios necesarios para hacerte
“entrar y sostenerte algunos años en el noviciado de las funcio-
“nes administrativas ó diplomáticas. Nada he podido adelantar
“en la materia. En vano he razonado, suplicado, conjurado y
“llorado; en vano tambien me he humillado ante ellos, como se
“humilla una madre por su hijo con gloria y dignidad. Repito
“que todo ha sido en vano; no hay que pensar mas en ello. Son
“buenos, tiernos, te consideran como su hijo y te destinan su
“patrimonio despues de su muerte; pero su ternura, que tiene
“un corazon á distancia, no tiene discernimiento en lo presente.
“Son ancianos, y no pueden cambiar sus costumbres ó ideas por
“las nuestras. No se acuerdan que tuvieron tu edad; no com-
“prenden que un jóven que tiene el techo, la mesa, el jardin y la
“sociedad de su casa paterna, tenga otros deseos, y que sus as-
“piraciones se dirijan fuera de los muros de la pequeña ciudad;
“llaman á todo esto quimeras y fantasías de un espíritu enfermo;
“no conciben otra ambición para tí que esta existencia ociosa y
“monótona en una calle de Mácon, algunos paseos por la maña-
“na, un salon antiguo donde reunirse por la noche, un matrimo-
“nio de vecindad ó de conveniencia dentro de algunos años, y
“una tierra de la familia, cerca de esta, donde habitar por el
“resto de tus días. Por mas que les he repetido que Dios da
“vocaciones diferentes á las diversas naturalezas del espíritu;
“que las aptitudes son las revelaciones de esas diversas vocacio-
“nes; que esas aptitudes encerradas y comprimidas en el alma
“de aquellos en quienes se manifiestan, producen suicidios lentos

“de las facultades divinas; que las pasiones legítimas del espíritu, si se les rehusa la libertad, se pervierten y se cambian en pasiones culpables; que esas compresiones preparan las explosiones del corazón. Mis palabras y aun mis lágrimas no han producido mas que sarcasmos y el que se irritasen contra mí. Ya no hay otro medio que tentar; es preciso someterse á la voluntad de Dios; es necesario resignarse á vegetar y á marchitarse á nuestro lado. ¡Ah! todo lo que pueda el corazón de una madre para endulzar este destierro, lo haré por tí; sufriré mas que tú mismo, por tu inacción y por la pérdida de tus hermosos y juveniles años, en los que sabes había yo cifrado mi felicidad, mis esperanzas, mi gloria maternal. Te compadecearé, porque te comprendo; recibiré y ocultaré en mi corazón las tristes confidencias de tus aspiraciones naturales engañadas; buscaré, espiaré y hare que nazcan las ocasiones, si la Providencia me ayuda, de abrirte algun horizonte mas dilatado y digno de tí. Pero te lo suplico, hijo mio, no hagas esas confidencias á otra persona mas que á mí, no muestres ni tristeza ni disgusto de la vida presente, en tu rostro ó en tus palabras, sobre todo á tu pobre padre. Lo afligirías sin cambiar en nada nuestra fortuna. Sufre él, lo mismo que yo, con nuestras necesidades y con tu ociosidad; peco por amor á sus hijos y por solicitud para su porvenir, se ve obligado á contemporizar con sus hermanos y hermanas, mas ricos que él, y que poseen todos los bienes de la familia; se somete á sus ideas, no pudiendo hacerles adoptar las suyas; no lo entristezcas con el espectáculo de tu fastidio; no irrites con disentimientos ó con ostensibles disgustos á tus tíos, de quienes dependemos, por nuestras hijas y por tí. Acepta esta vida desocupada y oscura durante algunos años; yo suplicaré tanto á Dios, que ablandará el corazón de tus tíos y tías, y abrirá á mi hijo la parte de actividad, de espacio, de gloria y de felicidad que es permitido desear á una madre, para un hijo tal como tú.

“He aquí lo que yo queria decirte,” añadió levantándose de la

silla y bendiciéndome con los ojos y con las manos. En seguida me dijo algunas palabras de Dios, de la fe de mi infancia, de la pureza del corazón, que debe conservarse ó recobrase por el arrepentimiento; de la paz del alma, que no desciende nunca mas que de lo alto, de la resignación, ese sacrificio mudo, invisible, perpetuo, el mas bello de los sacrificios despues del de Jesucristo, puesto que la víctima siempre renovada, somos nosotros mismos, y el remunerador siempre presente, es Dios. En fin, se puso de rodillas al pié de mi lecho y oró un momento pidiendo para mí las bendiciones del cielo, antes de retirarse á pasos lentos. Creí que un ángel había venido á visitarme, y permanecí mucho tiempo inmóvil despues de su partida, con sus palabras grabadas en mi corazón y sus besos en mi frente.

XI.

Me levanté tarde para ir á saludar á mi padre y darle gracias por el hermoso cuarto que me había dado. Era un domingo; las campanas de la única iglesia que había entonces en Mácon, repicaban para llamar á los fieles á la misa de las diez.

Sali y seguí á la multitud hasta el átrio. Allí encontré algunos parientes y amigos de la familia, que me detuvieron, y conversaron conmigo durante la ceremonia, á la sombra de los árboles. Concluida la misa, salió la multitud con recogimiento, y pasó en grupos á nuestra vista, como en una revista de familias: nobleza, estado llano y artesanos con sus vestidos de fiesta, confundidos como la humanidad en presencia de Dios. Se sabe que en las poblaciones pequeñas es este el día y la hora de la semana en que se encuentran ó se reúnen, sin frecuentarse ordinariamente, en que se cambian por un momento en el camino, en la plaza, en la calle ó en la puerta de la iglesia, un saludo, un gesto, una mirada, algunas veces una conversacion pequeña, entre fieles de una misma parroquia, entre habitantes de un propio lugar. Es tambien la hora y el lugar en que los ocio-

sos, los curiosos, los jóvenes que buscan con la vista á las hermosas, invisibles en sus casas los demás días de la semana, se forman en grupos ó se colocan en línea para ver pasar y para seguir con la vista y con un murmullo de admiración, á las bellezas que son la gracia y celebridad del país. Vi maquinalmente como los demás, pero sin atención y sin preferencia, á la multitud que salía, ofreciéndose y pasando el agua bendita de dedo en dedo. Yo esperaba á mi madre.

Apareció una de las últimas, porque prolongaba siempre, por algunos instantes, sus piadosas oraciones, inclinada, con los ojos cerrados, las manos enclavijadas en su silla, después de los oficios, para dejar mas adoración en su corazón y atraer mas bendiciones sobre sus hijos. Aquel día su oración habia sido mas dilatada, porque habia orado por mí.

XII.

El sol de primavera iluminaba las amoldadas piedras de la puerta; la luz serena de la mañana se mezclaba bajo el pórtico con la lejana é interior de los cirios; las dos confundidas y luchando se reverberaban sobre el rostro de mi madre, como la naturaleza y la gracia cristiana se encontraban y armonizaban constantemente en su corazón. Sus labios comenzaban á sonreírse con todos sus conocidos, á quienes percibía desde lo alto de las gradas del átrio; sin embargo, conservaban todavía la última impresión del pensamiento de Dios y del recogimiento de que acababa de salir. La palidez y las lágrimas de la mañana se habían completamente borrado bajo la paz de que gozaba siempre en su comercio con el cielo, y bajo la ardiente animación que el calor de la iglesia y el arrobamiento de la oración derraman en las facciones. Las gradas obstruidas por los mendigos, por las mujeres pobres endomingadas, por niños y ancianos enfermos, interrumpían el paso de los asistentes y retenían á mi madre sobre aquella especie de pedestal donde todos podían verla.

Habia en la elevación y elegancia de su talle, en la flexibilidad del cuello, en la posición de su cabeza, en la finura de su piel, que se ruborizaba como á los quince años cuando la veían, en la pureza de los rasgos, en la sedosa suavidad de los cabellos negros, que relucían bajo su sombrero, y sobre todo, en el brillo de la mirada, de los labios, de su sonrisa, ese invencible atractivo que es á la vez el misterio y el complemento de la verdadera bellez. La creían siempre de veinte años, porque no tenía mas que la edad de sus impresiones, y éstas tenían la eterna frescura de su virginidad de espíritu. Entre ella y sus hijas no habia mas que la distancia que hay de la rama al fruto: la mirada las abrazaba juntas y no las separaba jamas.

Sus hijas, en número de cinco, se agrupaban en aquel momento á su rededor, como un cuadro de familia ordenado por el mas grande de los escultores y el mas sublime de los pintores, la naturaleza y la casualidad. Sus rostros encantadores y diversos, aunque armonizados por lo que llaman aire de familia y por la similitud del vestido, se hallaban un poco separados del de su madre, en el fondo mas sombrío del portal de la iglesia, donde los arcos rebajados conservaban mayor oscuridad. Se hubiera creído un grupo de ángeles matinales saliendo á medias de las tinieblas para mezclarse uno por uno á la luz, de que son á la vez la emanación y el deslumbramiento. La lentitud de los movimientos de la concurrencia, las frecuentes paradas en las mismas gradas del peristilo, daban tiempo para contemplar aquellas hermosas y animadas estatuas. Yo mismo volvía á verlas juntas por la primera vez, desde la salida de las mayores del convento. No podia dejar de participar del estremecimiento de favor general, que yo observaba y que veía se elevaba á mi rededor, por aquella admirable reunión de figuras, por aquel ramillete de familia, al cual pertenecía.

La mayor de las hijas de mi madre, que no tenía mas que diez y ocho años, se llamaba Cecilia. Su talle espléndido hubiera estado ya al nivel del de mi madre, si la estremada mo-

destia de su naturaleza, que la hacia temer la admiracion como otras temen la vergüenza, no hubiera inclinado un poco su cabeza y abatido sus ojos para escapar á las miradas.

Sus facciones, que recordaban las de la familia de mi padre, eran mas imperfectas que finas, mas bien hechas para la primera mirada que para la segunda. El conjunto era el que agradaba, las grandes lineas las que deslumbraban y la espresion la que encantaba: el carácter era la bondad. No sé en qué brillo de suave esplendor nadaba aquella fisonomía; pero no se discernia mas que el encanto. Las imperfecciones del pormenor desaparecian enteramente, sobre todo á alguna distancia. Tenia la grandeza, la unidad y la gracia, esas tres bellezas capitales de la muger, para la multitud que no analiza mas que su impresion. Así, pues, ella era la belleza popular de la familia, ella la que citaban y ella la que agradaba ver pasar por las calles. Todos los habitantes de la ciudad sabian su nombre. La señalaban con un orgullo personal á los estrangeros, en la iglesia ó en los paseos. Los pasajeros se volteaban para volver á verla: las tiendas, los muros y el piso estaban prendados de ella, que ni aun siquiera lo sospechaba; toda su coquetería consistia en sus simplicidades, en sus candores; en su rubor, que aumentaba diariamente, á despecho de sus años, por la prolongada infancia de su corazon. Su encanto era muy natural, su carácter el primer movimiento, su talento la primera palabra, pronta é infantil, tanto mas asombrosa cuanto que era mas inocente. No tenia ninguna disposicion para las artes, sus estudios eran del momento, los esfuerzos la fatigaban, desconsolaba á sus maestros y los encantaba al mismo tiempo. Se conocia desde aquella época que el cielo la habia formado para la familia mas que para el mundo, tallo de racimos y no de flores, de la raza de las mugeres predestinadas no á embriagar con estériles perfumes del estilo, sino á fructificar, á crear y á producir ricas generaciones en la tierra.

La segunda se llamaba Eugenia. Tenia un año menos; se

apoyaba en su hermana mayor, como si su talle, débil entonces y esbelto, hubiera tenido necesidad de un apoyo para sostenerse contra el viento del puerto ó contra el ímpetu de aquella multitud. Era una naturaleza absolutamente diversa, una aparicion de Ossian en el esplendor del medio dia; una sombra animada; una forma impalpable; con ojos azules, rasgados y hermosos como agua de mar, de donde la mirada parecia brotar desde lejos, como de un misterio ó de un sueño; un óvalo de rostro escocés, facciones de una delicadeza fugitiva, y de una perfeccion de lineas ideal, la boca pensativa, los labios delgados, la espresion grave, los cabellos rubios, cayendo en largos y lustrosos rizos sobre las dos mejillas: un rostro morvigense, en fin. Su naturaleza de alma y de espíritu, correspondia enteramente con sus facciones. Mas adelantada que sus mayores, apta para todas las artes; poniéndose pálida á la relacion de un heroismo, á la lectura de un hermoso verso, al sonido de la cuerda de una harpa; sensible hasta el sufrimiento, poética, musical, literaria; encerrada dentro de sí misma y viviendo con los mundos que formaba su imaginacion; menos observada por la multitud, mas espiada y descubierta, como las flores en la sombra, por las miradas curiosas y apasionadas, debia encantar á los hombres del Norte; y este fué mas tarde en efecto su destino. Se parecia en aquella época mas bien á mí que á sus otras hermanas, por el desarrollo precoz de su inteligencia, por la poesia y por la melancolia de su carácter. Eramos dos reflejos de una misma tinta, que se encontraban, uno ardiente y viril en mi frente, el otro frio, femenino y virginal en la suya. Era demasiado vista, pero no popular. Creian que habia en su alma mucho desden, á causa de su superioridad.

Despues de aquellas dos hermanas mayores, de tallas iguales, pero de rostros tan opuestos, se veia la tercera, de estatura casi tan elevada, aunque no tenia aún quince años, que se hallaba un poco atrás con las dos pequeñas. Se llamaba Susana. Para ella estaban de acuerdo todas las miradas y exclamaciones. No habia preferencia, ni aun se disputaba su mérito en la ciudad.

Solo se escuchaba un grito de entusiasmo por su maravillosa belleza. Era la pureza de líneas y la virginidad de las espresiones del rostro de las *madonas* de Rafael en el cuerpo de una *Psiquis* de Fidias: la virgen cristiana, tan casta, tan celestial como haya podido soñarla en su éxtasis el solitario mas piadoso y apasionado, por el culto de la muger divinizada. La llamaban en el pueblo *el cuadro del altar*, porque habia en el coro de la iglesia una estatua de una santa, por Migward, que se parecia mucho. Aquella forma verdaderamente angélica, para una muger terrenal, y aquel rostro de ideal perfeccion en los rasgos, no contenia mas que dos marcas: belleza y piedad. No habia evidentemente nacido para agradar á los hombres, sino para deslumbrar y adorar. Era uno de esos seres que Dios muestra á los hombres, pero que reserva para su culto; un niño de coro de su templo sobrenatural, una constelacion del cielo; ojos que se ven de lejos; que no se tocan jamas. Tenia en el mundo el instinto y como el presentimiento innato de su vocacion única de reflejar á Dios y adorarlo. Era la oracion viva y la contemplacion arrodillada. Mi madre no podia arrancarla de los altares. Le habia inspirado desde muy temprano un soplo demasiado fuerte de sus aspiraciones hácia lo infinito. Aquel soplo la separaba enteramente de la tierra, y mi madre no podia ya atraerla.

En aquel momento, saliendo Susana de la iglesia, su verdadera habitacion, se volvia de cuando en cuando para dirigir todavia desde el fondo de su corazon, un saludo ó despedida á los tabernáculos que su alma habitaba. Tenia bajos los ojos, para que sus miradas á la multitud que la contemplaba, no dejaran evaporar uno solo de sus fervores. Sus dos manos juntas, sostenian sobre su pecho su libro de oraciones, en un estuche de terciopelo negro. Las mas ligeras miradas se tornaban graves y santas al verla. Se conocia que no habria en la tierra un hombre digno de reemplazar aquel libro sobre su corazon, y que el amor seria para aquella pureza, no una llama, sino una profanacion.

En las otras dos hermanas que seguian a Susana, habia una diferencia de talle mucho mas sensible, que entre ella y sus hermanas mayores. Parecia que habia allí un intervalo de nacimiento, ó la pérdida de alguno de los hijos de la madre. Aquellas dos frentes juveniles, en lugar de nivelarse, no llegaban mas que á los hombros de Susana. Era como una escalera á la que hubieran faltado varias gradas.

XIII.

La que mas se acercaba á Susana, de mis hermanas, se llamaba Cesarina. Tenia diez y seis años, un año mas que su hermana; pero estaba destinada por la naturaleza á crecer como un vástago tan flexible y tan magestuoso como los dos primeros tallos. Mas bien formada ya, y menos esbelta en su estatura, era una de esas plantas que maduran antes de tiempo. Nada manifestaba en ella á la jóven de los climas y de la sangre templada de la familia de que habia nacido. Cierta cosa meridional y ardiente caracterizaba su belleza. Sus cabellos de color castaño oscuro, eran menos lustrosos á la vista, menos suaves al tacto, que los de sus hermanas; estaban como tostados por el sol de Nápoles ó de España. Sus ojos casi negros, tan oscuro era el color azul de ellos, rasgados y muy próximos á la cabeza, estaban cubiertos con una franja de pestañas mas largas que las de muger alguna que haya yo visto, escepto en Asia. Su frente era muy corta, por efecto de los cabellos, que bajaban en su nacimiento como la de mi padre. Su nariz recta, corta, menos afilada que la de nuestra raza; sus labios, mejor modelados, mostraban, cuando se sonreia, dientes de un esmalte mas puro, perfectamente iguales y mucho mas pequeños que los nuestros. El óvalo de sus mejillas era un poco mas redondo; su piel, menos fina y blanca, tenia esos toques ardientes é iluminados por el fuego interior que los pintores romanos dan con su pincel á los rostros de Judit, ó de *Sofonisbe* en la *Castidad de Scipion*.

Aquella encarnacion no era como un carmesí tornasolado, sino como un terciopelo de frescura y de vida. El metal de su voz tambien era mas varonil, y tenia vibraciones mas sonoras que el de sus hermanas. Al oirla se habria creido que hablaba el lenguaje del Dante, con el acento florentino. En todo era una jóven romana, encerrada por un capricho de la casualidad en un nido de las Galias; una ráfaga de viento del Mediodía, que habia atravesado los Alpes, para venir á animar aquel cuerpo; un rayo de la costa de Sorrento ó de Pórtici, incrustrado con todo su fuego y esplendor, en una frente desterrada en el Norte. Su belleza, diferente de la de Susana, y muy superior en brillo, aunque no la igualaba tal vez en perfeccion, encantaba con su deslumbramiento. Podia contemplarse con frialdad á las demas; esta inflamaba, porque era una hoguera. Decian que á la edad de su completo desarrollo y de su imperio en las almas, seria una de las bellezas predestinadas á abrasar los corazones y á quemar los ojos, los mas fatales á la vista que osasen detenerse en los suyos. Su carácter en aquella época parecia corresponder á estos pronósticos. Tenia el atractivo repentino, el inocente abandono, la fogosidad, la obstinacion, la independencian y caprichos de las almas ardientes de Italia antes de arrojar un aliento de pasion á aquella hoguera para que lo devoren. Temian que causase mas tarde muchas dificultades y pesares á nuestra madre. Aquellas aprensiones fueron vanas. Todo aquel fuego estravenado de la infancia se amortiguó en el corazon de la jóven. Una inclinacion combatida y vencida por la voluntad de la familia, un matrimonio verificado por obediencia, y piadosamente aceptado como un sacrificio filial, la tristeza y la muerte en un clima que no era el de su sangre, debian ser el destino de aquella jóven. El fuego apagado por las lágrimas; esto aconteció á Cesarina. Pensaré en ella siempre hasta la hora de mi muerte.

Daba su mano en aquel momento á la última de la familia, á la hermana mas pequeña y niña todavia, que se llamaba Sofia.

Era un rostro de las orillas del Rhin; de ojos húmedos y lánguidos, de brillante cabellera, de espresion meditabunda, sensible y dulce. Volvia sin cesar el rostro, y fijaba sus ojos en los de mi madre para adivinar y obedecer lo que mandasen. Ternura, ingenuidad, obediencia; en fin, un carácter cuyos elementos eran todos virtudes. Mi madre la adoraba, como todas las mugeres adoran, sobre todo, á su primero y último hijo, el primero que llega á descansar en sus rodillas para enseñarles que son madres, y el último que queda en la casa, para recordarles que han sido jóvenes. Aquella debilidad de mi madre habria mal criado á Sofia, si ésta hubiera sido susceptible de abusar de un ascendiente de ternura. Pero Dios no habia mezclado una imperfeccion á la arcilla con que habia formado á aquella niña en la avanzada edad de nuestro padre. Era la inocencia de la familia: su destino correspondió mas tarde á su rostro y á su voz.

XIV.

Mi madre, que me buscaba involuntariamente para engalanarse con toda la felicidad agrupada de aquel modo á su rededor en la puerta de la casa de Dios, á quien ella presentaba todo, me dirigió una sonrisa y me hizo una seña. Atravesé la multitud, y me reuní con ella y con mis hermanas. Mi padre nos esperaba un poco mas lejos. Volvimos con lentitud y todos juntos á la casa, acompañados por algunos de los amigos de mi familia, que se aumentaban á cada instante. La multitud se apartaba, murmurando palabras de admiracion al ver aquella madre en medio de aquella encantadora comitiva, que se habia formado á sí misma. Era la *Niobe* de las orillas del Saona, antes de sus desgracias. Yo leia en todas las fisonomías la cordialidad y la bendicion interior de los corazones del pueblo, por aquella muger santa y hermosa. Caminaba solo á algunos pasos de distancia de aquel gracioso grupo de mis jóvenes hermanas, cuyas rubias trenzas veia yo flotar sobre sus vestidos, de un mismo corte y de igual color.

El espectáculo de aquel padre y de aquella madre, conduciendo de la casa de la oración á la casa de ternura, á aquella cadena de niños amados, amantes, felices y bellos; de aquellos amigos, parientes, vecinos, artesanos y criados, asociándose con la vista, con la sonrisa y con el corazón á aquella magnificencia de la naturaleza, en una familia amada por todos, me causó una fuerte impresión que no se me borrará jamás. Comparé maquinalmente aquella inocencia, aquella pureza, aquella tranquilidad de la madre y de sus hijas, aquella magestad del padre, aquella seguridad de conciencia, del deber y de la felicidad, en aquel círculo de afectos vivos, apretado de aquella manera al rededor de la casa de nuestra cuna, con las evaporaciones, los delirios, la plenitud y el vacío desesperado del corazón, que acababa de sentir sucesivamente en mis primeras escursiones en el camino de la vida. No pude dejar de reconocer en mí mismo, que si Dios ha colocado el delirio en los sueños, ha puesto la felicidad y la paz del alma en las realidades. Una familia virtuosa y tierna, es la raíz del árbol de la vida. Cuando la rama se desprende del tronco, el viento la arrastra á los torbellinos y á los precipicios de las pasiones.

XV.

Bien que yo sintiese, al entrar bajo el vestíbulo pacífico y sombrío de la casa de mi padre, lo que se siente cuando se entra en un santuario, cuya puerta, que nos separa de la multitud, se cierra tras de nosotros, sin embargo, por aniquilado que yo estuviese por la tristeza, era demasiado joven y muy ardiente todavía para no cansarme de aquel asilo, muy estrecho para mis alas y muy monótono para mi movilidad. Mas en el primer momento, no sentí mas que el piadoso sosiego, ese dulce contagio del alma de mi madre, que se manifestaba en sus pasos como la sombra visible de la maternidad. Me formé un retiro en el silencio y ocupaciones uniformes en mi cuarto, á ejemplo de lo que veía á mi rededor.

He aquí lo que era entonces la casa paternal y de lo que se componía el resto de la familia.

XVI.

Mi padre, mi madre, mis hermanas y yo, formábamos íntimamente toda la familia. He dicho que mi padre había comprado una casa en la ciudad para concluir la educación de sus hijas. Esa era la que habitábamos. Mas había otra en un cuartel mas elevado de la ciudad, el hotel de nuestro nombre, la casa hereditaria de la familia, la habitación de mi abuelo en otro tiempo, y entonces la del hermano mayor de mi padre y de sus dos hermanas solteras, de mas edad que mi padre; casa alta, inmensa, noble en su sitio y aspecto, conservando ese resto de esplendor un poco triste que la Revolución había dejado en los edificios cuyo umbral había pisado, inmolado ó proscrito á sus habitantes. Una puerta maciza, un ancho y largo vestíbulo daban nacimiento á las gradas de la escalera principal; en el piso bajo una porción de salas, comedores y salones magníficamente enlosados de mármol, y adornados con enmaderamientos esculpidos sobre las puertas pintadas y decoradas de arabescos. Todas aquellas piezas daban á un jardín encajonado como los de Nápoles ó Sevilla, en elevadas paredes, en las que los pintores italianos habían colocado algunas perspectivas. En el primer piso, un salón mas modesto y frecuentemente habitado, y las habitaciones de los principales miembros de la familia. En el segundo, salas casi desnudas, destinadas á las ancianas parientas religiosas, á los antiguos criados jubilados que habitaban el hotel, á los amigos y á los huéspedes extranjeros que iban de cuando en cuando á visitar á mi tío ó á mis tías. Tal era aquella casa, y tal es poco mas ó menos todavía ahora que los fallecimientos y las herencias sucesivas la han conducido de mano en mano, hasta llegar á las mías.

Por el lado de la calle estaba separada de las cocheras y ca-

ballerizas, por una plaza pequeña y solitaria, ocupada por un pozo cuya cadena se oía rechinar á todas horas. Desde las ventanas del primer piso se veía á una distancia de cien pasos solamente, las cimas todavía bajas de algunos tilos plantados en una gran plaza que llegaba hasta las antiguas murallas de Mácon. Mas allá, la fachada noble, pero austera, de un inmenso hospital, construido segun los dibujos del arquitecto del Panteon; los enfermos y convalecientes salían á recibir el aire puro, y se calentaban al sol, sobre el verde musgo, en la puerta del hospital; algunos viejos y niños se paseaban ó jugaban en la arena de la plaza de Armas; por detras las verdiosas faldas de algunos ribazos pequeños, sembrados de jardines y rodeados de bosques; ese era el horizonte que presentaban las ventanas. Era propio para calmar cualquiera imaginacion y encerrar todas las perspectivas risueñas y grandiosas con que se alimenta la vista. Era una habitacion de caballero español en alguna ciudad pequeña de Castilla, escepto la solemnidad artística y monacal de las catedrales y de las antiguas mezquitas de su pais.

Nunca entrábamos allí sin cierto respeto.

XVII.

El hermano mayor de mi padre habitaba aquella casa la mitad del año, y la poseía juntamente con sus dos hermanas. Era al único que se le daba el nombre de familia. La mayor de las hermanas se llamaba la señorita de Lamarúne; nombraban á la segunda la señora condesa de Villars, por su título de canonesa y por el nombre de una posesion en el Franco-Condado, que le habia dado mi abuelo.

Aquel tio tenia entonces cerca de sesenta años; estaba casado por la edad, por consecuencia de una constitucion débil y por precoces enfermedades. Tenia la vista muy corta y caminaba vacilando. No participaba en nada de la naturaleza fuerte, elástica, sana y marcial de mi padre. Su estatura era mediana,

sus miembros delgados, su talle un poco encorvado por la costumbre de ver de cerca el piso, y pasar muchas horas inclinado sobre los libros de su biblioteca. Bien que tuviese en el alma los instintos constitucionales y liberales de 1789, y que fuese un antiguo discípulo y amigo de Mirabeau, habia conservado con bastante severidad el vestido exterior y aristocrático del antiguo régimen. Usaba zapatos con hebillas de diamantes, medias de seda, calzon corto atado en la rodilla, chupa de anchos faldones, é inmensas bolsas llenas de cajas de polvos, cadenas de reloj, formadas de anillos de oro, que flotaban en los muslos; el vestido abierto, la corbata estrecha como un collar bajo la barba, el sombrero de alas de pichon, la coleta sobre el cuello, la pomada y el polvo que volaba al rededor de su cabeza, á cada movimiento que hacia en la conversacion. Sus facciones eran originariamente puras, firmes, finas, los ojos grandes y negros, la nariz modelada como si hubiera sido de mármol, los labios delgados, casi siempre cerrados por la concentracion de su pensamiento, la tez pálida y trasparente, las manos delicadas, llenas de venas como en los retratos de Vandyck, con los cuales en todo tenia mucha semejanza. Tengo ese retrato muy bien grabado en mi cabeza, porque es una de las que he tenido mas tiempo para observar en mi vida, y que fué uno de los hombres que me causó en mis primeros años las mayores penas y el mayor bien. Fué con frecuencia la severidad y la contradiccion de mi destino, aunque nunca quiso ser mas que la segunda paternidad y la Providencia.

XVIII.

Era en todas las cosas el contraste de mi padre, y la naturaleza mas diversa de la mia.

Aunque fué educado para la guerra en la escuela militar, y sirvió algunos años, como toda la nobleza de provincia de su pais, en la caballería ligera de la guardia de Luis XV; sus gus-

tos sedentarios y estudiosos y su título de primogénito de la familia, destinado á casarse jóven y á poseer solo todas las tierras de su casa, lo habian hecho volver muy temprano á la de su padre. Mas económico, mas arreglado y mas laborioso que mi abuelo, hombre encantador, pero pródigo, magnifico y embarazado á pesar de su gran fortuna, habia tomado sobre él un inmenso ascendiente. Se habia hecho el hijo necesario y muy amado, el consejero, el administrador de los inmensos bienes, aunque gravados y minados por el proceso de la casa. Habia tomado tambien naturalmente, tanto por el derecho de superioridad cuanto por el de la edad y por sus mayores servicios, la autoridad y la dominacion de la familia. Su mérito no habia tardado en conquistarle una reputacion de hombre de primer orden en las dos provincias del Franco-Condado y del Maconnais, donde estaban situadas las principales tierras de mi abuelo. En pocos años habia restablecido el orden en los negocios, el buen arreglo en los dominios, la regularidad en las rentas y gastos, suprimido el lujo inútil en la servidumbre y en los caballos, arreglado ó ganado los pleitos, redactado las memorias, hecho defender ó defendido el mismo sus intereses ante los parlamentos de Besançon y de Dijon. Habia tomado en aquella profesion el conocimiento de las leyes, el gusto á los negocios, la seguridad en la mirada, la costumbre de escribir y el don de hablar bien.

Habia unido á sus trabajos especiales, por la fortuna y honor de su padre, los estudios científicos mas generales y profundos. Habia tenido relaciones con M. de Buffon, que escribia entonces á Montbard su historia natural. Igualmente con Daubenton, el colaborador de aquel gran naturalista. Tampoco descuidaba la literatura, de la que el genio de Voltaire habia hecho el vehiculo de la nueva filosofia. Nuestras tierras de San Claudio, inmediatas á Ferney, le habian presentado la ocasion de tener algunas relaciones de vecindad con el hombre del siglo. No participaba de todas las opiniones filosóficas de Voltaire, pero amaba,

por la similitud de la naturaleza, ese sentido esquisito que manifiesta la idea con la misma precision que la cifra demarca el número. Aspiraba como él, á la reforma de las ideas retrógradas sobre el espíritu humano, de algunos siglos; con la nobleza aspiraba á subalternar al clero, como cuerpo político y como propietario de los bienes de la nacion; como provincial no amaba la corte, y deseaba instituciones que elevasen al pais sobre las antecámaras y *tragaluces* de Versalles; como filósofo y como sábio, conociendo su valor, queria que el mérito y la consideracion fuesen otros tantos títulos al poder que rivalizasen al menos con el del nacimiento. En una palabra, era de aquella vasta y casi universal oposicion de los últimos años de la monarquía, que presagiaba, pensando moderarla, una revolucion segura. No deseaba, sin duda, un trastorno; pero sí un arreglo de todas las cosas en el Estado. Sin embargo, en el fondo era mas republicano que lo que él mismo creia, porque su talento, eminentemente crítico y reformador, y su carácter altivo y absoluto, se acomodaban igualmente mal con todas las superioridades instituidas. No era mas que constitucional; pero tal vez hubiera sido revolucionario mas completo, si no hubiera sido aristócrata de hábito como Lafayettee y Marabeau.

XIX.

A los primeros anuncios de la tempestad, sus talentos y su consideracion hicieron que se fijasen en él los ojos, y fué elegido por la nobleza en los Estados de Borgoña. Pensaron en él para los Estados generales; sus enfermedades no le permitieron admitir el papel que se le destinaba. Se habria ciertamente hecho de mucha fama en la asamblea constituyente, si no como orador, porque le faltaba la voz y el fuego del entusiasmo, al menos como organizador y reformador entre los *Thouret*, los *Chapelier*, hombres de redaccion, de meditacion y de accion. Su espíritu,

que no inflamaba, iluminaba siempre desde lo alto y á larga distancia. No podia sentarse en una asamblea sin ser notado.

XX.

Bien que su naturaleza fuese fria y austera interiormente, habia tenido un afecto profundo y durable. La voluntad de mis abuelos le habia impedido el casarse con el objeto de su amor. Habia rehusado el hacerlo con otra, y de esta manera habia llegado, aunque hijo rico y preferido de una familia estinguida, hasta los cuarenta años sin casarse. A aquella edad y ya valedudinario, habia mirado el pasado y el porvenir, y encontrado el camino demasiado corto para empeñarse en él con la larga comitiva de una muger y de una posteridad que tenia que conducir hasta el término de la vida. Se habia decidido á dejar los cuidados domésticos á sus dos hermanas, casi tan ancianas como él, y á entregarse en paz á sus gustos por la independencia, la ciencia y el estudio.

El objeto de su amor, que encontré con frecuencia en el salon de la familia, era parienta nuestra, hermana de aquel famoso marqués de Saint-Huruge, célebre por su turbulencia demagógica en las primeras escenas de la Revolucion, uno de los *huracanes* de Mirabeau, que se desencadenaba, como Camilo Desmoulins, Danton y Santerre en el Palacio Real ó en el barrio de San Antonio, sobre el pueblo, cuando se queria levantarlo para alguna manifestacion grande. El marqués de Saint-Huruge no era feroz ni aun jacobino; se hallaba agitado y era agitador. Le agradaba el movimiento y lo buscaba, el ruido y lo promovia. Era una celebridad de las plazas públicas, con una voz de Stentor, un talle gigantesco y gestos de demente. Lo ví todavía en mi infancia llegar á caballo á la casa de mis parientes acompañado de un aventurero polonés, con un vestido extraño y á caballo tambien. Lo recibian muy mal, y lo despedian con mucha brutalidad; se habia hecho realista; es verdad que nunca

habia sido terrorista; declamaba con delirio contra los infames que habian inmolado á Luis XVI, á la reina, á madama Isabel y á tantos millares de inocentes. Su actitud, sus gritos, sus gestos, sus miradas estraviadas, han quedado presentes en mi memoria desde la infancia. Algun tiempo despues se volvió loco, y fingieron creer que lo estaba. Bonaparte lo hizo encerrar en Charenton, donde murió.

Sus hermanas jóvenes, tiernas y santas, formaban el contraste mas asombroso con las opiniones, las costumbres y la turbulencia del marqués de Saint-Huruge. Despojadas de su fortuna y de sus asilos en los conventos, vivian piadosamente las tres juntas en una casita que les pertenecía, contigua á la de mi abuelo. La mas jóven era á la que habia amado mi tio. Tier-na, triste, graciosa aún, se veia en su fisonomía ese reflejo del amor entibiado, pero no estinguido en las almas.

XXI.

Los excesos y los crímenes de la Revolucion habian recaído sobre la familia, como sobre todas las de la nobleza, del estado medio ó del pueblo de Mácon. Mi tio fué apresado con su padre, madre y hermanas. El cadalso los tocó de cerca. Mas el horror contra aquellas demencias y los crímenes de la demagogia, no habian alterado su amor á la libertad y el gusto por las instituciones constitucionales, fuese bajo una monarquia ó bajo una república bien ordenada. Gemia sobre la Revolucion; mas ni la maldecia en su principio ni en su porvenir. El despotismo soldadesco del imperio lo oprimia é indignaba. El triunfo de la fuerza armada sobre todas las ideas y los derechos, ese gobierno sin réplica, esa última palabra de toda cosa en política, en filosofia, en religion, dada al cañon: aquella autocracia de policia sustituida á toda discusion en el pais de Voltaire, de

Montesquieu y de Mirabeau, eran para él intolerables. No lo ocultaba. Le habian ofrecido nombrarlo miembro del cuerpo legislativo, lo tentaron con un asiento en el senado; mas él lo rehusó. Hubiera pertenecido al pequeño banco de oposicion de los Cabanis, de los Tracy; no hubiera hecho como ellos y sus amigos, aproximarse á la tiranía, para expiar en la impotencia sus excesos y su caída, con la apariencia de una complicidad con la servidumbre general. Quiso mejor permanecer libre, solo y sin responsabilidad en su retiro. Cuando el emperador llegó á Maçon y se detuvo allí muchos dias en 1809, llamó á mi tío y tuvo con él una conversacion en presencia de Mr. de Prat, el arzobispo de Malines y de algunas personas de la corte imperial. El emperador quedó muy descontento con aquella conversacion. "¿Qué quereis ser? dijo al concluir.—Nada, Sire, respondió mi tío." El emperador le volvió la espalda con un gesto colérico. Desconfiaba de los que no le pedian alguna cosa, porque querian conservar libres sus almas.

XXII.

Tal era el jefe temido y casi absoluto de nuestra familia. Reinaba sobre la opinion del país, por la elevada y justa consideracion de que se hallaba rodeado: reinaba sobre sus dos hermanas, por el culto de afecto, de respeto y obediencia que le tenían: reinaba sobre mi padre, por la superioridad de la edad, de la fortuna y por el antiguo hábito de deferencia que los menores habian recibido como un mandamiento de Dios, por tradicion, hacia sus mayores, destinados bajo el antiguo régimen al gobierno absoluto de la familia: reinaba sobre mi madre, por el cuidado maternal que tenia y debia tener, de conservar en él el porvenir de sus hijos, de quien solo dependia: debia desear naturalmente reinar tambien y especialmente sobre mí, hijo único de la familia que pudiese llevar y perpetuar su nombre.

XXIII.

Hasta entonces, niño ó adolescente, habia tenido pocas ocasiones de sentir el peso ó el yugo directo de su voluntad sobre la mia. En los colegios ó en mis viages, no habia sentido todo esto mas que á distancia y á través del corazón de mi madre, que lo endulzaba todo. Pero entonces íbamos á encontrarnos frente á frente, él con su costumbre de autoridad, yo con mi instinto de juventud y de independencia. Porque no hubo jamas en una misma familia y en relaciones tan íntimas, dos naturalezas mas desemejantes que la del tío y la del sobrino.

El era hombre de reflexion y yo un niño entusiasta; él era hombre de especulacion y yo era un niño lleno de movimiento y de accion; él era frio y yo ardiente; él era sábio y yo me hallaba inspirado; él era económico y yo pródigo; él se hallaba limitado en un estrecho horizonte, ordenado, de provincia, de una ciudad pequeña ó de familia, y yo presentaba á mi imaginacion unas alas que abarcaban el mundo; queria formarme á su imágen, y la naturaleza me habia construido á imágen de mi madre en otro molde y con diverso metal: no estimaba él mas que las ciencias y yo no comprendia sino el sentimiento. Para esplicarlo todo en dos palabras, él era matemático y yo era, ó podia ser, poeta. ¿Cómo unir la cifra con la llama?

Así es que se separaban siempre, á pesar de los esfuerzos que él y yo haciamos para reunirlos. Una se reasumia helada é inmóvil; la otra se evaporaba y corria con el viento. No podiamos comprendernos, amándonos. Mas él era mi maestro; y si podia impacientarse frecuentemente, por encontrar en mí una naturaleza tan involuntariamente rebelde á plegarse á la forma de su espíritu, á un discípulo forzado y sujeto, no me quedaba mas que indignarme en silencio y maldecir interiormente aquella casualidad desgraciada de familia, que condenaba á tocarse toda la vida á dos naturalezas de una inteligencia diferente y en

todos puntos separada; helándome él, yo quemándolo; sufriendo ambos y haciéndonos sufrir el uno al otro, no por defectos, sino por cualidades que no estaban de acuerdo.

XXIV.

Resultaban frecuentemente desagrados y repulsas mútuas que hacían tristes sus días, y á mí la vida dura. Mi madre iba de él á mí y de mí á él, para arreglarlo todo. Mi padre en nada se mezclaba para permanecer neutro, temiendo su propia vivacidad, que hubiera podido agriar ú ofender á su hermano. Su naturaleza militar franca y animada, era mas análoga á la mía; me hubiera concedido con mas frecuencia la razon; pero debia respetar también, en mi interés, la autoridad y soberanía de la familia. Se iba á cazar, dejando á mi madre el cuidado de conciliarlo todo. Ella lo lograba; mas no sin derramar algunas lágrimas.

La voluntad de mi tío era guardarme en Mácon como á una doncella en una alcoba de provincia; hacerme cultivar bajo su direccion todas las ciencias frias que mas repugnaban á mi espíritu: física, historia natural, química, matemáticas, mecánica; renacer por mejor decir en mí; dedicarme despues, en uno de sus dominios, á la agricultura y á la economía doméstica, mientras pasaba mi juventud, como entonces se decia; en fin, casarme y hacer de mí una cepa mas ó menos fértil de aquel bosque de género humano, del que no sobresale una cabeza de la otra, en una provincia lejana. Nada tengo que decir contra aquel destino; es el mas natural y mas feliz. ¡Plegue á Dios que yo hubiese sido predestinado! Mas todos han sacado su lote en la naturaleza, al entrar al mundo; no era este el mio, y mi tío no habia sabido leer en mis ojos. Esta fué toda la desgracia.

XXV.

La vida que entonces pasábamos en Mácon, en el círculo de la casa paterna, de familia y de sociedad, era monótona, regular

y acompasada, como una existencia monacal, cuyo claustro se hubiera estendido á proporcion de una ciudad pequeña. Semejante vida era propia, por su naturaleza, para hacer corromper la agua de las cascadas mismas de los Alpes que acababa yo de visitar, ó para apresurar la esplosion del fastidio á el alma de un jóven cargado de incomodidades, teniendo necesidad de aire y mucha energia sin actividad.

Yo permanecía encerrado en mi cuarto, con mis libros y un perro, hasta el momento de la comida, que era precisamente á las doce. Despues de ella, nos dirigiamos todos respetuosamente al salon principal para reunirnos con el resto de la familia. Allí encontrábamos á nuestro tío y tias, conversando, leyendo ó hilando. Era la hora temible, la hora de las amonestaciones, reconvenciones que recaian sobre nuestra pobre madre, por cada una de las ligeras faltas de sus hijos. Mis tias eran buenas, pero entregadas á la ociosidad, y por consecuencia muy minuciosas. Amaban á mi madre y aun la veneraban, y nos veian como á sus propios hijos; mas querian tener los derechos sin las cargas de la maternidad. Olvidaba hacer sus retratos, que faltarian en mi vejez á este cuadro de familia. Retrocedamos.

La mayor de ellas se llamaba la señorita de Lamartine. Era una naturaleza angélica mas que femenil. Habia sido la favorita de su madre, la reina de la casa en vida de mi abuela, que no se ablandaba mas que por ella; la tutora de sus jóvenes hermanas, la mediadora de sus hermanos, todo el mundo la adoraba. Aunque muy bonita hasta los veintiocho ó treinta años, y muy solicitada á causa de su figura, de su carácter y de su fortuna, no habia querido casarse para permanecer al lado de su madre hasta la muerte. La habia seguido y servido en su cautividad. Despues del fallecimiento de su madre, era ya demasiado tarde; habia envejecido; la revolucion habia proscrito al único hombre á quien amó con una inclinacion tan pura como su alma. Se habia unido con su hermano mayor; le habia entregado la administracion de sus bienes para que los confundiese con los suyos; tenia su casa,

gobernaba, como en otro tiempo, á sus criados, presidia á sus buenas obras, y empleaba todo el tiempo é independencia de su vida en prácticas de devocion; devocion tierna, pero exaltada y sensible, casi como la de Santa Teresa. Era delgada, pálida y lánguida; dos hermosos ojos y una sonrisa encantadora, petrificada en sus labios, recordaban su primitiva belleza; su voz era suave, melancólica, y tenia sonidos impregnados de amor divino. Se veia constantemente en su rostro el trasparente velo del recogimiento místico y de la meditacion de las cosas santas, de las que salia solamente por condescender con su hermano. Pasaba la mitad del dia por lo menos en las iglesias, al pié de los altares: la luz pálida y amarillenta de los cirios parecia incrustada en su frente. Era la figura de la contemplacion cristiana.

La otra, que como he dicho, se llamaba madama de Villars, era de un carácter mas viril que un hombre y mas enérgico que un héroe, pero tambien mas activo, mas dominador y mas impetuoso que una borrasca; en el fondo generosa, olvidando con tanta prontitud como la que emplea la arena en absorber el agua, y pronta siempre á reparar por la prodigalidad de sus beneficios y por un cariño sin límites á la familia, las faltas, ó mas bien ligerezas de su humor que no habia podido contener; amada de lejos, porque no se sentian sus caprichos sino á través de sus sólidas cualidades; temida de cerca, porque sus pequeños defectos ó ímpetus se sentian con el continuo trato. Era como esas pieles ásperas que cubren hermosas formas. Las mugeres que se hallan revestidas de esta manera, no son bellas sino á distancia.

Habia sido menos querida que su hermana en su juventud; pero mas viva, mas ingeniosa y mas instruida. Gozaba en la generacion precedente, de una fama de distincion y de talento, que mantenía con esa coquetería de la preocupación, que agradaba aún. Era ella, sobre todo, la que sostenia la tertulia en la sala comun, y quien se encargaba de alentar la conversacion y revivirla cuando se resfriaba, como esos personajes del teatro

que se preguntan ó contestan, segun es necesario para hacer marchar ú obrar la pieza.

XXVI.

A los quince años la hicieron entrar al capítulo de canonesas á que pertenecia, especie de convento mundano que prohibia el matrimonio, pero que permitia el trato del mundo. Sus votos habian sido moralmente forzados.

No habia cesado de protestar en su corazon contra las trabas semi-monacales y contra la crueldad del celibato á que habia sido condenada antes que tuviese la edad de la razon y de la voluntad. Cuando la Revolucion abrió los claustros y rescató aquellos canonicatos femeninos, era ya demasiado tarde: habian pasado treinta años, y sus votos eran irrevocables. Los maldecia, pero los guardaba, por honor y por virtud, mas que por religión. En los ratos desocupados de su convento, que eran frecuentes, habia leído mucho á los filósofos, cuyos libros pasaban entonces las enormes rejas de aquellos medios claustros. Habia conservado una costumbre y necesidad de discutir consigo misma, y con los demas, las cosas de fe, que renacia diariamente, á pesar de su voluntad sistemática de creer lo que ella se imponia, como autoridad divina. Esa voluntad de creer á su palabra y esa necesidad de discutir siempre, formaban un gracioso contraste con su profesion de religiosa secularizada. Por la mañana se proponia razones de duda, que en la tarde se refutaba. Su pensamiento era un incesante combate entre las dudas que repelia y la luz que no queria admitir. Su rebelde imaginacion, era un resorte de acero, siempre elástico: en vano lo doblegaba con todo el peso de su voluntad, porque se enderezaba con todo el vigor de su inteligencia. Aquel conflicto interior, que duró noventa años en ella, con toda la tenacidad de una imaginacion juvenil, agriaba frecuentemente su humor. Se rebelaba muchas veces contra la fe, y tenia remordimientos de la duda. Por todas partes mal, porque ni se sometia á la razon ni á la fe.

Aquella situacion de su espíritu no la hacia por eso mas tolerante en materia de devocion, de ceremonias religiosas, en la asistencia á los sermones, en el cumplimiento de las cuaresmas, en la observancia de las abstinencias, y en la lectura de libros ortodoxos y no ortodoxos. Tenia la severidad enredadora de un doctor ó de un casuista, sobre todas esas cosas, materias ordinarias de la conversacion íntima de la siesta, en el salon de mi tío, durante la forzosa visita de la familia. El tono de aquella conversacion era frecuentemente agrio, ofensivo de su parte con respecto á nuestra madre. Eran lecciones, alusiones, insinuaciones, reconvenciones, algunas veces ironías amargas y provocadoras sobre las mas fútiles materias: ya sobre la religion demasiado fácil y seductora, que nuestra madre hacia amar en lugar de hacer temer á sus hijas; ya sobre su educacion en extremo elegante; ya sobre su adorno esquisito; ya sobre el gasto de nuestra casa, que excedia, decian, á los limitados recursos de mi padre; ya sobre las personas de condicion muy plebeya que recibiamos; ya sobre los libros de instruccion poco convenientes que se leian; ya sobre el exceso de tolerancia de opiniones que se practicaba; ya sobre las debilidades de mis padres para conmigo, sobre las frecuentes ausencias que me permitian, sobre mi permanencia en Paris, ó sobre los viages al extranjero, que ella favorecia con sus ahorros, y para los cuales eran cortas nuestras fuerzas. Nuestra madre escuchaba al principio con una paciencia risueña y verdaderamente sobre humana, todo aquel exámen cotidiano de conciencia, hecho por sus cuñadas y cuñado; ella paliaba, escusaba y refutaba con gracia, humildad y dulzura. Pero si una palabra viva ó un poco fuerte, se le escapaba en su defensa, se reanimaba la contradiccion, se irritaba y acaloraba; los tres antagonistas que siempre tenia reunidos á su frente, no formaban mas que una opinion y una voz para condenarla, cada uno segun su carácter: mi tío con autoridad, la señorita de Lamartine con dulzura, y madama de Villars con obstinacion é impetuosidad. Afligida nuestra madre por causa de

nosotros, concluia algunas veces por revelarse, y frecuentemente por llorar por aquellas injusticias. Yo tomaba viva y apasionadamente el partido de mi madre; manifestaba con medias palabras, y á pesar mio, la cólera que fermentaba sordamente en mi pecho contra aquellas opresiones. Se esplicaban, se enternecian, se daban escusas; las mugeres derramaban algunas lágrimas, y se acariciaban mutuamente; salian en seguida mas ó menos bien reconciliadas, para comenzar exactamente á la mañana siguiente, los mismos insultos, las propias recriminaciones é iguales reconciliaciones en la familia. Esto era, sin embargo, lo que una pobre madre, muger superior, orgullosa y digna, se veia obligada á sufrir todos los dias, por interés del porvenir de sus hijos, que dependia de aquellas tres cabezas de la familia. Llamábamos á aquella hora, la hora del mártirio, y la compensábamos con el aumento de ternura hacia ella, cuando saliamos; porque era siempre por nosotros, y especialmente por mí, por quien aceptaba aquellos caprichos del humor. Mas tarde, ese humor que no era en el fondo mas que la ociosidad de tres imaginaciones desocupadas, y que la solicitud, demasiado déspota y egoista del parentesco, ha reparado todas aquellas faltas pequeñas de carácter y de situacion con mi madre y con nosotros, con sentimientos y beneficios, que nos han dado en aquellas tias y tíos, unas segundas madres y otros padres.

XXVII.

Después de aquella tormentosa sesion, que se prolongaba por espacio de una ó dos horas, y cuyos lentos minutos, contábamos en el reloj de la chimenea, cuya aguja nos parecia paralizada, mi madre entraba en su habitacion con sus hijas para asistir á las lecciones de sus maestros, ó bien recibia á su turno las incessantes visitas de las personas de la ciudad que preferian su casa y su conversacion graciosa y tierna, á la austeridad demasiado magestuosa del hotel de la antigua familia. Mi padre se iba á jugar su partida de ajedrez y de damas reales, á la casa de alguna vi-

da de la antigua generacion de Mácon, ó á la de algun oficial de su regimieunto, casado y retirado como él, desde el tiempo de la emigracion, á su ciudad natal. En cuanto á mi, subia á mi cuarto, ó iba á pasearme solo y melancólico en los desiertos senderos que cortan los campos tras del hospital. Desde allí se ven los techos de la ciudad, la corriente del Saône, sus prados que se pierden de vista, semejantes á los del Danubio saliendo de la Sérvia para entrar en Hungría; y en fin, el Jura y los Alpes, ¡los Alpes de donde no podian separarse mis miradas, como tampoco pueden separarse las del prisionero, del muro, tras el cual ha gustado el sol, el amor y la libertad!

XXVIII.

Aquellos paseos, durante los cuales, llevaba en mi corazon una montaña de tristeza y de fastidio, no se variaban ni por esos accidentes del paisaje, ni por esa animacion del campo, ni por ese sentimiento de la verdadera y profunda soledad, saboreada con seguridad en el fondo de los bosques, ni por las aguas, ni por los árboles, ni por las rocas. Era un aspecto de barrio, la mas triste y desengañada de las naturalezas; no un campo, sino un prado, en el que se anda para huir, no para buscar alguna cosa, ó alguna persona. Se veían los techos de Mácon, los que me causaban horror en aquella época de mi vida, porque me representaban mi cautividad, y que mas tarde me fueron tan queridos; cuando me recordaban á mi padre, á mi madre, á mis hermanos y mi cuna! No encontraba mas que algunas mugeres de taberna de aspecto desvergonzado, recogiendo violetas, en el declive de césped de los senderos, o espinas en flor en los breñales. Desde esa época el olor de las violetas y la nieve perfumada del espino egipcio, esos dos síntomas precursores de la primavera, me disgustan al olfato y a la vista, porque esas dos flores me recuerdan siempre aquellos paseos melancólicos, aquellos setos monótonos, aquellas mugeres sórdidas, seguidas á alguna distancia, por artesanos borrachos, ó por soldados ociosos. El paisaje de las inme-

diaciones de Mácon tiene mucha semejanza con los paisajes sin animacion y sin vista de la Lombardia. Un Virgilio podia nacer en aquella Mántua. Respiraba la inmensidad, la monotonía, la magestad, la luz y el fastidio; este era el carácter del lugar. Puedo decir que durante aquellos años de mi juventud, he apurado hasta la hez todo lo que aquel paisaje contiene de fastidioso en su belleza. ¡Cuántas veces he reconvenido á la naturaleza el haberme hecho nacer al borde de aquellos llanos, donde el alma se extravía como la mirada, en lugar de haberme hecho nacer en Nápoles, en Suiza, en Saboya, en la Auvernia, en el Delfinado, en el Jura, ó en la Bretaña, países de fisonomías marcadas y de variados caracteres! Así, pues, ¡cual fué mi alegría, cuando sali en fin de aquella insipidez del paisaje de Mácon, para entrar en las verdaderas colinas del Máconnais, semejantes en todo á las inmortales colinas de Arquá, donde vivió y murió Petrarca! ¡Allí es Milly; ese es mi país! Siempre he aborrecido las ciudades; adoro el Máconnais montañoso.

XXIX.

Aquella pequeña ciudad de Mácon, situada en aquel país tan poco pintoresco, en la orilla de un rio, que no tiene ni aun el movimiento y murmullo del agua, era, sin embargo, en aquella época, la residencia de un pueblo dócil, amable, gracioso y espiritual, y de una escogida sociedad, verdaderamente digna de rivalizar con los mas aristocráticos salones, y los mas letrados, en que mas tarde penetré en toda la Europa. Era un *Weymar francés*, una *Florençia* en medio de las *Galias*, un centro de buen gusto, de gran tono, de pasatiempo, de comodidad, de artes, de literatura, de ciencia, y sobre todo, de sociedad y de conversacion.

La casualidad habia reunido todos estos elementos en Mácon durante los años que siguieron á la revolucion y que principiaron con el presente siglo. Era un aluvion del antiguo régimen

A de la sociedad antigua, depositado por la revolución en aquella rivera del Saône. Voy á referir la manera con que aquel aluvion se habia formado allí naturalmente.

Habia en Mácon, antes de 1789, un obispado excesivamente rico, cuyo titular presidia los Estados del Maconnais, y reunia en su palacio episcopal á todas las notabilidades de la provincia. El último obispo era hombre de talento, de gusto y de lujo, mas bien que hombre de iglesia. Su casa era un centro de delicadeza, de galantería, de elegancia y de saber: *arbiter elegantiarum*. Gastaba cuatrocientas mil libras de rentas eclesiásticas, en munificencias y en fiestas. Deslumbraba con su lujo á la nobleza del pais, que rivalizaba con él en esplendor, y que hubiera querido ofuscarlo.

Habia, ademas, dos capítulos de canónigos, que poseían rentas considerables en canongías, priorazgos, en prebendas, tesorería territorial, inmensa entonces, del culto del Estado. Aquellos canónigos pertenecían en general á las principales familias de la ciudad, de la provincia, ó de las limitrofes, eran ociosos, ricos, amantes del placer y de las reuniones en la ciudad y en el campo; siempre prontos á acrecentar el número, el movimiento y la alegría en la sociedad. Era una guarnicion permanente de la Iglesia, compuesta de abates de todas edades, de diversas costumbres, que reclutaban los castillos y salones.

Habia ademas dos casas de elevada nobleza, que todo lo dominaban y que igualaban en lujo á las de los príncipes. Una de ellas era la del conde de *Montrevel*, que nunca iba á la corte, y que gastaba seiscientas mil libras de renta en Mácon. Tenia una caballeriza provista con cien caballos de caza, un teatro y una gran música á sus espensas, que rivalizaba con la de los Condes en Chantilly.

Habia la segunda nobleza, no muy antigua y poco ilustre, compuesta de siete ú ocho casas, absolutamente locales, que trataban de igualar en magnificencia al obispo, y que se titulaba la nobleza de la corte.

En fin, habia el tercer estado propietario y ocioso, viviendo de la tierra y no del comercio ó de las profesiones liberales, tan antiguo y mas aún que la nobleza; aquel estado se confundia enteramente con ella, en los mismos salones, en los mismos castillos, en las mismas opiniones, en los mismos placeres. Un título ó un particular formaba toda la diferencia.

XXX.

La revolución, despues de haber dispersado, arruinado, aprisionado y hecho emigrar toda aquella multitud, habia reunido de nuevo casi todos los restos desde el Terror, el Directorio y el Consulado. El conde de *Montrevel* habia pagado solo con su cabeza, su inmensa fortuna y su gran nombre. El obispo se hallaba reducido á las limosnas de los fieles; vivia bajo el techo y alimentándose con el pan de uno de sus antiguos servidores, tan resignado y tan tranquilo en su miseria, como antes habia sido magnífico y pródigo en su opulencia.

Los canónigos y abates vivían con el producto de las pequeñas pensiones del gobierno y con los socorros de sus familias. Los emigrados, la mayor parte jóvenes cuando habian abandonado la Francia por el ejército de Condé, habian encontrado en las casas de sus padres, todavia vivos, sus bienes que no habian podido confiscarse. El estado medio no habia perdido mas que un año de su libertad en la prisiones; sus bienes se hallaban intactos, sus placeres y sus costumbres eran las mismas que antes de 89; renacia el gusto, edificaban, plantaban y daban fiestas en el campo, comidas y bailes en la ciudad: los años de dispersion y de angustias que se habian atravesado, parecían dar á la vida social la frescura de la novedad y el premio de un momento perdido.

El carácter de los habitantes del pais se prestaba admirablemente á aquel género de vida. Una benevolencia casi general formaba el fondo de él. Ese carácter es templado como el cli-

ma; no tiene ardor, y mucho menos fuego; pero tiene una gracia, una intimidad en las relaciones, una igualdad en el humor, una especie de parentesco general entre las familias y entre las clases, que hacen el encanto habitual de la comarca. El país no era, pues, mas que una familia, cuyas diversas ramas no se ocupaban en otra cosa que en hacerse dulce la vida á sí mismos y agradable á los demas. Era una parte del barrio de San German, escepto sus grandes nombres, sus muchas preocupaciones y su desmesurado orgullo, relegado en el fondo de una provincia.

XXXI.

Se abria todas las noches un salon, ya en una de aquellas casas, ya en otra, para recibir aquella numerosa y elegante sociedad: en las mesas de juego se agrupaba toda aquella multitud, á escepcion de dos ó tres retardados, que llegando despues de haber comenzado las partidas, se dirigian en voz baja algunas palabras cerca de la chimenea; y jóvenes sentadas en silencio tras de sus madres, que cuchicheaban entre sí, como en la iglesia ó en el convento. Un religioso y austero silencio reinaba en todos los salones durante aquellos whists ó revesinos sempiternos. El juego, aunque era muy moderado, doblegaba todas aquellas cabezas, se apoderaba de todas las imaginaciones, tanto de las de los hombres como de las de las mugeres, y las mantenía en un recogimiento casi grotesco, que no se manifestaba mas que por medias palabras, por la espresion de los rostros, ó por los gestos sucesivamente alegres ó desesperados. Se trataba de cinco sueldos por ficha, algunas veces de menos; pero el hombre es un ser tan apasionado, que coloca su pasión hasta en las puerilidades cuando no puede hacerlo en cosas grandes. Además, el juego de las tertulias en aquellos salones, era una costumbre del antiguo régimen, la que se mantenía por respeto á las tradiciones de otro tiempo. El juego tenía toda la seriedad de un deber de buena sociedad, que era preciso llenar, ó decla-

rarse hombre mal educado ó muger inútil; las ceremonias religiosas de la mañana en la iglesia, no eran impuestas ni seguidas con mayor solemnidad. Eran despreciados los que huían del juego, y estimados y buscados los que en él se excedían. Me acuerdo de cinco ó seis hombres, mas que medianos, de los que no se hablaba sino inclinando la cabeza, porque, decían, con mas respeto que el que se hubiera tenido por un grande artista, que jugaban superiormente al *boston* y al revesino. Vivían y morían muy contentos con aquella reputación. Mi madre y mis tías me alentaban lo mejor que podían á merecerla, y hacerme útil y agradable á las dueñas de casas, haciendo el cuarto en alguna mesa de jugadores incompletos; mas no lo lograron. Aunque por naturaleza muy complaciente, nunca he podido tolerar el insoportable fastidio de manejar dos horas por día siempre las mismas cartas en mis manos, no teniendo mi espíritu por horizonte y mi corazón por diversion, mas que esas abominables figuras de reyes, de reinas de diversos colores, arrojándolas unas sobre otras en esa confusa mezcla de pedazos de carton, sobre una carpeta verde para recogerlas en seguida y volver á comenzar el mismo ejercicio, hasta que la péndula daba la hora de la libertad de mi espíritu. Era preciso renunciar á ello. Mi paciencia, mi buena voluntad, mi juventud, mi figura, nada lograron. Esto me hizo mal notar, en mi estreno, en la estimación de las ancianas que gobernaban magestuosamente aquel mundo de cartas, de fichas y de tantos. Sus rostros se helaron y oscurecieron conmigo. La obligación de acompañar regularmente á sus casas, á mi madre y á mis hermanas mayores, se hizo para mí un suplicio cotidiano. Yo abreviaba el martirio escapándome despues de haber comenzado las partidas.

XXXII.

Había un solo salon donde no se jugaba, y que recibía todas las noches á un número pequeño de amigos de la casa; era el salon de mi tío. Yo concurría á él por la noche con mucha me-

nos repugnancia que por la mañana. Era un círculo corto, íntimo, político, literario, científico, donde el espíritu estancado de una ciudad pequeña, que participaba, al menos por la noche, de las ideas, de los hechos y del tiempo. Mi tío, hombre de conocimientos muy variados, de una conversacion muy agradable en todas las materias de una ociosa velada, era el centro de aquel salon. Jamas se presentaban allí las mugeres; los ocho ó diez hombres que asistian con regularidad todos los días, se atraian unos á otros, y todos lo eran por el dueño de la casa, por ese atractivo involuntario y natural que arrastra los pasos á pesar de la voluntad, donde se halla bien la imaginacion. No habia otra cita que aquel placer recíproco y aquella conformidad de gustos, de estudios, de opiniones, realzada por una absoluta libertad en los discursos. Era, en general, todo lo que el pais contaba de hombres eminentes, interesantes ó ingeniosos en todas las clases de la sociedad. No habia allí otra aristocrácia que la de la inteligencia y el gusto. He visto muchos salones en mi vida de viagero, de diplomático, de hombre de mundo político y de letras: me acuerdo siempre de aquel, como de un completo modelo de reunion, y las principales figuras que allí se dibujaban en medio círculo, en frente del fuego, han quedado petrificadas con sus vestidos, sus fisonomías, el metal de sus voces, sus gestos, sus actitudes y las diferentes naturalezas de su espíritu, en mi memoria y en mi vista.

XXXIII.

El primero era un abate anciano, venerable y venerado en la provincia y aun mas allá, con una peluca leonada, un rostro largo y apergaminado, un lovanillo enorme en el labio inferior, un aspecto imperioso, una voz ronca saliendo del fondo de una biblioteca, donde se encierran numerosos y empolvados *en cuarto*. Se llamaba el abate *Sigorgne*; habia ocupado antes de la Revolucion altas y soberanas funciones sobre los sacerdotes de la diócesis, cuya naturaleza y nombre he olvidado. Habia escrito mucho, y entre

otros un libro titulado el *Filósofo cristiano*, que goza aún de una reputacion de seminario y de teología. Era prodigiosamente sábio en todas esas cosas que nadie se inquieta por saber hoy: *blason, derecho, cánon*, cuestiones de beneficios eclesiásticos, de casuista, &c.; cultivaba ademas con buen suceso las matemáticas, las ciencias naturales y la química. Los sacerdotes de aquel tiempo no se asemejaban en nada á los de hoy; aquellos pertenecian al mundo: éstos están solamente entregados al sacerdocio: esto es mucho mejor. El abate *Sigorgne* habia sido siempre del mundo por la noche; entregándose enteramente á la ciencia y á la Iglesia por la mañana. Habia viajado, habitado mucho tiempo en Paris, y habia sido doctor en la Sorbona: habia frecuentado los salones de madama du Defiant y de madama Geoffrin; habia conocido á los escritores y filósofos del siglo XVIII. Sus relaciones con d' Alembert y Diderot, en nada habian alterado sus opiniones religiosas. Discutia con ellos sin odiarlos; pero sin ceder en nada de sus convicciones. Su carácter era uno de esos temples sobre los que todo se desliza, sin alterar el tejido del acero: suave al tacto, mas firme para resistir. Habia tenido con Voltaire una correspondencia, y con Juan Jacobo Rousseau una discusion impresa, en la que el filósofo de Génova y el de Mácon habian combatido en presencia del público sobre no sé qué materia; pero con talento, política, dignidad y mútua estimacion. El abate *Sigorgne* estaba naturalmente orgulloso por aquella lucha con tan célebre adversario. Haberse medido con Juan Jacobo Rousseau era una gloria aun para un ortodoxo y para un vencido. Resultaba de todo esto una alta consideracion sobre el nombre del abate *Sigorgne* en su orden y en el pais. Su virtud realzaba aun mas su fama y su vejez. Daba gratuitamente, y por solo el progreso de la ciencia, lecciones en su biblioteca, á los jóvenes de algunas esperanzas. *Mr. Mathieu*, cuyo nombre ilustra á su turno la ciencia y el pais donde nació, fué uno de sus discipulos. El abate *Sigorgne*, á pesar de sus ochenta años cumplidos, conversaba con esa indulgencia, segun-



da gracia de la vejez, casi tan atractiva como la de la juventud; porque si la una es una timidez, la otra es una condescendencia, y ambas interesan. Lo escuchaban siempre con deferencia. Su conversacion era abundante como un libro, dividida y distribuida como un sermón. Parecia un gran profesor; mas mezclaba á la enseñanza una gran variedad de anécdotas sobre las mugeres y los hombres célebres del siglo último, que despertaban poderosamente la atencion. Adornaba tambien la conversacion con citas de sus poesias y de sus coplas de sociedad; ensayos desgraciados que han quedado en mi memoria como los famosos versos de Malebranche. Es casi imposible hacer comprender á un sábio que la poesia no es la rima. El abate Sigorgne, que murió mucho tiempo despues, dejó su nombre á la calle de la ciudad que habia habitado. Cuando no se tiene familia, es alguna cosa dejar su nombre á las piedras.

XXXIV.

Otro abate llamado el abate *Bourlon*, figuraba todas las noches en el salón de mi tío. Abate de la corte, antiguo vicario, hombre de mesa y de sociedad en su juventud, de aventuras durante una larga emigracion, habia frecuentado los salones del cardenal de Bernis y de madama de Pompadour, mucho mas que las salas de la Sorbona. Grueso, pequeño, carrilludo, gotoso, de una figura que habia debido ser tan agradable como graciosa, tenia él mas del abate de *Chaulieu* que del sacerdote martirizado por una revolucion y á causa de su fe. Mas el tiempo y el decorum de las emigraciones y de las espoliaciones de beneficios, sufridas por su estado, le daban cierto aspecto y gravedad. No la olvidaba sino en el calor de la conversacion, y en la especie de entusiasmo que le inspiraban el mundo elegante y los placeres. Entonces, todos sus recuerdos de París y de la corte, nombres históricos, desterrados ilustres, brotaban con multitud de relaciones brillantes de su memoria. Se comprendia que quince ó veinte años antes habia sido uno de los abates mas

bien recibidos en los salones de Versalles ó de París, donde su alma habitaba aún. Los devotos no lo amaban sino como un molesto vestigio del antiguo sacerdocio, que podia servir de mal ejemplo para el nuevo. Mas su carácter, sus hábitos, su ortodoxia oficial, probada por la persecucion, los obligaban á guardar silencio, y concluia por obtener las apariencias de la veneracion. Me amaba mucho, y no me cansaba yo de oirlo referir multitud de hechos de un mundo sobre el que habia corrido la cortina de la Revolucion, y del que habia quedado uno de los mas ligeros, graciosos y espirituales actores.

Un hombre, misterio para todo el mundo, aun para mi tío que lo recibia todas las noches, asistia regularmente á aquellas reuniones. Era un anciano tambien; pero un anciano vigoroso y fuerte, del que se suponian, aunque no podian adivinarse, los años. Su fisonomía estaba marcada como un testamento con tres sellos. Solo los ojos estaban entreabiertos, mas bien para observar los pensamientos de los otros que para dejar leer en los suyos. Su actitud era tímida, afectada. Se conocia que se encontraba mal colocado en una sociedad superior á él por la fortuna y por el nacimiento. Sus vestidos eran pobres, descuidados, casi sórdidos; parecia susceptible y orgulloso naturalmente; mas como el Cínico de Atenas visitando á Platon, destruia el tapiz del orgullo del maestro, con un orgullo mayor aún. Todo su pasado era un enigma. Se ignoraba cuál era su familia, su patria. Solo se sabia que habitaba durante el invierno una guardilla de un cuartel pobre de Mâcon, teniendo por compañeros un perro, una cabra y algunos libros. La cabra lo alimentaba, el perro lo amaba y los libros conversaban con él de los siglos y del mundo. Pasado el invierno, iba á vivir á una aldea de las montañas del Mâconnais, llamada Bussières, al lado de Milly, en la casa de dos señoritas, de una edad ya madura, tan solitarias y originales como él. Nadie entraba jamas ni en su casita, con las persianas siempre medio cerradas, ni en su jardín cercado de altas paredes. Cuando pasaba yo á caballo

por un estrecho sendero que rodeaba aquel lugar y me enderezaba en los estribos para ver el jardín, percibía alguna vez aquellos tres salvajes civilizados, agrupados con sus animales, recogiendo yerba para la cabra, ó leyendo al calor del sol en el césped de una calle. Quedaba una impresion misteriosa é inexplicable mirando aquella casa. ¿Era un parentesco? ¿Una union, ó una secta? Ni aun los vecinos mas cercanos y curiosos han podido jamas adivinarlo.

Aquel viejo se llamaba M. de Valmont. Hablaba raras veces; pero cuando lo hacia era con una naturalidad, una rectitud, un conocimiento de las cosas y con términos tan propios, que era preciso guardar silencio cuando abria sus labios. No ocultaba que habia sido empleado en elevadas misiones diplomáticas secretas por los ministros de Luis XV, y tal vez, por aquel mismo rey, que tenia una diplomacia diversa de la de sus ministros; que habia habitado Constantinopla, Italia, y sobre todo, la Rusia y la Prusia.

Referia muchos hechos del gran Federico, tan bien como Voltaire y los filósofos de la colonia de Potsdam podian referir los suyos propios. La conversacion no se referia nunca á aquel rey, á aquel tiempo, ni á aquella corte, sin que M. de Valmont la hiciese muy interesante y la enriqueciese inmediatamente con las relaciones mas intimas y nuevas. Era una crónica viva de los banquetes filosóficos del rey de Prusia, de los amores babilónicos de la gran Catarina, y aun de las costumbres del serrallo. En cuanto á la política actual de la Francia, jamas hablaba de ella. Se encontraba en una época de reaccion religiosa y aristocrática de la opinion contra los principios de la revolucion francesa. Se veia en su fisonomía, en su silencio y en su sonrisa mal reprimida, cuando la conversacion recaia sobre el particular, que habia permanecido firme en la filosofía de su juventud, y que interiormente tenia piedad del principio del siglo XIX; que repudiaba toda la herencia del siglo precedente, sin escoger entre la libertad y la servidumbre entre la razon y la impiedad.

Lo escuchaban con interés, pero con cierta desconfianza. Algunas personas echaban en cara á mi tio el que lo admitiese á aquella intimidad de conversaciones demasiado libres con respecto al gobierno, y temian que fuese un observador político, pagado en secreto por la espantadiza tiranía de Bonaparte. Su muerte, que acaeció poco tiempo despues, probó que aquellas sospechas habian sido quimeras. Yo lo ví morir en el hospital de Mâcon, en un mal lecho, teniendo toda su riqueza sobre una silla al pié de él, con su perro blanco. Mi tio me condujo allí, iba á ofrecerle un asilo y socorros. M. de Valmont rehusó todo con lágrimas de reconocimiento, pero con la altiva dignidad de un estoico. Solo me suplicó como al mas jóven, que cuidase cuando dejase de existir, á aquel pobre animal que lo acompañaba hasta en su agonía. Lo tocó con sus manos: á la mañana siguiente espiró.

XXXV.

Uno de los hombres mas notables de aquella nocturna sociedad, era un gentil-hombre del Franco-Condado, casado en Mâcon, y nombrado Mr. de Larnaud. Era un hombre de talla colosal y voz áspera, aunque de una fisonomía muy inteligente y tierna; un anciano germano de cabellos rubios y ojos azules, sumergido en la civilizacion moderna. Jamas he visto reunidas en una misma naturaleza y en tanta dosis, dos cualidades que ordinariamente son exclusivas la una de la otra; la erudicion del espíritu y la fogosidad de la imaginacion. Sabia todo y de todo se apasionaba. Jóven, rico y ocioso, en el momento de la Revolucion se habia precipitado con los delirios de una alma hermosa y embriagada de esperanzas por la humanidad. Habia quemado sus naves entonces con el trono, la aristocracia y las supersticiones de lo pasado. No habia llegado hasta el crimen, porque era la conciencia, la virtud desinteresada y la misma humanidad en persona; pero habia llegado hasta el vértigo, y se citaban aún en el pais y en Paris las exaltaciones, los actos y

los discursos que habian señalado el fanatismo de su corazón en las primeras ceremonias populares de 89, de 90 y de 91. Hombre de buena fe, no renegaba de ellas: una alma como la suya, que nada tiene que ocultar, nada tiene tampoco de que retractarse. Decia simplemente como el poeta *Alfieri*, testigo de las sangrientas orgías de 1793: "Conocia yo á los grandes, no conocia al pueblo. Me arrepiento por haber creído á los hombres mejores de lo que son. Si es este un crimen, es el de una alma honrada!"

Así era la alma de Mr. de Larnaud. Poco después del 10 de Agosto y de las persecuciones contra la familia real, se colocó con la misma pasión en el partido de las víctimas. Se habia ligado con los girondinos, con madama Roland, con Vergniaud, para participar de sus peligros y de su gloria. Era inagotable con respecto á aquellos hombres á quienes la Revolución habia devorado, porque se habian atrevido á disputarles sus crímenes. Habia permanecido fiel á sus doctrinas de sabia y pura libertad. No gemia sobre su cadalso, que era su pedestal para la historia, sino sobre los votos de algunos de ellos, contra sus convicciones de la muerte del rey por salvar al pueblo. Sabia que frecuentemente se salva á una nación por medio de un martirio, nunca por un crimen. Mr. de Larnaud fué el primero que infundió en mi imaginación esas grandes escenas, esas grandes fisonomías, esos grandes nombres, esa elevada elocuencia del segundo periodo de la Revolución, de que habia participado, que pintaba con rasgos de fuego, y que yo mismo debia pintar mucho tiempo después en una página de la historia: *los Girondinos*.

No tenia menos entusiasmo por la literatura y por la poesía, que por la política. Compatriota y camarada de Rouget de l'Isle, autor de la *Marsellesa*, amigo y admirador de Nodier, de Chénier, de Delille, de Fontanes, asistiendo á todas las sesiones de las academias, miembro de todos los círculos, siguiendo todos los paseos, visitando todos los salones, perenne en todos los

teatros, era la esponja inteligente de los dos siglos; pero una esponja que todo lo conservaba, una memoria que nada perdía, una expresión y un gesto que hacian comprenderlo todo y casi verlo: prosa, verso, anécdotas, fisonomías, discursos, escenas, citas; se encontraba la antigüedad, el pasado y el presente en su conversacion. (No se tenia mas que el trabajo de hojear: diccionario universal, encuadrado bajo la forma humana; toda la ceniza de la biblioteca de Alejandria contenida en el cráneo de un hombre vivo! El solo llenaba aquel salon. Me amó inmediatamente á causa de mi juventud, de mi curiosidad, de mi atención en escucharlo, del entusiasmo que su pasión hacia nacer en mis miradas. Bien que tuviese treinta años mas que yo en la vida, me creia de su edad y yo de la suya, porque era de esas naturalezas que no envejecen ni aun en la caducidad, y la mia de las que adelantan á la vejez por la reflexión. Me trataba como si fuera igual á él en años y en inteligencia. Iba frecuentemente por la mañana á concluir en mi cuarto la conversacion de la víspera. Entonces se entregaba con mas libertad á su íntima inspiración; descubria las cenizas de su entusiasmo por los grandes hombres y por las grandes cosas del principio de la Revolución, que no osaba manifestar en la habitación de mi tío, en presencia de mis piadosas tías y de algunos gentiles-hombres realistas ó emigrados. El filósofo aparecía de nuevo bajo el hombre de mundo. Su antipatía contra el imperio y contra aquella muda opresión del pensamiento, se manifestaba por una tempestad de palabras que retumbaba continuamente en su seno. Me recitaba las imprecaciones de Chénier y las de Nodier contra la mudez de la época:

Humillese el vulgo

Ante el arteson dorado

Del palacio de Sylla.

Ante el carro de Julio,

De Claudio ó de Calígula, &c., &c.

Me profesó la misma amistad hasta sus últimos días, y su memoria es una de las que me pueblan de mas recuerdos y pesares las calles, ahora desiertas para mí, de aquella ciudad pequeña, que animaba con sus pasos y que llenaba con su voz.

Al lado de él, se sentaban ordinariamente en el mismo salon, otros dos de un carácter y de una conversacion igualmente atractivas para un jóven. Eran dos emigrados, oficiales de marina.

Uno era el marqués *Doria*, que fué mas tarde, por mucho tiempo y honradamente diputado de Mácon. Naturaleza italiana por la fecundidad, la movilidad, la elocucion y la abundancia: francesa, por la franqueza, la nobleza, la cordialidad, el desinterés y el patriotismo. Hablaba mucho, conversaba bien, y escuchaba mejor; leía mucho y juzgaba con reserva y con frialdad. Era uno de esos espíritus justos, finos, eléctricos, observadores de las conveniencias, aun en materia de ideas, que á nada se atreven solos y que tienen necesidad de sentir sus pensamientos en otras muchas cabezas, para profesarlo en voz alta. Podria decirse de ellos que son los hombres de buena sociedad, en la de las inteligencias; escuchan, miran, leen su diario por la mañana y se dejan redactar su opinion, como si se dejasen cortar un vestido por su sastre. Aquella reserva de espíritu provenia, en el marqués *Doria*, de modestia y no de esterilidad; era hombre de un trato instructivo y agradable; una buena fortuna, el poseerlo todas las noches en una ciudad apartada del centro. Su carácter era mas encantador y mas seguro todavía que su espíritu: la caballería antigua en la gracia moderna, las formas de la corte sobre un fondo de virtud. Nunca habia sido revolucionario. Su nacimiento y su titulo de caballero de Malta, lo colocaban en la alta aristocracia. Mas comprendia perfectamente que el porvenir despojaba á las aristocracias inmóviles y hereditarias como se despoja el árbol de su corteza, y que si habia una preocupacion legítima y favorable para los nombres, no habia ya rango para los talentos. Como realista constitucional,

participaba del odio, en las opiniones de aquella sociedad, contra el Imperio.

El otro era pariente nuestro, y uno de nuestros mas íntimos amigos, camarada del marqués *Doria* en la marina, emigrado á los diez y ocho años como él, habiendo vivido durante muchos años con esa vida de aventuras del emigrado, que aguza el ingenio, suaviza las ideas, diversifica las costumbres y da á la vida de un simple caballero de provincia la originalidad y el interés de una *Odissea*. Se llamaba Mr. de Saint-L. [Borro el nombre porque existe aún.] Su conversacion tenia la variedad y lo pintoresco de las relaciones de los campos, viages, navegaciones, fortunas é infortunios diversos en las peripecias de los largos destierros. Soldado, marino, cortesano, viagero, mercader, habia desempeñado todos los papeles en el extranjero, en un corto número de años. Referia con mucha animacion; conocia de Europa los salones, los ejércitos y los paseos, como se conoce una calle. Sus relaciones, algunas veces adornadas, siempre interesantes, interrumpian á propósito las discusiones literarias ó políticas. Era la epopeya corta y accidental de aquellos diálogos. Además, era de hermosa figura, jóven todavía; leía con inteligencia y con sentimiento; sabia de memoria las tragedias de Racine y de Voltaire; las declamaba imitando á los mas grandes actores. Podia suponerse, y con razon, que entre los diversos talentos que habia ejercido durante su emigracion, para sustraerse á la indigencia del destierro, el de lector ó recitador de poesia francesa en las reuniones de Alemania, habia sido uno de los recursos de su ingenio.

El resto de aquella sociedad se componia de otros parientes ó amigos de la casa, que se escogian á sí mismos por la conformidad de opiniones, por el gusto de la conversacion seria, por la literatura, la ciencia ó el arte. Dos hermanos emigrados, primos de la familia, Mr. de Davoyé y Mr. de Surigny, ambos distinguidos, el primero por su cultivado ingenio y por su pasion política, el segundo por un raro talento de pintor, concurrían asiduamente.

Todos los hombres eminentes del país, en el bufeté, en la medicina, en la agricultura, que cultivaban al mismo tiempo su talento, ó que les agradaba aquel cultivo en los demás, eran admitidos y muy bien recibidos en aquel salón. Era una *Oasis* en aquella aridez de sociedades de provincia, un recuerdo vivo de aquellas reuniones de hombres sábios, ociosos ó indiferentes de la vida vulgar, que Boccaccio muestra reunidos por atractivo ó por casualidad en alguna *ciudad* de la Toscana, cerca de Florencia ó de Fiessole.

XXXVI.

Aunque yo no representase, á causa de mi juventud, otro papel que el de espectador tímido y silencioso, debe figurarse que aquellas horas de la noche, que pasaba oyendo hablar libremente de todas materias, á hombres distinguidos, me consolaban un poco de la tristeza, de la residencia y del día. Aspiraba yo mas y mas aquel sentimiento de oposicion razonada á la opresion brutal del gobierno militar, esa independencia de ideas y esa dignidad de resistencia á los partidos triunfantes, que eran el alma de aquellas conversaciones, como eran el alma de mi padre y de mi tío. El fastidio volvía á apoderarse de mí á la puerta.

XXXVII.

El fastidio era entonces la palabra de mi vida, el mal incurable de mi alma. Ya no sentía yo el dolor, porque habia destruido en mí todas las fibras sensibles. Mi corazón se hallaba osificado; al menos yo así lo creía; mas sentía yo el vacío, el vacío sin que nada pudiese llenarlo, un vacío tan profundo y tan vasto, que se hubiera tragado el mundo entero. No amaba nada, ni quería amar, ni tenía á quien hacerlo con amor. La ausencia total de interés en mi vida habitual, durante aquellos meses de primavera y de estío pasados por fuerza en Mâcon, era tal, que

buscaba inútilmente los medios mas pueriles y mas mecánicos para ocupar aquellas horas eternas.

Habia en el hospital de la ciudad un anciano emigrado enfermo, antiguo compañero de mi padre en el regimiento, y que habia vuelto hacia poco tiempo de Inglaterra. Se hallaba privado del uso de sus piernas: toda su fortuna consistía en una pensión pequeña que le daba su familia para su mantencion y la de un criado anciano, su compañero en la emigracion y en la desgracia. Se llamaba el caballero de Sennecey. Mi padre, que lo amaba mucho, me llevó á verlo un día. Su aislamiento me interesó y volví. Era de un espíritu simple, como de un soldado que no ha conocido de la vida mas que su caballo y su sable; pero era sensible, bueno y afectuoso. Me recibía como los solitarios forzados, retirados del mundo, reciben á los que van por caridad ó amistad á dulcificar un poco su soledad. Se ve aparecer en sus rostros el brillo interior de su secreta alegría. Se conoce el placer que se les causa, y se les ama, por la felicidad que se les lleva. Así, pues, me uní con aquel pobre hombre.

Todos los días, despues de la comida de la familia y de un paseo solitario tras los monótonos jardines de aquel hospital, entraba yo á él; atravesaba las hileras de convalecientes sentados bajo el pórtico; veía las largas filas de lechos blancos de las salas y la eterna luz de los cirios que arden en el centro del edificio, en el altar que se distingue con todo su brillo; subía la elevada y sonora escalera, donde encontraba á las hermanas hospitalarias con el vestido de su piadoso ejercicio; seguía un inmenso corredor, á cuya estremidad se encontraba la puertecilla de la celda del pobre caballero.

Lo encontraba sentado frente á su ventana, ante su mostradorcillo de relojero, como aquellos cartujos, cuyo pequeño aposento habia visitado en otro tiempo, así como su reducido jardín y su pequeño laboratorio; ocupacion forzosa del hombre que tiene necesidad, bajo pena de un fastidio mortal, de trabajar

con el cuerpo ó con el espíritu, ó con ambos sucesivamente; esta es su ley.

El caballero de Sennecey, para vivir en Londres, durante una larga emigracion de doce años, habia aprendido el oficio de joyero y relojero. Habia añadido á estos el de tornero, con el fin de hacer él mismo las cajas, tabaqueras, estuches y relicarios de los retratos que montaba y de los relojes que fabricaba. Era diestro y paciente, como un hombre que habiendo perdido la facultad de servirse de todos sus miembros, concentra en los que le quedan, toda la actividad y energía que posee. Su trabajo lo habia sostenido en Londres, y aun habia sostenido con el de sus manos á muchos de sus compañeros de infortunio, dotados de menos talento y felicidad que él.

Desde que habia vuelto á Francia, arrastrado por ese atractivo irreflexivo del pais, que se hace incómodo en los franceses y que no les permite nunca gozar de su bienestar bajo otro cielo, el caballero de Sennecey habia continuado su estado. Mas lo ejercia gratuitamente para las hermanas del hospital, para los enfermos, para sus amigos y conocidos en la ciudad, que recurrían á sus talentos de relojero ó de joyero. Pasaba su dia en desmontar y montar péndulos, relojes, colocar miniaturas, tornear metal ó marfil para adornos ó atavíos de mugeres. Desempeñaba su oficio seriamente, bien que aquella tarea no fuese para él mas que una diversion; así le pesaba menos su soledad. De cuando en cuando, un antiguo compañero de emigracion ó de regimiento, iba caritativamente á pasar con él una hora, para conversar del ejército de Condé, del conde de Artois, del duque de Enghien ó del príncipe regente de Inglaterra, la Providencia del emigrado.

La atraccion que yo sentia por aquel hombre excelente, el sentimiento de las horas de distraccion que mi presencia y conversacion le causaban, y en fin, la ociosidad, que guia los pasos al dia siguiente por donde los condujo la antevíspera, me conducian regularmente todos los dias al hospital. A fuerza de ver

trabajar la lima, dar vueltas á la rueda, así como al torno, ver obrar el punzon, oír rechinar la sierra de acero, me entró el deseo de trabajar yo tambien. El caballero me enseñó la relojería y el torno. Manejaba sus útiles bajo su direccion, preparaba y pulia la madera ó el cobre; y él le daba la última mano. Conversábamos; mas sus monótonos recuerdos se agotaban bien pronto, y participando de su escabel, la conversacion duraba poco, gracias á nuestra comun ocupacion. No se oía en aquel cuarto mas que el ruido uniforme de la cuerda de tripa, que rechinaba sobre la polea del torno, y el frotamiento de la escofina y el pulidor sobre la madera, los golpes regulares del martillo de acero, sobre el oro ó sobre la plata cóncava de las cajas de relojes, algunas palabras cortas, dirigidas al uno ó al otro, ó el canto en voz baja del hombre que distraía sus oídos sirviéndose de sus manos. Nuestro taller, á medio dia, se hallaba inundado de luz que entraba por una ventana ó balcon, y lleno de vida. Aquel trabajo, aquel murmullo, aquella luz, aquella monotonía, aquel pobre enfermo, aliviando sus males y abreviando así sus dias con la fatiga, calmaban y adormecían mi propio fastidio. Habia concluido por tener una verdadera amistad con el caballero. Habia llegado á ser una de las horas de mis dias. Comia yo algunas veces con él, como el oficial con el maestro. Aquellas comidas, servidas á la hora que se acostumbra en el hospital, y sacadas de la marmita comun, consistían siempre y únicamente, en dos raciones de vaca cocida, seca y flaca, cortadas en lonjas, como la comida ordinaria del soldado; frutas secas y una botella de vino del hospital, completaban la comida. Nos poníamos á trabajar tan pronto como ésta concluía. Cuando la luz desaparecía, arreglábamos con cuidado el taller, colocando los útiles en los cajones: yo barria las virutas de la madera, ó las limaduras de fierro, que llenaban el piso, y conversábamos un instante. Se hallaba en su corazon todo el espíritu de un caballero. Escepto sentimientos y aventuras, nada habia que sacar de él. Mas con esto es con lo que se forman las epopeyas.

Todo hombre simple es un poema para el que quiere hojearlo. El interés está en el que escucha, mucho mas que en el que refiere. Nunca me fastidiaba.

¡Figúrese, sin embargo, un jóven de veinte años, habiendo ya gustado el cáliz de la amargura, agotado los delirios y las lágrimas de la vida, fermentando su imaginacion, consumido por pasiones apenas cerradas ó mal estinguidas, devorando el mundo con su pensamiento, y reducida su diaria ocupacion á tallar pedazos de madera y limar trozos de metal, escuchando la conversacion de un anciano inválido, sin otro encanto en el espíritu que su desgracia y su bondad!

XXXVIII.

Tenia yo otro amigo, sin embargo, que no podré jamas olvidar; tanto era lo que me amaba y lo que descendía con indulgencia y con gracia desde lo alto de sus años para colocarse al nivel de mi juventud.

Era un anciano, mucho mayor que el caballero de Sennecey, el mejor y mas gracioso viejo que haya visto jamas en mi vida. Era el amor, la adoracion de toda la ciudad, y buscado, por mejor decir, por su benevolencia tierna y universal para con todas las familias, de que parecia ser miembro por el corazon, bien que de hecho fuese extraño por el parentesco. Habia sido el amigo y el Mentor de mi padre, en sus juveniles años. Tenia mas de ochenta años. Jamas habia sido casado. Subsistia de una renta vitalicia de algunos miles de libras, en una medianía decente, y con ese bienestar y comodidades que se proporcionan los celibatarios. Habia sido muy hermoso y lo era aún, porque era una de esas bellezas de sentimiento que subsisten en tanto que el corazon trasmite á la fisonomía un rayo de bondad. Rico, independiente, bien recibido en la alta sociedad, y amado por las mugeres en su juventud, habia gastado desde temprano su fortuna con generosidad y nobleza en sus amistades, en sus amores y en sus viages. Se habia detenido precisamente en los limi-

tes en que la fortuna que concluye toca á la ruina que comienza. Habia colocado lo poco que le quedaba en fondos perdidos. Se habia proporcionado un precioso retiro en el centro de la ciudad, con una pequeña habitacion que daba á un jardincito. Vivía por la mañana en su biblioteca, única cosa que habia salvado de sus desastres; á medio día visitaba á sus innumerables amigos; y por la noche pasaba el tiempo en los salones abiertos de la ciudad; y empleando el estío y el otoño en las casas de campo de las inmediaciones. Se llamaba Blondel. Tenia una pieza señalada con su nombre en todos los castillos, un cubierto en todas las mesas de las reuniones familiares. Era el huésped solicitado por todo el mundo. Hasta los niños lo conocian.

Me amaba desde que era yo niño. Cuando volví del colegio de Paris y de mis viages, me quiso mucho mas. Mi rostro le agradaba, porque le recordaba, segun decia, el que tenia á mi edad. Cifraba con mucha anticipacion halagüeñas esperanzas en mi porvenir. Deploraba la obstinacion de mi tio, de tenerme ocioso en aquella prision doméstica de una ciudad pequeña. Hubiera querido que se me abriese el horizonte de la vida activa. Me creía capaz de distinguirme en la carrera militar, única que convenia entonces á la modesta consideracion de mi nombre. Sentia ver que me marchitaba entre cuatro paredes. Su bolsillo, aunque no se hallaba muy bien provisto, estaba siempre abierto para mí cuando tenia yo que hacer algun viage ó comprar alguna obra. Su biblioteca la reputaba yo como mia; pasaba todas las mañanas con él. Me detenía casi siempre á comer; hablaba conmigo con aquella confianza grave de un hombre que olvida la desigualdad que forma en los talentos una diferencia de sesenta años. Era para mí un libro, y lo que es más, un libro encantador. Nunca me parecían largas las horas á su lado. No tenia ni la morosidad ni el cansancio propios de la edad avanzada. Era un Aristipo de la vida humana, y todas las edades le convenian. No veía mas que el lado favorable de las cosas y de los caractéres. La naturaleza habia errado completamente

la medida en la composicion de su ser. Su filosofía, que conservaba por medio de la lectura y de la reflexion, era la del siglo diez y ocho, templada por un gran sentimiento de la Providencia, esa filosofía que se refiere al Criador, y que tiene por moral el *quod decet* de los ancianos, la conveniencia, esa moral de los que no quieren chocar con nada. En política era indiferente: no creía que por un sistema debia perderse un amigo. Tal era el anciano apreciable que vivió doce años mas despues de la época de que hablo, y que reflejaba en mí la suave luz de otro siglo. La poesia de la vejez nunca la he visto sino en él: una vida que se apaga con la misma serenidad y aun con el mismo rocío con que nació en la mañana.

XXXIX.

He aquí lo que era entonces aquella poblacion encantadora; mi tío, el abate Sigorgne, Mr. de Larnaux y otros cinco ó seis hombres ilustrados del pais, habian recientemente fundado una institucion de una naturaleza propia para aumentar y perpetuar el gusto por las ciencias, las artes y la literatura. Habian establecido una academia, la que daba un centro y un motivo de actividad local á todos los talentos esparcidos y ociosos de la ciudad y de toda la provincia. Cada mes, los treinta ó cuarenta miembros de ella se reunian en sesion, en la biblioteca de la ciudad, leian relaciones, descubrimientos, proyectos de mejora agrícola, se procuraban materias sobre que trabajar, discursos, composiciones literarias, y algunas veces poesias. De esta manera se establecia una provechosa emulacion entre aquellos hombres á quienes la inercia hubiera de otro modo esterilizado. No exageraban la importancia de sus trabajos, ni aspiraban á gloria alguna exterior; eran demasiado modestos. Su palabra de orden era: "Lo bueno, lo bello, lo útil y el desinterés." Aquella institucion que comenzaba entonces, y que ha consevado por largo tiempo el mismo espíritu, se ha ilustrado despues, por la union sucesiva de muchos nombres brillantes, y por una sucesion no

interrumpida de hombres escogidos. Agrupándolos no es dudoso que ella los haya multiplicado. La Academia de Macon reemplazó durante muchos años á la de Dijon, hogar literario de la Borgoña, cuna del nombre de J. J. Rousseau y de Buffon.

A pesar de mi inesperienza y de mis pocos años, mi tío quiso que perteneciese á ella. Me recibieron bajo su patronato, por respeto á él y no por mi causa. Hice un discurso de recepcion, mi primera página literaria pública, sobre las ventajas de la comunicacion de las ideas entre los pueblos por medio de la literatura. Encontré hace poco tiempo el manuscrito de aquel primer discurso, y lo quemé despues de haberlo leído, para borrar las huellas del camino trillado por donde habia conducido mi pensamiento. Despues he sido un miembro poco asiduo, pero fiel, de aquella corporacion literaria que se dignó acogerme, anticipándose al tiempo y á la fama. Le fui deudor mas que de horas de gloria, de horas de amistad.

Una circunstancia ha borrado todas las relaciones que me unian con aquella academia. Yo retiro mi nombre literario, porque es como la mano del escritor, debe ofrecerla á los que la aceptan, y retirarla á los que repudian la confraternidad de sus trabajos. Si en los registros de aquella academia de familia, mi nombre sobreviviese algunos años á aquella época, los curiosos dirán, hojeando la lista de 1810: *¡Existió!* y recorriendo la de 1850: *¡Ya no existe!*

XL.

En cuanto á los jóvenes de mi edad en aquella época, ninguna relacion de amistad, de gustos ó de estudios, me inclinaba hácia ellos, ó al contrario. A escepcion de tres que habian sido mis compañeros en el colegio, no visitaba yo á ninguno. Se ocupaban de los placeres, de los festines, de los bailes y de cazas. Yo me hallaba demasiado triste para distraerme con aquellas alegrías. Nada conocia yo que pudiese cultivar su pensamiento. El Imperio materializaba á toda la juventud, que no hacia otra cosa que

consumirse en los campos ó en las antesalas. La nobleza combatía ó cazaba, el estado llano bebía ó comía; el pensamieto se habia refugiado en las profesiones liberales. El foro, la medicina y la magistratura, contaban algunos hombres de gusto intelectual. Entre los abogados y los médicos fué donde únicamente se conservaron algunas chispas del fuego sagrado de la Francia, el sentimiento literario. Este es siempre el que reanima, el de la libertad. La casualidad hizo que un día encontrase en uno de mis paseos solitarios fuera de la ciudad, á un jóven abogado, nacido en el Jura y establecido recientemente en Mácon. Lo conocia solo de vista y de nombre, porque me lo habian señalado en las calles, como un hombre que hacia concebir las mas halagüenas esperanzas á la abogacía. Habia oido hablar de mí como de un jóven que en medio de la trivialidad de la vida de la juventud de aquel lugar, manifestaba tener una alma, y cultivaba mas ó menos felizmente aquel gérmen ahogado en los demas. Llevaba en aquel momento á un perro; el mio no me abandonaba jamas. Ambos se acercaron, grañeron, jugaron, y obligaron de esta manera á sus amos á reunirse.

Despues de algunas palabras politicas entre dos paseantes que deseaban igualmente una ocasion de encontrarse, la conversacion se empenó entre nosotros sobre los libros, la literatura y la poesia. Encontré con felicidad en Mr. Ronot (así se llamaba) una imaginacion inocente y fresca, una memoria enriquecida con todos los recuerdos clásicos, una pasion desinteresada de lo bello, que llegaba hasta el entusiasmo, un deseo de admirar, que revela en general la necesidad de amar lo que se admira, y la imposibilidad de la envidia. Las elevadas hayas de los matorrales y las flores que aun hoy sombrean los caminos quebrados de los prados de Mácon, entre la preciosa aldea de San Clemente y el Saône, escucharon por mucho tiempo nuestra conversacion, que se prolongó con una sorpresa y un mútuo encanto. Nos separamos aquella tarde, y sin habernos citado, nos encontramos frecuentemente á las mismas horas en los dias siguientes.

tes. No teniendo ocasion alguna para encontrarnos en los mismos salones, tomamos por salon á aquella risueña naturaleza. Descendiamos y subiamos indiferentemente el curso del Saône, tan perezoso como nuestros pasos, tan meditabundo como nuestras imaginaciones, tan parlero como nuestros labios. En pocos dias estrechamos nuestras relaciones, y por muchos años fuimos amigos. Los años pasaron por nuestra amistad, como el agua del cielo sobre los antiguos muros, consolidando sus cimientos y revistiéndolos con el musgo y la yedra que los adornan en su vetustez. Ausente por lo regular del pais de mi nacimiento, aun despues que la muerte habia secado todas las raices de mi familia, sabia que una persona esperaba mi vuelta, seguia con la vista mis vicisitudes, combatia con todo su poder la envidia, el odio, las calumnias, que se arrastran por el suelo de nuestra cuna como alrededor de la piedra de nuestras tumbas, y recibia tal alegría con las felicidades de que yo gozaba, como se entristecia con mis dolores.

La última vez que volví á Mácon, ya no existia. Mi nombre, unido con el de su muger y sus dos hijos, habia salido mezclado con sus últimos suspiros. Mientras que la muerte me robaba á uno de mis últimos amigos, la adversidad desenraizaba de la arena de los corazones débiles las amistades sobre que debia yo contar.

XLI.

Mas aquellos ocios engañados de mi vida, durante la estancia de mis padres en la ciudad, no fueron suficientes para destruir la tristeza, la melancolía y el insoportable fastidio que los muros de la ciudad, de una ciudad cualquiera, respiran siempre para mí. Odio las ciudades, como las plantas del Mediodía aborrecen la húmeda sombra del patio de una prision. Nunca es mi alegría completa; mis pesares se centuplican, por la concentracion de mi vista, de mis pasos y de mi alma, en esos hogares de

la vista, de la voz, del ruido y del lodo. Analizaré y justificaré en mil páginas esa impresion de las ciudades, esos receptáculos de la sombra, de la humedad, de las inmundicias, de vicios, de miseria y de egoismo que el poeta Cowper ha definido completamente en un solo verso:

*Dios hizo los campos,
El hombre las ciudades.*

XLII.

En fin, llegó la hora de salir y de volver con mi madre y mis hermanas, al asilo de nuestro querido y pobre Milly. Mi madre y mis hermanas participaban de mi sentimiento, penetrando en aquellos antiguos muros, en el jardín, en las profundidades de las montañas, en aquellos senderos, en aquellos prados pequeños, sombreados por sauces, á la orilla de aquellos riachuelos, divididos por las esclusas y los molinos.

Introducian la paz en mi corazon, todos los claros del cielo, todas las rafagas de aquel aire libre, todos los movimientos de las hojas, y el murmullo de las aguas. Mi madre, feliz, tranquila como nosotros, aspiraba en su calle de ojaranzos, aquella piedad sensible y lírica, que hacia cantar eternamente á su alma, ó que era mas bien la segunda alma de aquella muger, verdadero instrumento de adoracion!

Recobró sus antiguos hábitos de recogimiento, interrumpidos por la sociedad y la caridad, que se disputaban sus horas en la ciudad. Continuaba dando á mis hermanas las lecciones de sus maestros en los libros de estudio, en las esferas, en el piano, ante los modelos de casta escultura ó de dibujo. Visitaba despues á los enfermos ó indigentes, con sus hijas. Pasaba en seguida las horas serenas de la siesta, en un banco, bajo los tilos, ocupada en un trabajo de manos, en lecturas en voz baja, en conversaciones con algunos buenos vecinos del campo, que iban á visitarla de largas distancias; algunas veces tambien en paseos

con nosotros y en visitas que haciamos á pié en la vecindad, la cual era animada, amistosa, y todos los que allí habitaban formaban casi un parentesco general. Se hubiera creido que su alma habia derramado la simplicidad, el candor y el afecto en toda la comarca. En efecto, ella era la causa de aquella armonía general de los corazones que se manifestaban ante su gracia y su belleza. No habia un solo espíritu oscurecido que no se despejase cuando ella aparecia. Todo lo reconciliaba; era la muger de paz. El odio que existia en el alma de alguno contra otro, la alligia casi tanto, como el que hubiera sentido nacer en su propio corazon; no se tranquilizaba sino cuando aquel odio se hallaba disipado. Los paisanos la llamaban el juez de paz de la amistad. El cura decia: "No es el juez de paz, amigos míos; es otra cosa mejor; es la justicia del amor; es el Evangelio que os predico, y que os muestra en la figura y en las acciones. Si no quereis escucharme, miradla; su gracia es tan bella, que hará que comprendais la gracia de Dios."

Este cura era el de Bussières, el abate Dumont, que me sirvió de tipo en el poema de *Jocelyn*, y que despues fué mi amigo. No tenia la piedad de mi madre; pero sí el entusiasmo por su virtud.

XLIII.

Las dos aldeas cercanas á Milly, donde mi madre dirigia con mas frecuencia sus pasos, eran *Bussières* y *Pierreclos*. El antiguo y pintoresco castillo de *Pierreclos* se hallaba habitado por el conde del mismo nombre, antiguo señor de toda aquella garganta que se estiende á la falda de las montañas de Saint-Point. Una figura parecida á la de las novelas de Walter Scott, en un pais absolutamente igual en su aspecto á la Escocia; anciano rudo, salvaje, absoluto con su familia, bueno en el fondo; pero orgulloso y duro en las palabras que dirigia á sus antiguos vasallos, que habian saqueado su habitacion durante las primeras tempestades de la Revolucion, no comprendiendo absolutamente

nada, ni de la marcha ni de las ideas de su siglo, ó mas bien, ignorando lo que era aquella idea: era el siglo décimo tercio en figura de hombre; extravagante, original, grotesco, tanto en sus vestidos como en su conversacion y talento, ademas gotoso, lo que aumentaba la aspereza de su humor; pero afecto al mundo, gloton y voluptuoso, teniendo mesa preparada, y recibiendo bien en su castillo, no solo á sus vecinos, sino á todos los aventureros emigrados de la guerra civil de la Vendée ó de la aristocracia, que se recomendaban con el título de realistas. Habia perdido á su muger muy jóven. Su familia se componia de un hermano menor, que envejecia en la casa como un antiguo doméstico, de una hermana anciana, viuda, llamada madama de Moirode, muger tan original en su trage y costumbres como él, pero de talento picante y gracioso. Habitaba en el inmenso salon desmueblado de su hermano, una especie de tienda movable con su cielo raso y cortinas para resguardarse del frió; abria éstas y hacia que rodasen su tienda á la mesa de juego cuando llegaba la hora del revesino ó del chaquete. Jugaba todo el dia, porque desde las ocho de la mañana comenzaba el juego en el castillo hasta medio dia, hora en que se servia la comida. Despues de ésta volvian al juego hasta las cuatro; entonces se paseaban un momento en los elevados terrazos que dominan los prados y los campos. El dueño del castillo, armado con una bocina, daba sus órdenes desde lo alto de los terrazos, á sus pastores y labradores, dispersos en el valle: volvian en seguida al salon y proseguian el juego hasta la hora de cenar; lo cual se repetia diariamente. No habia mas que dos libros en todo el castillo: la cuenta general de Necker, fastidioso presupuesto de hacienda, para servir de testo á los Estados Generales, y el almanaque del año corriente, en la chimenea. Con aquellos dos libros, el conde de Pierreclos alimentaba la inteligencia de sus dos hijos y cinco hijas. Uno de éstos, que tenia ya treinta y seis ó cuarenta años, se hallaba todavía emigrado; el segundo, con quien la caza, la vecindad y el placer me ligaron despues, tenia

cerca de veinticinco años; dos de sus hijas se hallaban casadas; las tres mas jóvenes eran la gracia y el atractivo de su casa. Las tres eran muy bonitas, aunque de diversa hermosura. Su padre las amaba; pero creia que la parte que tenian en su fortuna y su nombre les era suficiente: eran las bellas criadas de su padre, superintendentes cada una de la parte que le correspondia de la servidumbre. Su padre no era solamente para ellas un padre, sino una especie de Dios absoluto, servido y adorado hasta cuando se hallaba de mal humor. El hijo montaba perfectamente á caballo; era valiente como un caballero, única virtud que el anciano padre exigia de los de su raza. Su talento habria sido superior, si se hubiera cultivado; su corazon era noble, generoso, aventurero: verdadera naturaleza del hombre nacido en la Vendée, que hizo que me uniera yo á él. En el tiempo de que hablo, estaba enamorado, sin conocimiento de su padre, de una jóven de rara belleza, con quien despues se casó, y que era digna, por sus maravillosos atractivos y seducción, de ser la heroina de muchas novelas. Era hija de un general que se habia hecho célebre en las últimas revueltas y en la pacificacion de la Vendée. Bonaparte lo habia desterrado á una tierra que poseia en Borgoña, al castillo de Cormatin, antigua y espléndida residencia del mariscal de Uxelles. El castillo de Cormatin se halla á ocho leguas del de Pierreclos. El jóven amante tenia un hermoso caballo árabe nombrado el Eclipse, que le habia costado por lo menos la mitad de su legitima. Cuando su padre terminaba su partida de la siesta, á la que el jóven se veia obligado á asistir, se escapaba, ensillaba él mismo su caballo, para que los criados no revelasen su ausencia; montaba, y sin detenerse marchaba hasta Cormatin, en medio de las tinieblas, por los caminos de las montañas: amarraba al animal á la reja del parque, salvaba el muro y se deslizaba en el foso del castillo, para ir á hacer el amor, á obtener una mirada, una flor caida de alguna ventana, y tener algunos minutos de conversacion en voz baja, por entre el viento y la nieve, que se llevaban

con frecuencia sus suspiros y palabras; despues salvaba de nuevo las paredes del foso, brincaba el muro, devoraba la distancia, y de vuelta en el castillo de Pierreclos, antes que amaneciese, se presentaba á las siete de la mañana en el salon de su padre, habiendo recorrido de aquella manera diez y seis leguas en el mismo caballo, entre la salida de la luna y la del sol, para que exhalase algunos suspiros su corazon. He encontrado muchas veces, entrando en la casa, en las tardes de otoño, el caballo blanco, cuyo rápido galope hacia brotar chispas por las noches á las piedras movibles del camino de Milly.

Aquel amor tuvo su recompensa: informado el anciano conde, por un guardabosque, de las nocturnas salidas de su hijo, le perdonó una pasión producida por tantos hechizos: los amantes se desposaron. La jóven condesa Nina de Pierreclos, célebre por su belleza y su talento en todo el país, formó del castillo de Cormatin el centro del atractivo, del arte y de las delicias. Yo era entonces uno de los mas íntimos amigos de su marido: era tambien el asiduo huésped de aquella hermosa habitacion, y pasé muchas horas de mi juventud en aquel castillo, que poseen hoy manos estrañas, y que lo han hecho triste y querido á mis recuerdos.

XLIV.

Otra familia, mas cercana de la vecindad, vivia íntimamente ligada con la nuestra: era la familia Bruys, cuyo nombre habia ilustrado antes en las letras uno de sus miembros, y de la que descende el jóven poeta Leon Bruys, á quien hace poco tiempo dediqué el prefacio de los *Recogimientos*. La realidad se complace algunas veces en formar familias que la novela no se atreveria á inventar. Tal era aquella, mezclada á la nuestra por tantas relaciones de vecindad, hereditarias y amistosas, que á mis ojos forma parte de la mia en mi memoria. Habitaba una preciosa casita de campo en la aldea de Brussières, parroquia

de Milly, á la orilla del gran camino que conduce de las montañas al Saône. La casa es de forma antigua; existe todavía en la puerta que da al camino, una especie de estrado de tres gradas de piedra, en que se encuentra una losa que servia en otro tiempo para colocar á las señoras á la altura de la silla del caballo ó de la mula, único vehículo de las mugeres, antes que los carruages pudieran circular por las gargantas de nuestros valles. Prados regados por un precioso riachuelo y rodeados de un bosque, llegan hasta las ventanas de la casa, del lado opuesto al camino; un estenso vestibulo con dobles gradas, conduce del terrazo al jardin. Se goza de la comodidad de una casa antigua bajo la simplicidad de aquel aspecto.

La familia, en mi infancia, se componia del padre, antiguo y principal arrendador de la abadía de Cluny, con su vestido austero y rural de gefe del cultivo. Vestido de paño blanco ordinario, de inmensos faldones, polainas del mistro género, abotonadas hasta la rodilla; de la madre y de veinte hijos, vivos todos al principio del siglo. Una decente medianía, una educacion austera y naturales disposiciones, habian hecho de los hijos otros tantos hombres distinguidos en sus diferentes profesiones. Algunas de las jóvenes se hallaban casadas, y venian de tiempo en tiempo con sus hijos, á visitar el nido comun, lleno de movimiento y de ruidos; cuatro habian permanecido solteras, y vivian con el padre, la madre y los hermanos. Aquellas doncellas se hallaban íntimamente ligadas con mi madre. Aunque educadas en el campo, las tradiciones de la familia y el continuo trato con sus hermanos, que llevaban todos los años á la casa el tono, la gracia, la luz del gran mundo, en el cual vivian en Paris ó en Lyon, les habian dado el pulimento, la elegancia simple, el natural y las maneras de las razas mas elevadas. Era la aristocracia mas esquisita en las formas, en los sentimientos, en el lenguaje y la simplicidad de las costumbres campestres. Se hubiera creido que habia salido de la corte. Esa familia subsiste todavía en la última de las jóvenes. Ha conservado en una

edad avanzada, la frescura de las impresiones y la gracia del talento de su juventud. Siempre he notado que la bondad es un elemento de longevidad; el amor que crea conserva tambien; el odio, por el contrario, corroe y destruye. La señorita *Couronne* (este es su nombre) es para mí una fecha del tiempo, escrita en el corazon, donde encuentro á mi madre y á mis hermanas, como si acabasen de salir de la sala para ir al jardín de Bussières á admirar y respirar las flores que antes se divertían en cultivar.

Uno de sus hermanos, *Mr. de Vaudran*, hombre de un mérito grande y sólido, se habia retirado en aquel tiempo á la casa paternal. Filosofaba con mi padre sobre los principios de una revolucion que amaba como reforma, pero que maldecia como esceso y trastorno, y que le habia robado la brillante existencia que se habia procurado en Paris como secretario general de *Mr. de Villeuil*. Ocioso en Bussières, y no habiendo salvado del naufragio de su fortuna mas que sus libros, habia sido en otro tiempo mi maestro de escritura. Debía á su complacencia el don de trazar legiblemente mi pensamiento, é imprimir á los rasgos de la pluma el sentimiento exterior y claro de la luz del espíritu. Recuerdo su mano que guiaba la mia, cada vez que trazo una línea en el papel, un poco armoniosa al oído.

XLV.

Acompañaba con frecuencia á mi madre á todas las casas de la vecindad; pero la melancolía secreta que me obsediaba, no me dejaba gozar, como en otro tiempo, del encanto de aquellas agradables sociedades.

Prefería la intimidad recogida del pobre cura de Bussières, cuya historia he referido en las Confidencias; me unía á él mas y mas cada día. No hay atractivo mas poderoso para dos almas que han sufrido, que la conformidad en la tristeza. Pasaba todos los días dos horas en su jardín; en el tiempo que me quedaba, andaba errante por los matorrales de nuestras montañas, ó

bajo los sauces de nuestros prados. Comenzaba á recobrar bastante elasticidad, al respirar el aire de los campos, para elevar, por la inspiracion poética, mi corazon cargado de recuerdos, y para manifestar en versos imperfectos, las impresiones que me rodeaban. En aquella época escribí la meditacion á Lord Byron, cuyas poesias habian llegado en fragmentos traducidos en los periódicos, hasta Milly. En aquel mismo otoño escribí tambien siete ú ocho meditaciones, del primero y segundo volúmen del libro de ellas. Cuando mi padre, á quien gustaban mucho los versos, pero que no habia jamas comprendido otra poesia que la de Boileau, de Racine y de Voltaire, escuchó aquellas notas tan estrañas que disonaban á sus oídos, consultó por mucho tiempo consigo mismo para saber si debia aprobar ó desaprobare los versos de su hijo. Era por naturaleza de corazon atrevido, pero de tímido talento; temia que la predileccion paternal y el amor propio de la familia, no alterasen su opinion sobre lo que tan de cerca le tocaba. Sin embargo, despues de haber escuchado la meditacion de *Lord Byron* y la del *Valle*, una noche al lado del fuego de Milly, sintió húmedos sus ojos, y el corazon lleno de alegría. "No sé si esto es hermoso, me dijo; nunca he oido nada de ese género; no puedo juzgar porque no puedo hacer comparaciones; pero puedo decirte que me agrada y que enternece mi corazon." Insensiblemente se acostumbró á aquellas nuevas cuerdas de la poesia moderna, porque era demasiado sincero para formar sistemas contra sus opiniones. Cada vez que escribia alguna de aquellas *meditaciones ó armonías*, de que no he impreso mas que lo escogido, le leía los fragmentos que menos me desagradaban, y que no le revelaban las llagas sangrientas de mi corazon; porque lo que tenia relacion con un grito de mi alma á los muertos ó á Dios, raras veces lo he concluido, y jamas lo he publicado. Aunque el público sea un ser abstracto, ante el cual no se ruboriza uno como delante de un amigo ó un padre, existe, sin embargo, en el alma una atmósfera de pudor, el último pliegue del velo que no se levanta enteramente.

El otoño y el invierno se pasaron para mí entre el campo y la ciudad, entre mi madre y mis hermanas, entre la triste poesía y los divinos pensamientos que brillaban en la frente de mi madre, y que brotaban del hogar paterno, reflejándose en mí. Yo me hallaba abatido y desconsolado, pero no enervado. Mi alma se templaba con mis lágrimas, y mi inspiración se acumulaba, por efecto del fastidio. Una mirada de mi madre entreabría y aclaraba nuevos horizontes de consuelo y de esperanza.

XLVI.

El sombrío invierno de Mácon, pasó en la casa de mi madre y en el resto de la ciudad, en reuniones, banquetes, bailes y fiestas de toda especie. Aquel movimiento, cuyo centro era la casa de mi madre, porque sea por la virtud ó por la gracia, por las buenas obras ó por los placeres decentes, ella era el alma de todo, me entristecía mucho mas que la monotonía y morosidad del estío. Me presentaba en aquellas reuniones por complacerla; pero llevaba conmigo una atmósfera que me aislaba. Los extranjeros, los jóvenes de ambos sexos que se entregaban al placer del baile, se intimidaban ante mi silenciosa reserva. No preguntaban cuál era, pues, aquel disgusto de la belleza del mundo y de la vida, que oscurecía de aquella manera el rostro de un joven de mi edad. Atribuían al orgullo lo que no era mas que el conocimiento de mí mismo. Había mugeres notables por su elegancia y por sus encantos; jóvenes, hechas célebres despues, por los encantos de su talento y por su belleza, tales como la segunda hija de Mr. de Forbin, madama de M. . . ., todavía niña entonces, pero elogiada generalmente. Veía yo todo aquello como rodeado de una nube, ni bailaba ni jugaba; jamas me acercaba á grupo alguno para dirigir ó escuchar esas fútiles palabras, retoños falsos y dorados de conversaciones casuales. Afigia

á mi madre y causaba admiración á la sociedad por mi secuestro moral de todo lo que animaba la casa.

XLVII.

Ví con alegría aproximarse la primavera, que destruía todo aquel movimiento de placer con las abstinencias y las piadosas prácticas de la cuaresma. Tomé el pretexto de ir á visitar á uno de mis tíos que habitaba la Alta Borgoña, para alejarme de Mácon y sustraerme á aquella curiosidad de todas las poblaciones cortas, que quieren saberlo todo, y que interpretan cuanto ignoran.

Partí para el castillo de Urcy, una de las antiguas residencias de mi abuelo, en cuya posesión se hallaba el segundo de mis tíos, por haber formado parte de la que le tocó de sucesión. Yo amaba á aquel tío mas que á los otros miembros de la familia. Aquel tío era el abate de Lamartine. He hablado de él en mis primeras páginas. He dicho cómo la naturaleza había formado de él un hombre de mundo, libre y alegre; cómo el derecho de mayoría lo había obligado á hacerse eclesiástico; cómo había vivido en París y en la corte, haciendo su noviciado de obispo en los salones de las mugeres mas hermosas y menos austeras de la corte de Luis XV; cómo muy indiferente en materia de fe, había, sin embargo, confesado la suya, es decir, la de costumbre, durante la persecución revolucionaria, hasta llegar al martirio, martirio de honor mas bien que de religión; cómo, en fin, vuelto de los pontones de Rochefort y de los calabozos de París, se había aprovechado de su libertad y de su buena fortuna, para despojarse de los lazos del sacerdocio, y vivir solo como filósofo y como agricultor, en el fondo de los bosques, donde al menos sus árboles y sus rebaños no le pedirían cuenta de su deserción.

Su castillo, una de las mas vastas y hermosas habitaciones de la provincia, estaba situado en ese laberinto de montañas

negras, de gargantas sombrías y de monótonos bosques que forman el terreno mas elevado de la Borgoña, entre Semur y Dijon, á cuatro ó cinco leguas de la ciudad; pais áspero y salvaje; aire ardiente, cielo cubierto de nubes; Siberia francesa, triste como el Norte; region de pastores y de leñadores, donde se camina horas enteras sin ver otra cosa que una encina y un rebaño. Las líneas del horizonte, fijas todas por la oscuridad de los bosques que las cubren, rectas y angostas, como murallas tiradas á cordel, y que todas se dibujan en el pardo cielo. Es la monotonía de los desiertos entre el Cairo y el mar Rojo, antes que los árboles se hayan cambiado en cenizas y las rocas en lavas.

En un terreno estrecho, inmediato á aquellas gargantas, se encuentra el castillo de Urcy, verdadero sitio abacial. Por entre las ramas de las grandes encinas se distinguía su inmensa fachada, llena de elegantes balaustradas, sus quince balcones con su barandal de hierro con escudos dorados, que atestiguan la mas pura arquitectura italiana, desterrada en el centro de aquella comarca de Druidas. Ese castillo, dicen los paisanos de las inmediaciones, fué edificado para las estrellas, porque solo ellas pueden verlo. Está á media hora de camino de la aldea. Una magnífica ermita, un contrasentido entre el esplendor del edificio y su situacion; tal es su carácter. Inmensos jardines cortados al filo de la hacha, sobre los bosques que los rodean. Esos jardines no están ni pueden estar nivelados: siguen las ondulaciones del terreno, aquí abiertos, allá cerrados por las montañas, los llanos, las gargantas profundamente encajonadas bajo las rocas; desmontes parciales anegados en los follages de las colinas. Catorce fuentes raras é imperceptibles brotando de aquellas rocas y recogidas en dilatados conductos subterráneos, que las derraman por todas partes en conchas bullentes, en tazas de piedra, en delfines de verde musgo, en tanques redondos, ovalados, cuadrados, de todas formas y de todos tamaños. Una de ellas arrastra una barca, y yo me complacia en desatar la

cadena y dejarla surcar las ondas entre los juncos. La fuente que vierte continuos raudales de agua y que nunca cesa de hervir, se llama la fuente del *Hogar*, por el nombre de una haya secular que la cubre, formando con sus ramas un prolongado círculo de sombra. Esa fuente es la que celebré un dia, volviéndome á besar su querida espuma, bajo el título de:

LA SOURCE DANS LES BOIS. (*)

Source limpide et murmurante
Qui, de la fente du Rocher,
Jaillis en nappe transparente
Sur l'herbe que tu vas coucher;

Le marbre arrondi de Carrare,
Où tu bouillonnais autrefois,
Laisse fuir ton flot qui s'égare
Sur l'humide tapis des bois.

Ton dauphin verdi par le lierre
Ne lance plus de ses naseaux,
En jets ondoyans de lumière,
L'orgueilleuse écume des eaux

Tu n'as plus, pour temple et pour ombre,
Que ces hêtres majestueux

(*) Siendo urgente la impresion de este pliego, para cubrir la entrega de la Civilizacion, y demandando algun tiempo la traduccion de los siguientes versos, para que salga correcta, me ha parecido conveniente ponerlos en el original frances, reservando la traduccion para el fin de la obra, lo que pongo aquí por nota para inteligencia de los lectores.—El traductor.

Qui penchent leur tronc vaste et sombre
Sur tes flots dépouillés comme eux

La feuille, que jaunit l'automne,
S'en détache et ride ton sein,
Et la mousse verte couronne
Les bords usés de ton bassin.

Mais tu n'es pas lasse d'éclore;
Semblable à ces cœurs généreux
Qui, méconnus, s'ouvrent encore
Pour se répandre aux malheureux.

Penché sur ta coupe brisée,
Je vois tes flots ensevelis
Filtrer comme une humble rosée
Sur les cailloux que tu polis.

J'entends ta goutte harmonieuse
Tomber, tomber, et retentir
Comme une voix mélodieuse
Qu'entre coupe un tendre soupir.

Les images de ma jeunesse
S'élèvent avec cette voix;
Elles m'inondent de tristesse,
Et je me souviens d'autrefois.

Dans combien de soucis et d'âges,
O toi que j'entends murmurer!
N'ai-je pas cherché tes rivages
Ou pour jouir ou pour pleurer?

A combien de scènes passées
Ton bruit rêveur s'est-il mêlé?
Quelle de mes tristes pensées
Avec tes flots n'a pas coulé?

Oui, c'est moi que tu vis naguères,
Mes blonds cheveux livrés au vent,
Irrite tes vagues légères
Faites pour la main d'un enfant.

C'est moi qui couché sous les voûtes
Que ces arbres courbent sur toi,
Voyais, plus nombreux que ces gouttes,
Mes songes flotter devant moi.

L'horizon trompeur de cet âge
Brillait, comme on voit, le matin,
L'aurore dorer le nuage
Qui doit l'obscurcir en chemin.

Plus tard, battu par la tempête,
Déplorant l'absence ou la mort,
Que de fois j'appuyai ma tête
Sur le rocher d'où ton flot sort!

Dans mes mains, cachant mon visage,
Je te regardais sans te voir,
Et, comme des gouttes d'orage,
Mes larmes troublaient ton miroir.

Mon cœur, pour exhaler sa peine,
Ne s'en fiait qu'à tes échos,
Car tes sanglots, chère fontaine,
Semblaient répondre à mes sanglots.

Et maintenant, je viens encore,
Mené par l'instinct d'autrefois
Ecouter ta chute sonore
Bruire à l'ombre des grands bois.

Mais les fugitives pensées
Ne suivent plus tes flots errans
Comme ces feuilles dispersées
Que ton onde emporte aux torrens.

D'un monde qui les importune
Elles reviennent à ta voix,
Aux rayons muets de la lune
Se recueillir au fond des bois.

Oubliant le fleuve où t'entraîne
Ta course que rien ne suspend,
Je remonte de veine en veine
Jusqu'à la main qui te répand.

Je te vois, fille des nuages,
Flottant en vagues de vapeurs,
Ruisseler avec les orages
Ou distiller au sein des fleurs.

Le roc altéré te dévore
Dans l'abîme où grondent ses eaux;
Où le gazon, par chaque pore,
Boit goutte à goutte tes cristaux.

Tu filtres, perle virginale,
Dans des creusets mystérieux,
Jusqu'à ce que ton onde égale
L'azur étincelant des cieux.

Tu parais ! le désert s'anime;
Une haleine sort de tes eaux.
Le vieux chêne élargit sa cime
Pour t'ombrager de ses rameaux.

Le jour flotte de feuille en feuille;
L'oiseau chante sur ton chemin,
Et l'homme à genoux te recueille
Dans l'or ou le creux de sa main.

Et la feuille aux feuilles s'entasse,
Et fidèle au doigt qui t'a dit:
Coule ici pour l'oiseau qui passe!
Ton flot murmurant l'avertit.

Et moi, tu m'attends pour me dire:
Vois ici la main de ton Dieu!
Ce prodige que l'ange admire,
De sa sagasse n'est qu'un jeu.

Ton recueillement, ton murmure
Semblent lui préparer mon cœur;
L'amour sacré de la nature
Est le premier hymne à l'auteur.

A chaque plainte de ton onde
Je sens retentir avec toi
Je ne sais quelle voix profonde
Qui l'annonce et le chante en moi.

Mon cœur grossi par mes pensées,
Comme tes flots dans ton bassin,
Sent, sur mes lèvres opprimées,
L'amour déborder de mon sein.

La prière brûlant d'éclore
S'échappe en rapides accens,
Et je lui dis: Toi que j'adore
Reçois ces larmes pour encens.

Ainsi me revoit ton rivage
Aujourd'hui, différent d'hier;
Le cygne change de plumage,
La feuille tombe avec l'hiver.

Bientôt tu me verras peut-être
Pendant sur toi mes cheveux blancs
Cueillir un rameau de ton hêtre
Pour appuyer mes pas tremblants.

Assis sur un banc de ta mousse,
Sentant mes jours prêts à tarir,
Instruit par ta pente si douce,
Tes flots m'apprendront à mourir.

En les voyant fuir goutte à goutte
Et disparaître flot à flot,
Voilà, me dirai-je, la route
Où mes jours les suivront bientôt.

Combien m'en reste-t-il encore?
Qu'importe? Je vais où tu cours;
Le soir pour nous touche à l'aurore:
Coulez, ô flots! coulez toujours!

XLVIII.

Amaba aquel lugar, aquel tío y aquellos antiguos domésticos que me habían visto niño, y para quienes mi llegada á su desierto era un recuerdo y un motivo de alegría para sus corazones, una variedad en su vida, un movimiento en su uniformidad; amaba hasta los perros y los inmensos rebaños de corderos que un pastor verdaderamente homérico, el anciano Santiago, gobernaba

como *Euméo* en *Ithaca*, con el orgullo de un jefe por su pueblo, y el cuidado de una madre por sus hijos; amaba, sobre todo, á una excelente muger que gobernaba el castillo y los numerosos criados, con esa dulzura y bondad que no permite la resistencia, que previene las rivalidades, que hace amar la disciplina, porque se ama lo que ella impone. Antigua amiga de mi tío, amada por toda la familia, sensible, activa, desinteresada, intercediendo por todos segun lo exigian las circunstancias, de un aspecto agradable, bajo el vestido modesto, propio, semi-mundano y semi-monástico, que formaba la hermana gris de aquel convento rural. Me trataba como al futuro heredero de aquellos dominios; me mimaba, como al niño siempre pródigo del castillo. Me preparaba el cuarto mejor y mas alegre; hacia que mi tío comprase, para cuando yo llegaba, los mejores perros de caza y el mas bonito caballo que podia hallarse en aquellas montañas. Vive todavía, y me escribe de tiempo en tiempo cuando llega mi nombre á sus oídos por alguna casualidad del destino. Es una idea feliz la de dar de esta manera, en una numerosa familia, el gobierno doméstico á las mugeres. Su voz dulce templó el imperio por el afecto; su mano débil deja flotar las riendas de la autoridad y de ese modo previene las revueltas y las resistencias. Se resiste á quien impone, raras veces á quien inspira. El gobierno de una casa, cuando no hay madre de familia, es una idea de genio como todos los instintos.

Mi tío era el hombre mas amante; tenia un corazón demasiado tierno y un bellissimo carácter; era, en fin, el mejor de los miembros de la familia. No sabía odiar, resistir ni mandar; solo agradar y complacer. Se descargaba de todo con mi padre ó con madama Royer, su primer ministro. Me amaba con la ternura de un amigo, mas que con la severa autoridad de un tío. Yo correspondía á su predilecta ternura. La bondad ha sido siempre para mí un irresistible iman; los demas méritos del hombre ó de la muger, se borran ante ella. La bondad es la virtud. No trabaja uno sobre sí mismo toda su vida, por esfuerzos ó por

preceptos sobrenaturales, mas que para llegar á esa perfeccion que ciertos seres han recibido al nacer. Mi tío había recibido ese don, y los únicos defectos, aunque ligeros, que le hiciesen alguna sombra, podían llamarse gracias, porque no eran mas que escesos ó debilidades agradables de aquella bondad. Júzguese si yo seria dichoso á su lado.

Ver salir el sol por sobre las copas de las encinas del parque; abrir mi ventana para que las golondrinas revoloteasen libremente en mi habitacion; leer, recostado en mi lecho, los antiguos libros de la biblioteca, escuchando los rumores que subían del patio principal ó de los otros; oír las campanillas del chivo, que guiaba el rebaño de borregos, saliendo despues de haber desaparecido el rocío; levantarme para desayunarme con mi tío, con la nata que producian sus vacas y la dorada miel de sus colmenas; recorrer, conversando con él, desde el salon hasta la biblioteca, desde los establos al jardín; entrar en las horas calurosas; salir solo, con un fusil ó un libro bajo del brazo, cuando descendía un poco el sol; ó montar mi caballo salvaje, con sus sedosas crines esparcidas hasta sobre el lomo y que cubrían sus ojos; arrojarme al galope entre las zullas, sembradas de flores; descender despues á las gargantas encajonadas en el fondo de los bosques, donde era preciso, para deslizarse bajo las ramas, tenderse sobre el pescuezo del caballo; errar de aquella manera, sin objeto, descubriendo ya un claro en la floresta, ya un manantial ó una familia de cabritos espantados con el ruido; perderme voluntariamente, durante horas enteras, para encontrarme á algunos pasos del castillo; volver al paso gozando de la frescura de la tarde; comer, conversar, leer, escuchar las aventuras de la vida de los abates en Versalles y en Paris, en el antiguo régimen; adormecerme oyendo aquellas relaciones, y cuando el sueño se apoderaba de mí, subir la escalera principal, atravesar las inmensas salas, sonoras como el vacío, que conducían á mi aposento; dormirme, leyendo las páginas de un filósofo ó de un poeta, para comenzar al despertar, las mismas jornadas y

veladas. ¡Esta era mi vida siempre que podía ir á pasar los mas insensibles y rápidos meses de mi juventud, en aquella soledad, monasterio de libertad, de ocio, de indiferencia, de lectura, de meditacion y de amistad! Las mejores sombras de aquellos árboles que reverdecen aún, han tapizado el suelo de aquellos jardines para mí. Las circunstancias y la distancia, me obligaron despues de la muerte de mi tío, á vender aquellos árboles que producian las sombras y los murmullos que arrojaban aquellas aguas. ¡Ojalá y sean para otras generaciones tan hospitalarias y tan queridas como lo fueron para mí!

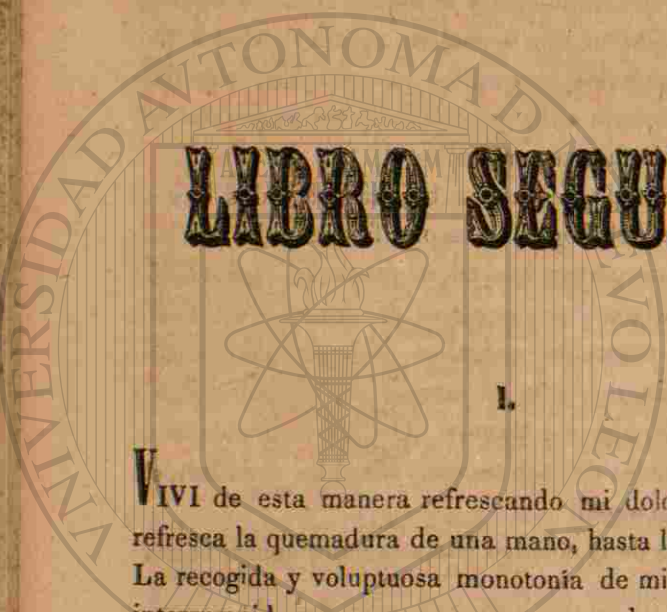
Me gustaba sobre todo descansar bajo las elevadas hayas que cubrían la fuente del *Hogar*, siempre frecuentada por las merlas, que iban allí á apagar su sed, y que no se espantaban al acercarme. Se hallaban tan cargadas de ramas, y estas ramificadas por tantos filamentos cargados de hojas, que apenas se percibía, á través del tejido de su ramaje, el limpido estanque que brillaba al pié, bajo los álamos. ¡Oh! que no pueda uno llevar consigo, al cambiar de habitacion, sus sitios predilectos! ¡Yo me habria llevado aquel!

Allí fué donde gocé de la soledad hasta la embriaguez; nunca hasta la saciedad.





LIBRO SEGUNDO.



VIVI de esta manera refrescando mi dolor, como el aire frío refresca la quemadura de una mano, hasta la entrada del otoño. La recogida y voluptuosa monotonía de mi vida, no se hallaba interrumpida mas que por una correspondencia rara, pero íntima y tierna, que seguía yo con *Salucio*. *Salucio* era el nombre de un amigo del que no he hablado aún. He aquí cómo nos conocimos y amamos.

Habia, en el cuerpo de la casa militar del rey, donde mi padre me habia hecho servir algunos años, un joven breton, cuya belleza, juventud, cordialidad y candor, carácter de aquella noble raza, me habian simpatizado. También él habia probado el mismo sentimiento. Los dos nos hallábamos en esa época de la vida en que las amistades se hacen rápidamente; no se reflexiona sobre los atractivos. Se ve uno, se agrada, se habla, se confía recíprocamente sus pensamientos: si son conformes se aísla no de la multitud; uno se abandona al amigo sino

con pesar; se busca uno; se ama; haciendo ambos todo esto. De esta manera me hallaba yo ligado fraternalmente con aquel compañero de mi vida. Teníamos los mismos gustos militares y literarios, el mismo sentimiento de la poesía, la misma inclinación hacia la poca soledad que nos permitía la vida de guarnición en provincia, ó de cuartel en París, los mismos hábitos de familia y las mismas opiniones de nacimiento. Me hablaba del mar, yo le hablaba de mis montañas. Al concluir el ejercicio, dábamos juntos largos paseos en los verdes valles, sembrados y monótonos de la trivial Picardía. En pocos meses nos veíamos como hermanos: él sabía todos mis secretos, yo todos los suyos. No habria sido extraño en su familia, si hubiese sido conducido por la casualidad hasta su puerta; él, habria reconocido á mi padre, á mi madre y á todas mis hermanas, por la pintura que de ellas y de nuestra casa le habia hecho.

El padre de *Salucio* habia emigrado á Inglaterra con su mujer, su hijo y una niña en la cuna, despues de los primeros reveses de la Vendée, habiendo sido confiscados sus bienes. Un tío eclesiástico, anciano, rico y provisto de un empleo importante en Roma, en la chancillería del Vaticano, habia llamado á Italia al padre de *Salucio* y su familia. Se hallaban establecidos en Roma. El tío habia muerto, dejando su palacio cerca de Albano y una fortuna considerable á su sobrino. Ese sobrino, padre de mi amigo, se habia completamente desterrado y hecho romano. En el momento de la entrada de los Borbones en Francia, se habia puesto en camino para ir á reivindicar á su patria, recohrar su título y la recompensa de su destierro. Habia dejado en Roma á su mujer y á su hija, conduciendo á París al joven, y lo habia colocado en el mismo cuerpo en que me habia puesto mi padre. De allí habia ido á Bretaña, recuperado los bosques que no se habian vendido, y rescatado en un precio bajo, de un comprador que no se consideraba mas que como depositario, la antigua habitacion de sus padres. La muerte lo esperaba en el lugar de su nacimiento. Cazando con sus antiguos

amigos en sus bosques paternos, tan felizmente recobrados, tropezó su caballo y lo arrojó contra una encina. Salucio fué á tributar los últimos deberes á su padre, y á tomar posesion de la mitad de su herencia, volvió despues á despedirse de mí en Beauvais y partió con objeto de reunirse con su madre y hermana en Roma. Su partida me dejó escesivamente triste, y fué una de las causas que me hicieron dejar inmediatamente aquella profesion enojosa en tiempo de paz. Pero como yo habia sido el primer amigo de su país que habia tenido, la amistad habia producido profundas raices en su corazon. Mi recuerdo formaba en lo de adelante parte de su vida. Manteniamos una correspondencia inagotable; viviamos verdaderamente en dos lugares á la vez, él donde yo estaba y yo en Roma con él. Dicha correspondencia formaria un volumen, y descubriria en aquel jóven una mezcla de breton y de romano, una de esas mixtas naturalezas dignas de estudio, heroica y salvaje, segun su corazon, artista y contemplativa cual su imaginacion: ambas partes encarnadas en un mismo hombre. Ese contraste era el que me hacia amarlo tanto, porque encontraba en él un reflejo de mi carácter. Las grandes naturalezas como la suya, son dobles. Dad dos patrias á un niño y le dareis dos naturalezas. Tú mismo juzgarás por los fragmentos de las cartas de Salucio, que han escapado á la destruccion del tiempo y que he encontrado clasificadas en el antiguo armario de la biblioteca de mi tio, donde las colocaba despues de haberlas leído muchas veces.

II.

Ha sido necesario decirte todo esto para hacerte comprender una de las carreras mas inesperadas y una de las desapariciones mas misteriosas de mi juventud. Pensarás lo que quieras, que fué locura ó afecto; mas importa poco. Lo que he hecho no puede cambiarse, ni lo que he dicho retractarse. Las confidencias son las confesiones de la amistad, y á ésta toca tambien el absolverlas.

III.

Una tarde de las últimas del mes de Julio, volviendo á caballo con mi fusil en la espalda, en el gran musgo, desierto que se estiende entre dos tresbolillos de tilos, ante la puerta del castillo de mi tio, quedé muy admirado al encontrar un postillon de la posta vecina del *Pont-de-Pany*, que me entregó una carta muy urgente, escrita en la posada de la aldea, pidiéndome la respuesta.

Sin apearme del caballo abrí la carta y la leí. Estaba escrita en italiano, idioma que mi larga permanencia en Italia me habia hecho tan familiar como el materno. He aquí su traduccion:

“Dos damas que acaban de llegar de Roma, informadas por el conde Salucio de ***, que su amigo se halla en el castillo de Urcy, le suplican tenga la bondad de dirigirse á la posta del Pont-de-Pany, en cuya posada lo esperan, no teniendo mas esperanza que en él. Sus nombres no le son tal vez desconocidos; pero se hallan convencidas de que su cualidad de extranjeras y de fugitivas será suficiente para asegurarles su interés y su indulgencia.

Condesa LIVIA D***,

Y su nieta, princesa REGINA D***.”

IV.

Reconocí al instante los dos nombres que llenaban las cartas de Salucio. Lo único que no podia comprender era su llegada á Francia sin él, su estancia en una posada, en un camino indirecto de Borgoña, y en fin, el título de fugitivas que se daban. Mi tio, á quien los cascabeles del caballo del postillon habian

atraído al vestibulo, se sonreía con finura y bondad, al ver mi asombrada fisonomía y la atención con que leía y releía yo aquella carta.

—“Nada de misterios conmigo, me dijo fijando en mí su vista; los héroes de novela tienen siempre necesidad de un confidente. He desempeñado ambos papeles en mi juventud. No pienses que sea el primero que esas maravillosas y errantes bellezas de quienes el postillon ha hablado al beber su vaso de vino, vengan á ofrecérme; pero puedes darme el segundo, seré discreto: esta es la virtud de la indulgencia.

—“Os juro, le dije, que no hay en este mensaje ningún misterio concerniente á mí. Frecuentemente me reprendeis mi melancolía, cuya causa no ignorais. Mi corazón es incapaz de entregarse á ningún encanto en la tierra.”

Me mostró con el dedo el tilo enorme y copado, á cuya sombra había detenido mi caballo.

—“¿Ves ese tilo? me dijo; es mas viejo que tú, ¿es verdad?

—“Sí.

—“Pues bien, lo he cortado cinco veces en veinte años, y tiene mas savia y ramas que cuando llegué aquí.

—“Sí, le respondí tristemente; pero ese es un árbol y yo soy un hombre. Haced destruir su corteza y quemar las raíces y vereis si reverdece.”

Entramos conversando de aquella manera, él con alegría, yo con gravedad. Despaché al postillon con una carta, en que decia, que el nombre de mi amigo Salucio era para mí un talisman, y que llegaria tan pronto como el mensajero al Pont-de-Pany. No tuve mas tiempo que para montar de nuevo á caballo y galopar por un sendero que atravesaba los bosques y que me ahorró casi la mitad del camino, para llegar antes de anoche al Pont-de-Pany.

V.

Bajé del caballo. Un correo italiano, con su magnífica librea, me condujo atravesando el patio hácia un pabellon aislado, que miraba á los prados y que formaba parte de la posada. Habia dos ó tres cuartos para los viajeros distinguidos, á quienes sorprendia con frecuencia la noche en aquella posta, al pié de la montaña de Somberton, y que no querian aventurarse en medio de las tinieblas. El correo me anunció á una ama de gobierno ó nodriza vestida como las paisanas de Tivoli, trage que hizo latir mi corazón, porque me recordó á *Graziella*. Aquella muger de edad avanzada, me abrió la puerta de la habitación de sus amas, y entré.

Creí entrando y percibiendo la deslumbradora belleza de la joven princesa, que se levantó para recibirme, que mi tío tenia razón, y que, si el corazón crea algunas veces la belleza, ésta también era capaz de crear un nuevo corazón en el que envolvía con sus rayos. Es preciso que yo procure al menos describir la escena que nunca se ha borrado de mi memoria.

La pieza era inmensa, amueblada como lo están las de las posadas de una aldea, con dos camas grandes con sus cortinas color azul de cielo; almofrecas, maletas, chales y capas de viaje cubiertas de polvo, se hallaban colocadas sobre las sillas ó en los rincones. Una sola ventana que caía á una hermosa pradera; los últimos rayos del sol iluminaban el cuarto y las figuras, con esa luz polvorosa y suave que se asemeja á una lluvia de oro en la cima de los árboles y allá en el horizonte. Aquella luz que penetraba por la entreabierta cortina azul, formaba una brillante diadema en la cabeza, iluminando el cuello y las espaldas de la joven. Era alta, esbelta, pero si ninguna de esas fragilidades demasiado delicadas, y de esa enfermiza flacura que despojan de su encarnación á las jóvenes de diez y seis á diez y ocho años en nuestros climas tardíos del Norte. Su talle, sus brazos, sus

espaldas, su cuello y sus mejillas, se hallaban revestidas de esa redondez del mármol, que manifiesta la plenitud de vida en la estatua de la Psiquis de Canova. Aunque su talle fuese ligero y aéreo, nada lo doblegaba. Era el aplomo de la bailarina que sostenida sobre la punta del pié, levanta los brazos para tocar las castañuelas en la arena de Castellamare. Estaba cubierta con un vestido de seda negro, como todas las italianas de aquel tiempo. No tenía, sobre aquel simple vestido, ni chal ni manteleta que ocultase sus hombros, ó que impidiesen al apretado tejido de seda, dibujar, como un vestido mojado, los contornos del cuerpo. El vestido era muy corto, cual si la que lo llevaba hubiera crecido después de haberlo hecho: por esta razón permitía ver dibujarse, colocados en la alfombra, dos piés un poco mas grandes y menos esbeltos que los de las francesas. Aquellos piés no se hallaban verdaderamente calzados, sino que descansaban libremente en dos pantuflas de raso amarillo, cubiertas de lentejuelas de acero y bordadas con cordoncillos de diversos colores. Su cuello se encontraba enteramente desnudo; un hermoso camafeo, sostenido por un collar de terciopelo negro, hacia resaltar claramente su brillante blancura. Fuese por efecto del sol, que entrando por la ventana reflejaba en su frente, fuese por la emoción y el pudor que causa siempre la presencia de un desconocido, ó porque lo que tenía que decirme la agitase con anticipación, ó sea, en fin, por su naturaleza llena de vida, toda la sangre que circulaba por sus venas parecía haberse concentrado en su rostro.

En cuanto á la expresión de sus ojos, de un azul tan oscuro como las aguas del Tívoli en su abismo, de su boca, cuyas líneas graves y un poco acentuadas, parecían á la vez encubrir y manifestar su alma, de aquella dulzura que la impelia y aquella magestad natural que la contenía en su atracción hacia mí, no trataré jamás de describirla. La luz se ve, mas no puede describirse. Una redécilla de seda carmesí, como las que se ponen en la cabeza las mugeres del Mediodía cuando viajan, ó en el

interior de sus casas, sostenía sus cabellos. Mas los cordones del tejido, destrozados en muchos lugares por el roce del carruage, dejaban escapar espesos rizos y permitían distinguir su abundancia, su suavidad y color. Aquellos cabellos eran rubios; mas de ese color amarillento que recuerda la caña de la paja de trigo calcinada y bronceada por el mes de la canícula en los llanos de las campiñas de Roma; rubio que es un reflejo de fuego en las cabelleras del Mediodía, como es un reflejo helado en las del Norte. En su estremidad, sus cabellos cambiaban de color como los de los niños; atados en el centro de la cabeza bajo la redécilla, con un listón color de fuego, formaban una especie de diadema natural, en la que brillaba el sol.

Así se adelantó hacia mí la princesa Regina. No sabía yo si había mas deslumbramiento que ternura en sus facciones. Permanecí inmóvil y como asfixiado de admiración.

VI.

A su lado, sobre un colchón estendido en el suelo y cubierto con una piel blanca con manchas negras, reposaba, con la cabeza apoyada en su brazo, una muger de edad avanzada, envuelta en una capa de terciopelo negro. Su rostro, aunque marchito y lleno de muchas arrugas, principalmente en las mejillas y en la barba, conservaba la marca de una gran belleza, que había desaparecido; pero dejado su lugar visible en las facciones. Una nariz modelada como por el cincel de un escultor, ojos negros rasgados, bajo los perfectos arcos de las cejas; una boca casi imperceptible en las estremidades, pero cuyos labios conservaban esas líneas graciosas y fuertes; dientes de marfil; una frente ancha y varonil, dividida en el centro solamente por la arruga del pensamiento; rizos de cabellos negros, apenas surcados por algunas venas blancas, que se veían á través de una redécilla oscura, y encerrados como serpientes en las sienes; un aspecto

lánguido y enfermizo, que se manifestaba en el tinte de la piel, en la languidez de la postura y en el timbre, grueso y cascado de la voz: tal era la condesa Livia D***, abuela de la joven.

Al presentarme en el cuarto, se levantó con esfuerzo, apoyándose sobre el codo; seguía con la vista la fisonomía y los movimientos de su nieta, como si la una hubiese sido el pensamiento y la otra el gesto y la voz de aquella escena. Se veía que el alma de la madre no se hallaba en ella, sino en su hija.

“Señor, me dijo en italiano la joven, con una voz un poco temblorosa, mas con un acento tan sonoro y tan tierno, que al escucharlo se creía oír una cascada de perlas cayendo en una taza de mármol; yo soy la princesa Regina, y la condesa Livia, mi abuela, la que teneis delante. Sé, por el que es vuestro amigo, y para mí todo. que el nombre de *Salucio* es suficiente para nuestra mutua presentación; y es el nudo de nuestro corazón y del vuestro. Conocéis nuestra vida por sus cartas; nosotras os conocemos por las vuestras: no hay secretos para nosotras, supuesto que no los teneis para él. Os conocemos, pues, aunque no nos háyamos visto jamas, como si yo fuese *Salucio* y vos fuéseis mi propia persona. Suprimamos, pues, el tiempo y las ceremonias entre nosotros, añadió aproximándose con viveza hacia mí, como si hubiera sido mi hermana, y tomando una de mis manos entre las suyas, bellas y temblorosas: seamos amigos en una hora como lo seríamos en diez años. ¿De qué serviría el tiempo, dijo con un movimiento de impaciencia, en que se manifestaba la energía de su voluntad, ¿de qué serviría el tiempo, si no fuese para amarse mas pronto?”

Diciendo esto se encendió como una brasa, sobre la que sopla el aliento para avivarla. Yo me sonreí, me incliné, y balbucí algunas palabras de felicidad, de afecto, de servicios á toda

prueba, de la amistad que profesaba á *Salucio*, que tenía razón al confiar en mí como en sí propio. A todo lo que decía su nieta, y á lo que yo contestaba, la anciana hacía movimientos con la cabeza señal de aprobacion, arrojando algunas exclamaciones. Regina se colocó á sus piés á la orilla del colchon, y yo tomé una silla, en la que me senté á corta distancia de aquel grupo admirable.

VIII.

“Y bien! vamos á deciroslo todo en dos palabras, exclamó Regina, fijando sus hermosos y húmedos ojos en mi rostro, como para interrogarme ó enternecerme. Primero, añadió ella interrumpiéndose, como si hubiera cometido una indiscrecion; qué loca soy; tengo una carta para vos y no os la he dado.”

Y al pronunciar estas palabras sacó de su seno una hoja de papel, doblada en forma de corazón, y me la entregó, tibia todavía, con el calor de su pecho. El papel no estaba cerrado; lo abrí. Reconocí la letra de *Salucio* y leí:

FORTALEZA DE ***, ESTADOS ROMANOS.

“La que te entregue este papel, es mas que mi vida. Me hallo prisionero; pero me consideraré libre si ella lo está. Va á Francia á ocultar su nombre y su existencia. No puedo dirigirla mas que á tí; ocúltame mi tesoro, y sé para ella lo que yo habría sido con la que tú has amado.

SALUCIO.”

No me sorprendió aquella carta, y la prision de Estado en donde estaba fechada. Las cartas anteriores de *Salucio* me habían preparado suficientemente á alguna catástrofe de aquel género. Sin embargo, arrojé una exclamacion de dolor mas bien que de asombro.

—¡Ay! sí, dijo la anciana, salvándonos se ha perdido; pero paciencia, se juzgará el proceso; tengo amigos aún entre los jueces. La justicia triunfará, no lo dudo.

—Y el amor, exclamó la joven besando un retrato que se hallaba colocado en un bracelete, en el brazo de la condesa, y en el que reconocí las facciones de Salucio.

Entonces me refirieron sucesivamente, y con frecuencia ambas á un mismo tiempo, el desenlace de una pasión cuyas diversas fases conocía yo ya por la correspondencia de mi amigo. Vertieron torrentes de lágrimas las dos extranjeras durante la relación; apenas podía yo contener las mías. Concluyeron por implorar mis consejos, mi dirección y mi apoyo durante el destierro á que las condenaba su infortunio. Si la amistad y la piedad no hubieran sido suficientes para obligarme al mas absoluto afecto hacia su suerte, la maravillosa belleza de Regina no me habría dejado la facultad ni aun de vacilar. Su mirada, su voz, su sonrisa, sus lágrimas, el torbellino de atracción, al que arrastraba y subyugaba á todo lo que se le aproximaba, no hacían que yo sintiese sino la felicidad de dedicarme á la vez á un deber y á un atractivo. No estaba enamorado; el estado de mi alma, y mi deber para con mi amigo cautivo, me hubieran formado un crimen con el solo pensamiento de amarla. Estaba mas que enamorado. Sus miradas habían absorbido mi voluntad. Sentía yo que penetraba en aquella atmósfera de rayos, de languidez, de fuego, de lágrimas, de esplendor y de melancolía, de luz y de sombras, que envolvía á aquella mágica de veinte años. La hubiera yo seguido involuntariamente, como la hoja muerta sigue al viento que la arrastra. Un amigo, un salvador, un hermano, un esclavo, un mártir, una víctima voluntaria, un hombre complaciente, en fin; todo, todo podía hacer de mí, excepto un amante.

Ella lo deseó y lo hizo.

Comí con las dos extranjeras, y permanecí mucho tiempo después en la ventana que daba á los prados, que iluminaba una

hermosa luna, conversando en voz baja con Regina, de su amor y de mi desgraciado amigo. Su abuela, enferma y siempre acostada en el colchón, gemía y suspiraba en la sombra del cuarto, bajo la horrible perspectiva de morir en el extranjero, dejando á su nieta en el destierro y á merced de la tiranía que quería oprimir su corazón. La consolé con la esperanza de que muy pronto sin duda se volvería la libertad á Salucio, y con las protestas de afecto á su infortunio pasajero. Diferentes ideas se acumulaban en nuestras imaginaciones, sin detenerse en ninguna: en fin, las convencí y obligué á que descansasen toda la mañana del día siguiente en el Pont-de-Pany, para que con aquel descanso recuperase sus fuerzas la condesa: le prometí volver á la noche siguiente á ponerme á sus órdenes, para acompañarlas hasta donde hubieran decidido ir á establecerse. Dije á la abuela que me mirase como á un hijo, y á Regina que se fiasse de mí como de un hermano. Encontrando en mi boca las palabras y el acento de su patria, que yo había conservado en mi prolongada permanencia en Roma, creían encontrar su cielo y su naturaleza. Me despedí de ellas, y pasé lentamente, con la vista deslumbrada, retumbándome los oídos y con el corazón turbado, las gargantas profundas y siniestras que serpentean desde el Pont-de-Pany hasta el castillo de Urey. Mi tío dormía hacia mucho tiempo.

IX.

Al despertar, le referí la escena de la vispera, y la resolución que había tomado, de dedicarme á las dos extranjeras. Fingió creer mis palabras, pero observé en sus sonrisas, que en el fondo no me creía tan desinteresado en aquel encuentro, como en efecto lo estaba. Fuese lo que fuese, jamás se incomodaba por nada; era la indulgencia de la naturaleza envejecida en la reflexión, sobre lo inútil que era la severidad: "Haz lo que quieras,

me dijo, ahí está el cajon de mi escritorio; toma con medida pero con libertad. Si es un amor, el tiempo lo curará; si es una amistad, el tiempo podrá muy bien desnaturalizarla. Eres muy jóven para ser el tutor de una muger tan hermosa como pintas á tu italiana; cuidado con el corazon: nunca está mas en peligro de despertarse que cuando duerme!"

Lo tranquilicé; me causaba horror hasta el nombre de amor. Le manifesté algunas cartas de Salucio. Le referí toda la historia de la pasion de aquellos dos corazones predestinados, por mejor decir, el uno para el otro.

Pero observo, demasiado tarde, recogiendo y completando estas notas, que no he relatado la historia de aquellos dos amantes. Voy á referirla en este lugar, gracias á las cartas de Salucio, que subsisten casi todas en el gran cofre de papeles que he salvado de los restos de la biblioteca de Urcy.

X.

He dicho que los padres de mi amigo habitaban en Roma desde el fin de la guerra de la Vendée; tenian un hijo y una hija. Eran ricos; poseian en los Estados romanos su palacio de Roma, tierras considerables, aunque poco productivas, en los Abbruzes. Sus dos hijos eran poco mas ó menos de mi edad. La jóven se llamaba Clotilde. Ambos hermanos se parecian como dos gemelos. Aquella semejanza, que habia formado frecuentemente el encanto y diversion de sus parientes, durante su infancia, debía mas tarde ser fatal para Salucio. Se va á ver de qué manera.

XI.

Cuando la jóven Clotilde llegó á la edad de doce ó trece años, sop adres de Salucio la pusieron en uno de los numerosos con-

ventos de Roma, de los que no salian las jóvenes de las casas nobles de Italia, mas que para contraer matrimonio. Aquel convento, resto de un vasto monasterio de mugeres, reducido por la Revolucion á un corto número de religiosas, ancianas y enfermas, no contenia mas que tres ó cuatro, y siete ú ocho niñas de las grandes casas del Estado romano. Entre aquellas discípulas solo dos llegaban á la adolescencia, que eran Clotilde y Regina. Las demas eran niñas de siete á ocho años. Aquella igualdad de edades y diferencia de patrias, en medio del aislamiento que la superioridad de los años creaba entre las dos jóvenes, debía naturalmente unir las con mas estrechez. No tardaron en formar una de esas amistades apasionadas que forman el encanto y el consuelo en la soledad, donde los corazones nuevos encuentran otros iguales, para recibir y corresponder sus primeras confianzas.

El convento se hallaba situado en el cuartel inmenso y desierto de la *Longara*, que se estiende desde Traustevére hasta la columna de San Pedro. Es una calle interminable, cuyas fachadas son sucesivamente palacios, monasterios ó casas de un aspecto miserable, habitadas en otro tiempo por las numerosas familias pobres que dependian por sus funciones de los altares, de las sacristias, ó que se empleaban en el servicio de esa Basílica, capital del catolicismo. En la época de que hablo, aquellas casas parecian desiertas, ó pobladas solamente por ancianos, mugeres pobres é indigentes.

Entrando en aquella calle, cuyo antiguo esplendor se manifestaba en algunos portales admirables de iglesias y en la ruinada arquitectura, de aquellos inmensos palacios, se sentia una de esas impresiones que no se conocen en el Norte de Europa, una tristeza oriental, una luz melancólica, una consternacion que oprime el corazon sin que se sepa por qué. Era el contraste de un cielo azul y claro como el lapislázuli reflejándose sobre las tejas rojas y el ardiente suelo, en una soledad y en un silencio, que dan al dia alguna cosa de la vaga inmensidad y del

terror de la noche. Muchas veces me ha acaecido el recorrer de una á otra estremidad aquella larga avenida de muros ardientes, en medio del día, sin ver moverse una sola persona en toda su estension, y sin oír resonar un solo paso en el piso. Algunos gatos doloridos, atravesando rápidamente la calzada y deslizándose de una guardilla á otra; un asno abandonado y cargado con su albarda, cazando la yerba, en la hendidura del umbral de los palacios; de cuando en cuando, una de las persianas por lo regular cerradas, se abría, empujada por el brazo desnudo de alguna muger invisible, y cerrándose en seguida sin ruido, en el vacío ó en el silencio; largas cuerdas atravesadas de una ventana á otra, donde las lavanderas estendían su ropa y las mugeres pobres sus harapos para que se secasen al sol; en el fondo de la calle, las inmensas sombras producidas por la columnata de San Pedro, semejante á la misteriosa oscuridad de un bosque de piedras; y mas allá, en el cielo, la cúpula dibujaba en el firmamento, su globo, sus galerías aéreas y la última balaustrada al rededor de la cruz, semejante al balcon del palacio de un dios; he aquí la austera fisonomía de ese cuartel de Roma. Si alguna de aquellas puertas se abre mientras pasáis, y dirigís una mirada al interior de esas habitaciones, vereis grandes patios, en cuyas losas se refleja el sol, así como en las cabezas de triton de las fuentes, ó en los mármoles de las estatuas colocadas en los nichos de las fachadas; y en el fondo del patio grandes jardines, divididos por gradas de mármol, y plantados regularmente de elevados cipreses, que se estienden, como en el jardin papal del Vaticano, hasta los muros de ladrillos despostillados y entapizados de yedra de las murallas de Roma. Tal era la Longara.

XII.

El convento, que visité despues con Salucio, no consistia mas que en un gran edificio bajo, con siete ú ocho ventanas arqueadas

con rejas de hierro, y en un gran muro, que no tenía mas que una puerta pequeña, que impedía ver la calle. Tras de aquella ala arruinada del antiguo monasterio, se veía un monton de escombros medio cubiertos de vejitaciones parietarias y algunos muros todavía de pié, en los cuales se distinguían inmensas ventanas sin marcos, y por ellas se veía el cielo; un jardin casi inculto se estendía tras de las ruinas del convento demolido, hácia las murallas, con una larga calle, en otro tiempo enlosada, y entonces tapizada con multitud de yerbas secas; bajo los mismos muros otra calle transversal, y casi siempre sombría, serpenteaba siguiendo la curva de las bastiones. En ambas estremidades se hallaba una estatua de una santa, cubierta de yedra por efecto de la humedad y por el musgo de las paredes. Era el acostumbrado paseo de las religiosas y de las jóvenes reclusas de aquel convento arruinado.

Descendiendo hácia la calle, se percibía un inmenso claustro exterior, cuyo techo y terrado sostenían columnas pequeñas de mármol blanco. Aquel claustro servía de avenida á una capillita formada de hermosas piedras amarillas, como las de San Pedro de Roma. Dos ángeles de mármol negro medio acostados sobre la cornisa del portal, y alargándose los brazos como para ayudarse á soportar un fardo, unían sus manos para elevar un cáliz. Las ventanas de las celdas de las religiosas, y las de las dos niñas mayores daban al terrado, cubierto por el techo plano de aquel claustro. Una estatua de la Virgen teniendo á su niño en sus brazos, coronaba bajo el mismo claustro una fuente alimentada por un derrame de la inmensa cascada de la *Aqua Paulina*, y mormurando día y noche bajo los arcos, llenaba aquella soledad con el único ruido de vida que se escuchaba en aquel silencio de los vivos.

Tal era el monasterio habitado por las dos amigas.

XIII.

Aunque Clotilde fuese algunos meses mayor que Regina, el desarrollo del cuerpo y del alma, mas rápido en las jóvenes del Medio lia, aunque hayan nacido en la sombra, habia borrado toda distancia entre ellas. Sus pensamientos y sus sentimientos se hallaban al mismo nivel que sus frentes. Apenas habian pasado juntas algunas semanas, cuando sus nacientes impresiones se habian cambiado, como entre dos hermanas que hubieran mamado la misma leche en el seno de una propia madre. Sus familias sin tener relaciones de sociedad habitual, se conocian de nombre y se encontraban en los mismos salones de los cardenales ó príncipes romanos. Cuando la madre de Salucio iba á visitar á Clotilde al locutorio, siempre deseaba ver á Regina. Cuando la abuela de ésta, la condesa Livia, iba con mas frecuencia todavia á pasar muchas horas con la superiora y con su nieta nunca dejaba de preguntar por la jóven francesa. Se acostumbraban así, dentro y fuera, á considerarse como de una misma familia. Su mutuo afecto se aumentaba. Todo les parecia indivisible entre ellas, infancia y juventud, convento y mundo, educacion y vida.

XIV.

Por el retrato de Regina á los diez y nueve años, debe figurarse lo qué seria á los catorce. En cuanto á Clotilde, jamas la he visto; no conozco de ella mas que los retratos que su hermano me hacia con frecuencia de su figura, y por la prodigiosa semejanza, que segun él decia, habia entre ambos. Me la pintaba como una jóven mas italiana en su naturaleza y facciones que Regina, con ojos negros, frente pálida, cabellos lisos y oscuros, con una espresion de seriedad, de meditacion y firmeza madura

antes de la edad; triste antes de sentir el dolor, elocuente antes de conocer la pasion, un presentimiento encarnado de la vida, del amor, de la muerte, la sombra de una estatua proyectada por el sol en la losa de una tumba del Vaticano. Su mirada, me decia él, profundizaba cuanto veia; y su palabra por el contrario, esculpia lo que habia visto ó imaginado; ella misma se grababa en la memoria de los que la habian visto una sola vez, como si hubiese alguna mágia en la jóven. Mas esa mágia añadía él, no era la del terror, sino la del atractivo. La adoraban, admirándola.

XV.

Hacia ya algunos meses que estaba en el monasterio, cuando fué conducida Regina allí por su abuela para que concluyese su educacion. Regina, mimada y consentida hasta entónces por su madre grande, y espantada por el traje y la ancianidad de las religiosas, idolatró naturalmente por instinto á su única compañera, Clotilde. Las distracciones y los estudios de las mugeres en ese claustro, medio desierto de Italia, no eran propios por su naturaleza á ocupar el tiempo y las activas imaginaciones de dos reclusas de su edad.

Ya se sabe lo que era entonces la vida de aquellos conventos: ceremonias religiosas, propias mas bien para fanatizar los sentidos que para edificar las almas; perfumes, cuadros, flores, músicas en la capilla; libros místicos, procesiones, rosarios sin fin y sin ideas, prácticas infantiles, costumbres austeras, recogimientos exteriores, meditaciones marcadas en el meridiano á diferentes horas del dia; un poco de música y de poesia santa, enseñada á las discipulas por las maestras afiliadas en la casa; paseos lentos en el recinto amurallado, muchos momentos de soledad impuestos á las novicias en sus celdas; la distraccion consistia en algunas visitas que hacian los dignatarios de la

Iglesia, protectores del convento; los sermones familiares de algunos predicadores célebres de la parroquia en las cuaresmas ó en los advientos; la monotonía en el vacío, la importancia en la nada, una sensualidad piadosa, santificada por el misticismo; he aquí la educación de la Italia y de la España entonces. No había noviciado mas propio para anular todas las facultades razonables y para enaltecer ó estraviar una sola: la enagenación. Así, pues, ese era el efecto ordinario producido por aquellas reclusiones de las jóvenes. Costumbres piadosas, espíritu vacío, corazón apasionado. Tales salían de allí esas verdaderas orientales de la Europa, para pasar de la ignorancia y la puerilidad de los claustros á la libertad y á la voluptuosidad de la vida.

Mas Clotilde, antes de entrar por necesidad en aquel convento, á causa de una ausencia de su padre y una enfermedad de su madre, había recibido ya en la casa paternal una educación muy superior á aquella sombra de educación conventual. El padre, la madre, una aya bastante instruida, conducida por ellos de Inglaterra á Roma, le habían enseñado muy temprano, y casi fuera de tiempo, todo lo que forma en París ó en Londres la esmerada educación de una joven. Había estudiado la historia; había recibido los principios de las artes, había leído en fragmentos, á los grandes poetas de la antigüedad; hablaba tres idiomas, sin haberlos aprendido de otro modo que por la práctica, el frances, el ingles y el italiano. Había escuchado en la casa de sus padres las serias conversaciones de hombres distinguidos de aquellas tres naciones, conversaciones que los niños parecen no escuchar, pero que retienen en la memoria. Los mismos emigrados franceses eran novadores audaces en comparación de las ideas y de las costumbres de la enclaustrada Italia. Clotilde, aunque piadosa como su madre, y muy joven, motejaba la ignorancia y la puerilidad de las devociones de su claustro.

Había llevado al convento algunos volúmenes escogidos de sus mejores libros de educación, en ingles y frances, que las religio-

sas romanas habían admitido sin comprenderlos, y en los que se instruía ó recreaba, para preservarse de la ociosidad y del contagio de las habladurías de aquel mundo pequeño, secuestrado de todas las ideas. Su ejemplo y su conversacion instruían mas á Regina que las fastidiosas lecciones de aquellas religiosas ignorantes, como niñas con cabellos blancos.

Clotilde había sentido por Regina, la misma inclinación natural que había arrastrado á ésta hácia la joven francesa. La maravillosa belleza de la italiana había sido como un rayo de luz reflejado en las paredes de su celda; su corazón había marchado en pos de sus miradas. La belleza, sobre todo cuando se compone de ese misterio que se llama encanto, no solo arroja sus dardos de la frente de la muger á la mirada del hombre; impresionada diferentemente, los ojos y el corazón, entre dos jóvenes bellezas del mismo sexo; produce en los hombres el amor; en las mugeres la admiración y el atractivo del alma. La belleza es un don desconocido, y un poder mágico. No le está permitido á ningún ser viviente escapar de ese poder. Ser hermosa, es reinar.

Aquellas dos jóvenes sintieron, una hácia otra, ese poder oculto de la hermosura, aunque diverso en las dos. Esa misma diversidad, ó esa oposición de la belleza, concentrada en Clotilde, brillante, trasparente y atractiva en Regina, fué, tal vez sin que ellas mismas lo conocieran, una de las causas que las atrajo una hácia otra. Los contrastes son atractivos, porque se completan. Su amistad llegó á ser el único sentimiento de existencia que tuviesen en aquella soledad. Las niñas sus compañeras eran demasiado pequeñas, las religiosas demasiado ancianas, y se hallaban muy ocupadas por sus minuciosidades y por sus prácticas, para ofrecer ninguna ocasión de amor á aquellas dos almas de catorce y quince años. Se sentían atraídas simpáticamente, una á la otra, y se regocijaban interiormente; porque aunque inocente como sus corazones, su amistad era celosa; hubieran sido desgraciadas con la menor rivalidad en su afecto.

XVI.

No dormían en compañía de las otras pensionistas; habitaban dos celdas que habían quedado vacías por muerte de dos reclusas ancianas del convento, y cuyas celdas seguían inmediatamente á las de las religiosas. Se hallaban separadas solamente por una pared; recibían la luz por el terrado que se encontraba arriba del claustro, de manera que aunque quitase durante la noche la superiora las llaves de las puertas que conducían de las celdas al corredor, Clotilde y Regina solo tenían que abrir sus ventanas y dar tres pasos, con los pies desnudos, para hacer el menor ruido posible sobre las losas del terrado, para pasar de la habitación de una á la de la otra y prolongar así por más tiempo en la noche las lecturas, las conversaciones ó meditaciones que las habían ocupado durante el día.

La regla de la casa las obligaba á acostarse á las ocho de la noche, aun en el estío, precisamente á la hora en que la luna y las estrellas hacían más atractiva la vista del firmamento, y en que la brisa refrigerante que corre á esa hora de las gargantas de *Tusculum* de Laricia ó de Tibur, comienza á hacer mover las flechas sosegadas de los cipreses.

Era exactamente la hora en que las almas de ambas amigas comenzaban á despertar y agitarse también, después de la postración causada por las ardientes horas del día, y en la que sentían la necesidad de gozar á la vez del ruido del follaje, de los murmullos de las fuentes, y de esos sueños y deliciosos diálogos en voz baja que doblan la vida reflejándola.

Así, pues, casi todas las noches, tan luego como las religiosas en sus celdas vecinas concluían las últimas decenas de sus rosarios y apagaban las lámparas de sus reclinatorios, una de las dos amigas se levantaba y empujaba sin ruido la puerta de su ventana pasando á la celda de su amiga que la aguardaba. Allí,

XVII.

sentadas en la orilla del lecho ó en el umbral de la ventana en frente de los ennegrecidos muros que limitaban sus sombras en el jardín, bajo la estrellada bóveda del cielo, escuchando el eterno ruido de la fuente que serpenteaba á sus pies, en el claustro inferior, dejaban sonar, sin escucharlas, en los relojes de las vecinas iglesias, las horas recogidas de aquellas hermosas noches.

¿De qué hablaban en voz baja? De la creciente ternura que sentía la una por la otra, de la incesante necesidad de verse, del pesar que probaban cuando la regla de la casa ó las ocupaciones del día las separaban un momento, de la completa similitud de sus impresiones, que les parecían nacer en dos corazones y en un solo pensamiento, de sus estudios, de sus poetas, de la música sobre todo, que les agradaba mucho más que los versos, porque las notas más vagas llegan hasta lo infinito, y son más apasionadas que las palabras; el cielo, las estrellas, las elevadas puntas de los cipreses, cuyas sombras daban vueltas lentamente, al derredor de ellas, como las agujas de un reloj, marcando el tiempo sobre la arena; campos libres, inmensos desiertos cubiertos de ruinas, soledades sombreadas por verdes encinas, y murmuradoras cascadas, ocultas por las elevadas murallas de Roma, las ciudades de su infancia, tales como Albano ó Frascati; la felicidad de encontrarse reunidas algún día de la época en que los vendimiadores de Itri ó de Fondi, danzan al volver por los caminos, donde duermen escuchando las tocatas napolitanas del *pifferaro* (tocador de gaita); en fin, hablaban de sus familias, de sus parientes, de sus nodrizas, de sus patrias, tan lejanas una de otra, de los tempestades y de las nevadas, del océano, de la Inglaterra y de la Bretaña, de los castillos rodeados de torres góticas de aquellas provincias, tan diferentes de la eterna tranquilidad de las ciudades abiertas por todos los poros al sol de aquellas colinas romanas.

Tales conversaciones no se agotaban jamas, y seguian, por mejor decir, la monótona corriente y el susurro melancólico de la *Aqua Paulina*, que caía en la taza de mármol. Sus rostros, frente uno de otro, sus brazos entrelazados, tan pronto sobre las rodillas de la una como sobre las de la otra; los flotantes rizos de sus cabellos, mezclados, cayendo sobre sus espaldas medias desnudas, y con los que jugaban las ráfagas de viento que corrian por el terrado; todo esto las hacía parecer dos hermosas cariátides de mármol blanco, agrupadas bajo el balcón de una ciudad romana, sobre las que se desliza la luna, se apaga, ó se cubren con las tinieblas, recibiendo el rocío toda una noche de estío.

Era preciso que aquellas noches les causasen una viva impresion, supuesto que Regina, tres ó cuatro años despues, y habiendo perdido hacia mucho tiempo á su amiga, no cesaba de recordarlas y pintármelas con un lenguaje mucho mas sonoro que el mio, y en el que se notaban esas emanaciones de la tierra, del cielo y del corazon.

XVIII.

Tal vez aquellas conversaciones nocturnas y secretas con su amiga, no le habían causado tanta impresion sino porque fueron la causa, ocasion y origen de su amor y de su destino.

Debe suponerse que los pensamientos de las dos reclusas debian ser en efecto relativos á sus dos familias. Regina no conocia de la suya mas que á su abuela, en cuyo palacio habia sido educada en ***, á su nodriza, á su tutor, al príncipe ***, y á algunos abates, parientes y amigos de su familia, que frecuentaban en Roma ó en ***, los salones de la condesa Livia. Pero Clotilde tenia padre, madre, y sobre todo, un hermano, compañero y amigo de su primera infancia, entonces relegado en su patria. Clotilde lo adoraba, y hablaba sin cesar de él á su amiga, que no se cansaba jamas de oirla, y siempre promovía la misma

conversacion. Quería saber su edad, cuál era su figura, su talle, sus facciones, su carácter, el color de sus ojos y de sus cabellos; hasta el metal de su voz y su gesticulacion.

Clotilde le decía: No necesito hacerte su retrato diariamente. Mírame: nunca la naturaleza formó dos seres mas iguales en el rostro, en el corazon y en el carácter, como á mi hermano y á mí. Fuimos llevados en el mismo seno, por la misma madre, y poco mas ó menos en el propio tiempo, en medio de los mismos pensamientos de la desgracia, de proscripcion y de destierro que enternecian y desgarraban el propio corazon; nacimos en el mismo clima nebuloso, á la orilla y mecidos con el ruido del océano; nuestros pensamientos volaron juntos á los espacios imaginarios, buscando y perdiendo sucesivamente los mismos asilos: vivimos ambos en seguida en esos mismos palacios, y en esas ciudades de Roma, que ha sido nuestra tercera patria; hemos vivido juntos, como dos plantas de un clima frio trasplantadas al Mediodía, creciendo nuestros cuerpos, nuestros ojos y nuestras almas al sol de tu Italia; sin embargo, hemos alimentado siempre ambos, los lejanos recuerdos de los primeros cielos que vimos y de nuestros primeros infortunios, de manera que uno y otro hemos conservado alguna cosa sombría, triste y fria de la Bretaña, en el brillo exterior de tu Italia. Romanos en cuanto á los sentidos y bretones por el corazon, tibios como nuestro nuevo cielo, severos como nuestra antigua patria, meditabundos como estas noches, graves como nuestras nieblas: tales somos interiormente mi hermano y yo. En cuanto al exterior, al menos cuando tenía diez y seis años, y partió para la Bretaña, si se hubiera puesto mis vestidos, y yo los suyos, nuestra misma madre habría tenido trabajo en reconocernos. Yo soy su sombra, y él es mi espejo. Mas al presente la edad habrá debido cambiarlo un poco. ¡Oh! Dios mio! cómo deseo verlo, en su hermoso caballo negro y con sus armas, que me describe con tanta viveza, y con ese entusiasmo militar de nuestros bretones por su nueva profesion.

—Y yo tambien, decia Regina, cómo deseo verlo. Me parece que seria á tí á quien veria, que lo amaria como te amo, que le hablaria como te hablo, y que no me intimidaria su presencia, como no me intimida la tuya.

Y las dos amigas se abrazaban, y comenzaban á reirse y á delirar en voz baja, temiendo que el ruido de sus conversaciones despertase á las religiosas.

XIX.

La verdad, segun lo que mas tarde me dijo Regina, es que, cuando tuvo la edad suficiente para sondear con la vista su propio corazon, adorando á Clotilde, amaba ya á dos personas sin sospecharlo; á su amiga y á su hermano, que se confundia con ella en su imaginacion, de tal manera, que era imposible separar ambas imágenes: tan poderosa así es en una imaginacion solitaria, que no se alimenta mas que con una sola idea y un solo sentimiento, la represion continua en el corazon de una sola persona amada. Regina descubria en su pensamiento á su amiga para amarla mas, amando á su hermano en ella, y en ella á su hermano ausente. Nunca hubiera creido tal fenómeno, que manifiesta y dobla el ser amado, y lo habria tomado por una concepcion imaginaria de poeta, si no lo hubiese visto con mis propios ojos en el alma de Regina.

XX.

Dos años pasaron de esa manera para las dos compañeras de aquella soledad, sin variar en nada su existencia, si no es aumentando mas y mas cada día la ternura de su mutuo cariño, desarrollando su alma, concluyendo y madurando su belleza. Clotilde tocaba á los diez y ocho años y Regina á los diez y seis.

La muerte de la madre de Clotilde, á consecuencia de su enfermedad de languidez, sumergió á su hija en un dolor sordo y lento, que la consumió en los brazos de Regina. La noticia del fallecimiento de su padre y la prolongada y forzada ausencia de su hermano, fueron suficientes para terminar una vida que se habia concentrado en aquellos tres pensamientos, y que no dependia ya de la tierra sino por una raíz. Aquella última raíz debia ser tronchada tambien. Se anunció en el convento que Regina iba á salir para casarse con el principe de ***, pariente y amigo de su tutor.

En efecto, la condesa Livia fué á sacar del convento á su nieta para tenerla algunos meses á su lado, en su posesion de F..... Las dos amigas no podian arrancarse de los brazos una de la otra. Regina juraba á su abuela que preferia hacerse religiosa por toda su vida, á tener el dolor de separarse por mucho tiempo de su amiga enferma. Se le ofreció que su ausencia no seria larga, que el matrimonio seria aplazado para de allí á dos ó tres años; fué sacada casi por fuerza por la condesa Livia, por sus criadas y su nodriza. Las puertas del convento se cerraron para la pobre Clotilde. Su celda le pareció una noche fúnebre, una tumba anticipada, un silencio eterno, tan pronto como el brillo, la vida y la voz de Regina desaparecieron. En los primeros dias de Noviembre redobló su languidez, se apoderó de ella la fiebre, sus megillas se tiñeron por la primera vez con esos tintes del sol poniente sobre las marchitas hojas del cerezo; espiró llamando á su amiga y á su hermano. He visto su tumba con ese nombre francés desterrado en la muerte, en medio de todos aquellos nombres de religiosas ó novicias del Estado Romano.

XXI.

Regina, á quien habia querido ahorrarse aquel espectáculo y la desesperacion, no fué instruida sino poco á poco y mucho

tiempo después que ya no existía, de la muerte de su querida Clotilde. El ímpetu de su dolor se manifestó con gritos y sollozos, que hicieron temer por su existencia. La explosión de su primer dolor, en una alma en que cualquier sentimiento era una pasión, puso en peligro su vida. Su abuela se vió obligada á enviarla á Nápoles, para forzar á sus ojos y á su alma á distraerse de aquel pensamiento, por la diversidad de los sitios y por la agitación consiguiente al cambio de residencia. Mas ella solo vió á la imagen de Clotilde interpuesta entre su vista y la naturaleza. Su sudario se hallaba estendido sobre la tierra y el mar.

El mundo entero nunca contiene mas que lo que interiormente se ve. Causó graves inquietudes; mas su juventud y la savia de la vida, abundante y siempre renovada, que nada podía corromper ni segar, vencieron á su propia alma. Vivió y creció en hermosura, en su duelo, que quiso llevar como por la pérdida de una hermana. Se cubrió, como si fuesen reliquias de ternura, con todas las alhajas, con los cabellos, y con todas las cosas hechas por Clotilde, que habia cambiado con ella durante su larga, tierna y estrecha intimidad del convento. Brazaletes, collares, aretes, anillos, cinturones, pendientes, coral ó perlas, todo representaba á Clotilde en sus cabellos, en su cuello, en el pecho, en los brazos, en los dedos; en todas partes la tenia presente, y sobre todo, en su corazón. Habia mezclado aquel nombre como un talisman á su rosario; lo pronunciaba en todas sus oraciones, como una invocación idólatra á alguna criatura divinizada que se le hubiera aparecido en la tierra, al principio de su peregrinaje, y que debía tener una influencia celeste sobre su destino! Clotilde era el *sursum corda* perpetuo de aquella jóven. Su abuela, tan simple como buena, no contrariaba ninguno de sus dolorosos caprichos, se asociaba á todas sus prácticas de culto, á la memoria de la amiga tan adorada de su infancia, y mandaba decir centenares de misas en todas las capillas por el reposo de la alma de aquella pobre jóven france-

sa, por quien ninguna hermana lloraria en la tierra, ni en su patria.

XXII.

Al fin, y repentinamente, cambió Regina de fisonomía y pareció interiormente tranquila y consolada. Ella misma me refirió cómo se verificó inesperadamente aquel fenómeno, que llamaba como todas las italianas, un *milagro* de la Madona de Pausilippo. “Una noche, me dijo, bajé de la calesa al ruido de la campana que llamaba á los pasantes á una bendición á la capillita vecina á la gruta de Pausilippo. Entramos mi abuela y yo con el objeto de rezar. Nunca habia estado tan triste como aquel día; me hallaba fatigada de vivir en un mundo donde no se encontraba ella; pensaba yo: ¿qué me importa este hermoso país, este bello cielo, ese mar, esas montañas, estos monumentos, estos teatros, esas miradas de la multitud y esos gritos de admiración cuando paso por las calles en mi calesa descubierta? No está ella á mi lado para participar de todo esto ó para gozar de mi triunfo: deseo mejor su pensamiento en el cielo que la admiración de toda la tierra. La tierra se encuentra vacía desde que ella no existe. Yo lloraba, ocultándome como podía de mi abuela, con las manos enclavijadas ante el Divinísimo.

Repentinamente escuché, no en mi pensamiento, sino claramente, como os escucho ahora, oí una voz que me dijo: Tú sueñas, Regina; ella existe y vive para tí. ¿No te dijo que tenia un hermano, tan semejante á ella en el rostro y en el alma, que su propia madre no los habria distinguido? Su hermano, que te amará como ella te amaba, puesto que es en todo semejante á ella, y que te amaba como ninguna mujer amó jamás á su hermana gemela. ¡Su hermano que respira, que vive y piensa, que tiene los mismos sentimientos bajo las mismas facciones que

respiraba, vivía, pensaba y sentía ella! Su hermano, en cuyo corazón, si alguna vez nos encontramos, hallaré las mismas predilecciones que siento huyeron con ella, y que en ninguna otra persona encontraría sobre la tierra sino en él!

“Ese pensamiento, me decía Regina, penetró en mi alma tan repentinamente, como entra un rayo de sol en un cuarto lleno de tinieblas, cuyas ventanas se abren. Esa luz hizo aparecer en mí infinitas cosas que creía muertas y sepultadas con Clotilde. Me pareció esto un milagro obtenido por intercesión de mi amiga, tanto que me incliné de nuevo hasta la tierra para dar gracias á Dios y á sus ángeles, y besé el lugar por donde aquella hermosa aparición de su hermano me parecía haber salido para mí. Era como una resurrección de mi ternura, bajo otra forma, y por otra persona de quien esperaba ser amada, y que yo misma iba á amar tanto como á la primera.

“Al salir mi abuela me vió tan transfigurada y serena, que me preguntó lo que de nuevo tenía en mi alma. No le dije lo que había soñado, pero le manifesté que había suplicado tanto á los ángeles, que me habían consolado. Llegamos aquella noche hasta la ribera del mar en *Bagno*, del otro lado de la gruta de Pausilippo, después hasta el teatro de San Carlos; en el primer punto cada murmullo de las olas, y en el segundo cada nota de la música, parecían referirme la aparición, la voz y el murmullo de los labios del hermano de la que tanto amaba. ¡Cuánto hubiera dado por verlo! Buscaba de palco en palco y en las numerosas cabezas dirigidas hacia mí de las galerías y del patio, un rostro que pudiese recordarme las facciones de Clotilde, y si lo hubiera hallado, no habría dejado de arrojar un grito.

Al partir de Nápoles, mi abuela me condujo por San Germano á su antiguo castillo al pie de los Abruzzes. Quedé admirada al hallar á mi tutor con el príncipe de ***, y á algunos abogados reunidos, que parecían esperar mi llegada. Cierta aire de misterio y de fiesta, reinaba en la antigua habitación. En la noche tuvieron algunas conferencias mi tutor y mi abuela. Esta se

agitaba y lloraba, manifestando para conmigo un gozo y una alegría excesivos. No tengo valor para deciros lo demás.”

XXIII.

Estas circunstancias, sobre que tanto repugnaba á Regina decir una palabra en las interminables conversaciones que con ella tuve después, eran las de su matrimonio sorprendido y violentado con el príncipe de ***. Este era casi un viejo, pariente de la condesa Livia y poseedor de una gran fortuna; Regina debía poseer entonces una considerable, por falta de herederos varones en la familia. La reunión de aquellas dos ramas por un matrimonio desproporcionado en la edad, debía reunir inmensas posesiones en los herederos del príncipe de *** y de Regina. La abuela, que detestaba al príncipe ***, que temía al tutor, y que era á la vez violenta y débil, como las mugeres ancianas que no han tenido más que pasiones, resistió por mucho tiempo, y al fin concluyó por consentir y entregar su nieta, con la sola condición de que el matrimonio no sería más que un acto de obediencia de su parte, una especie de compromiso anticipado, ratificado por un notario y un sacerdote, y que se le dejaría á su nieta por espacio de tres años. Por otra parte, consintiendo aturdidamente en dirigirse con ella á los Abruzzes, se había quitado á sí misma todo medio de resistencia moral á aquella unión. No se hallaba rodeada más que de los amigos y confidentes del príncipe y del tutor de Regina. Era demasiado tarde para oponerse. Sin atreverse á prevenirla de otra manera que con sus lágrimas, del sacrificio de que iba á ser víctima á la mañana siguiente, la anciana la anunció al despertar, cuál era la voluntad de la familia. Una hora después, Regina se hallaba casada en la capilla del castillo de ***. El príncipe, el tutor y

su comitiva, cumplieron su palabra y se retiraron á Roma poco tiempo despues de la celebracion del matrimonio, dejando á Regina con su abuela, como una niña que no podia todavía sostener el rango de esposa y la autoridad de ama de la casa en el palacio de su marido. Su juventud sirvió de pretexto para disculpar, á los ojos de la sociedad de Roma, aquella reserva del anciano príncipe de ***. No hubo otro cambio en la vida de Regina, sino el de su nombre. Al cabo de algunos dias ella misma habia casi olvidado que no era libre. Quedó arreglado que la joven princesa de ***, viajaria con su abuela por Siena, Florencia, Nápoles y Sicilia durante la estacion del estío, y que volveria á Roma, como para concluir su educacion, al mismo convento de la Longara, donde habia pasado sus juveniles años. Su abuela se retiraria con ella para no separarse de su ídolo, que no podia producir en público, en los salones, mientras no se lo permitiera la indulgencia de su marido.

Ese plan fué ejecutado en el espacio de un año, tal cual habia sido arreglado.

XXIV.

Todo lo que he dicho hasta aquí de Regina, lo supe despues y por su propia boca; pero era necesario decirlo para explicar la visita inesperada que acababa de recibir en el fondo de los bosques de Borgoña, y dar un sentido á las cartas de Salucio, que he conservado, y de las que voy á copiar algunos fragmentos. Estas cartas manifiestan las consecuencias de la pasion de aquel niño, pasion producida por un sueño y por una estraña casualidad, cambiada en una espantosa realidad. Copio aquí literalmente las cartas de Salucio, limitándome á hacer algunas supresiones y correcciones en el estilo, que ni quitan nada á la verdad, ni añaden á la pasion. Salucio escribia mucho mejor que todos nosotros en aquella época cuando queria manifestar

su pensamiento, ó cuando se hallaba conmovido. Su educacion medio inglesa y medio italiana, le daba un acento estraño y recursos de espresiones que frecuentemente faltan á los hombres que poseen un solo idioma.

PRIMERA CARTA (DE ROMA.)

.....
..... "Si estuvieras aquí nada me faltaria. Se necesitan dos almas para abrasar á Roma; no tengo mas que una, y no sé si la poseeré por mucho tiempo. Temo que me haya sido robada en una mirada como á mi héroe del Ariosto, y que en lugar de haber sido llevada á una estrella, haya quedado en los dos ojos mas hermosos que hayan reflejado este hermoso cielo en el mes de Abril. ¡Ohime! (es una exclamacion melancólica en el idioma italiano) ¡Ohime! mi pobre hermana, no me habia repetido bastante: ¡Ohime! ¡Misero me! ¡Povero me! Todas las interjecciones del *Transtevere* no serian suficientes para manifestar lo que me oprime. Me has conocido poco poético; esta noche lo soy mas que tú, porque te escribo en lugar de dormir. No soy dueño de mi pensamiento; tampoco se halla en esta bella *poesia* del Guido que me mira, ó mas bien que mira el cielo desde el fondo de esta larga galeria que habitaba mi tío, y donde reunia sus tesoros de pintura. No, no, la poesia que he visto hoy, vive, se mueve, palpita y habla. ¡Y qué vida! ¡y qué movimiento! ¡Y qué palpitaciones las que hacen ondular su seno! ¡Y qué melodías las que brotan de sus labios! ¡Y qué lágrimas tan transparentes las que se encuentran en el globo de sus ojos! ¡O Guido Reni! has soñado una creacion bellisima; pero la naturaleza ha producido una realidad mucho mas bella que tu sueño.

"Debes figurarte que casi me he enloquecido, como me ha sucedido muchas veces con algun cuadro de Rafael, con alguna Galatea al fresco de la Farnesina, ó con alguna página de romance inglés, abierto sobre mi y que preparo como lo ha-

ciamos juntos en otro tiempo, un filtro de caprichos para embriagarme, quedando libre para romper despues la copa ó arrojar mi anillo al mar como el hombre fastidiado de Samos. No, no, no, no es eso. Es ella. Y ella ¿quién es? me dirás. ¿Quién es ella? segun la espresion mosaica! ella, la muger de quien te hablaba en Paris! ella, de quien me hablaba mi hermana en todas sus cartas; la que me fastidiaba tanto, por la repeticion de sus perfecciones en mis ojos y en mis oídos; ella, á la que llamaba mi segunda hermana; tanto así era lo que se habia identificado con la mia, en mis pensamientos; ella, en fin! Ya sabes ahora lo que quiero decir. Pues bien; mi propia hermana, se hallaba ciega, amigo mio.

“Me ha presentado á la memoria un verso tuyo, de que no recuerdo mas que el sentido:

“Su sombra contiene mas electricidad, que el cuerpo de otra muger.”

“Mas ya te he tenido perplejo por mucho tiempo; es porque siento la fiebre en mis venas. Atiende, toma y lee! como dice Taima.

“No sabia yo lo que se habia hecho aquella niña-maravilla, de quien me hablaba sin cesar Clotilde, hasta la vispera de su muerte. Creia que habia sido robada, por alguno de los cuatro vientos del mundo, muy lejos de su nido. Ya no pensaba en ella. Solo reflexionaba en el alma de mi pobre hermana, robada, durante nuestra ausencia, sin haber tenido una mano amiga para mostrarle el camino, ninguna voz amada para alentarla á la partida. Y á mí mismo me decia todas las noches al acostarme, en aquellas inmensas salas donde habiamos jugado juntos tantas veces, y donde habia resonado su voz hermosa: “Es preciso, sin embargo, que tenga yo valor, para ver con mis propios ojos la piedra de la capilla donde ha sido colocada por manos estrañas; es preciso que vea yo ese claustro, esos tristes jardines, esa celda, esos horizontes, interceptados por los cipreses, las piedras y los ladrillos, que ha

visto ella por tanto tiempo, pensando en nosotros, y que nos ha descrito tan bien, que me parece que iria yo con los ojos cerrados”. Y cuando llegaba el dia, sentia tal opresion de corazon, se resistian tanto mis piés á pasar por aquella calle, que decia: “No, hoy no. No me siento bastante fuerte ó purificado, para conversar á tan corta distancia con su alma!.....” ¡Dos veces pasé por la Longara, volviendo de San Pedro, como para acostumbrarme poco á poco, á la idea, á la casa y á la tumba!.... Una vez me atreví á levantar la mano para llamar á la puertecilla del convento; pero bajé el brazo y eché á correr, como si hubiese temido que observaban mis movimientos y llegaban á abrirme. En fin, ya sabes todas las contradicciones, niñerías y supersticiones que abrigan nuestras almas cuando se hallan solitarias. Dejé pasar un mes, dos, quince dias mas, sin atreverme á ir. Tenia el proyecto (es decir ayer, porque hoy ya lo abandoné), tenia el proyecto de partir para Sicilia, donde hay un inglés amigo de mi padre, al que me habia recomendado viesse. No tenia en el palacio la menor reliquia de Clotilde, un cabello, una alhaja, un liston, un vestido, nada; todo habia quedado en el convento despues de su muerte, segun me dijo el conserje del palacio de mi padre. No queria absolutamente separarme de Roma, sin llevar conmigo algun objeto que hubiese pertenecido á aquel ángel. Ya sabes que no soy supersticioso, como los hijos de la Bretaña, mi pais natal; pero conservo mis recuerdos y soy fiel como ellos. En las reliquias no son ellas las que amo; es el pensamiento que encierran. No sé si el pensamiento se incorpora hasta cierto punto en las cosas materiales, y le comunica una virtud secreta, sino una señal presente y visible de la virtud; una emanacion del ser ausente, que imprime al objeto dado en recuerdo, una continua presencia de amor y de proteccion. Yo divago; mas es igual, no finjo contigo el ser mas humano de lo que soy. Para hablar con claridad, lo que yo queria era una cosa real de mi pobre hermana, que pudiera oprimir contra mi corazon, llevar en el cuello, en el dedo, ó en mi

cartera. Era preciso ir á pedir aquella reliquia donde estaba. Mis deseos me dieron, pues, valor y me decidí á ir.

“En este momento dan las tres de la mañana en San Pedro; tal vez te fastidio; no obstante, continúo. No puedo dormir, y es preciso que escriba; tú leerás si quieres.

“Fui pues; ¿y cuándo? ¿Hace un siglo? A la verdad me parece que hace un siglo, y que la imágen, que se halla en este momento en mi presencia, cuando cierro los ojos, ha estado siempre. Pues bien; no hace mas que medio día y media noche.

“¡Oh! tiempo ¡tú no existes; tú no eres mas que el vacío de lo que no es, aguardando lo que deba ser! Tan pronto como se llena ese vacío, no hay ya tiempo. ¿Para qué medir lo que no existe?

“Me dirigí, pues, á las dos de la tarde, espuesto á los rayos de un sol ardiente, que me hacia buscar la sombra de los muros, y que arrojaba de las desiertas calles todo rostro humano, y llamé temblando á la puertecilla del convento de mi hermana. La puerta se abrió como por sí misma, y entré, sin haber visto á persona alguna, en una calle que conduce al patio. A nadie encontré; todos los habitantes dormían la siesta en sus celdas. La mano de una tornera habia corrido desde arriba el cerrojo de la puerta enrejada. Me juzgué feliz en medio de aquella completa soledad; una voz cualquiera habria destrozado mi corazón; lo mismo que un rostro humano que se hubiese interpuesto entre la imágen de mi hermana y mi imaginación. Miré en paz y con toda libertad aquellos muros que la habian encerrado, aquellas losas que habia pisado, aquella inmensa calle de cipreses que habia contado con tanta frecuencia, pensando tal vez en mí, aquella fuente que hervía en el claustro, y cuyo murmullo la habia despertado ó adormecido por espacio de tres años! El patio iluminado con la luz del sol, y cuyas losas se hallaban medio cubiertas por largas yerbas y alelíes amarillos, que brotaban por los intersticios de las piedras, tenía el aspecto de un *campo santo*, abandonado á las incultas vegetaciones del Mediodía.

“El ruido de mis pasos en las piedras no atrajo ningún ser viviente á aquel patio desierto, ni hizo abrir ninguna persiana en las ventanas. No sabía á quién dirigirme para hablar á la superiora, y pedirle que me dejase visitar los restos de mi hermana, y llevar alguna reliquia suya. La tornera dormía al parecer como los demás habitantes de aquel silencioso claustro. Me aventuré, esperando un movimiento ó una voz, á dirigir la vista á la parte abierta del claustro, en la fuente, en el patio, en los jardines, que no animaba el ruido de la azada, y á dar algunos pasos en el recinto.

“Percibí, en fin, á la estremidad del claustro, una gran puerta entreabierta; era la de la capilla del monasterio, de que mi hermana me habia frecuentemente hablado. Pensé que alguna religiosa que se hallaba meditando en la capilla, habia sin duda dejado abierta aquella puerta, y que el ruido de mis pasos la arrancaría de sus piadosas prácticas, y que me indicaría la persona del convento á la que debia dirigirme. Dí algunos pasos en el claustro; humedecí mi mano al pasar por la fuente, en aquella agua que por tantos años habia refrescado la frente de Clotilde, y tomé una poca en el hueco de mi mano en memoria suya; empujé la puerta, y entré haciendo resonar espresamente mis pasos, bajo la pequeña bóveda, consagrada á las devociones de las reclusas. Creía que aquel ruido atraería á alguna de ellas; mas no habia ninguna en los bancos. Sus lugares se hallaban marcados con libros de oraciones, que habian dejado en sus reclinatorios. Un altarcillo en el fondo, adornado con flores artificiales, plantadas en urnas de mármol doradas, dos ó tres pinturas místicas, colocadas en cuadros de madera negra y colgados en las paredes blanqueadas con cal, una balastrada de ciprés que separaba el coro del resto del edificio, un piso formado de losas, de las que algunas estaban labradas con escudos y figuras, y otras no contenían mas que una cruz dibujada en la piedra, con un nombre y una fecha; he aquí todo lo que contenía la capilla. Los rayos del sol, cayendo á plomo por los vidrios

de una bovedilla que estaba sobre el altar, atravesaban perpendicularmente todo el fondo del recinto como dos canastillos de agua, cayendo en las losas al pié de la balaustrada, y corrían á mis piés como una cascada deslumbradora en las esculturas. A la claridad del cielo, y á la luz de ese cirio eterno, como lo llamas en tus versos, leí el nombre de *Clotilde* y la fecha de su muerte. Me precipité primero para abrazar aquel lecho de luz, donde ella reposaba, y donde el sol parecía ir á buscarla para reanimarla con sus rayos. Mucho tiempo despues de haber pronunciado mil veces su nombre llorado y orado sobre su tumba, fué cuando noté una diferencia, que al principio no habia llamado mi atencion, entre aquella losa y las que cubrian los otros sepulcros esparcidos en la iglesia. Era de mármol, y contenia una porcion de flores todavía fragantes, y que parecían renovadas con frecuencia. No puse mucha atencion en aquella distincion de culto entre los sepulcros, y permanecí arrodillado no sé cuanto tiempo sobre la losa, con los codos apoyados en la balaustrada del coro, y el rostro humedecido con mis lágrimas.

“Sabes que no soy lo que se llama un devoto; mas cuando se halla uno de rodillas, en la tumba de la persona que mas se amó en el mundo, iluminando la cabeza un rayo del sol poniente y ante el pensamiento el problema terrible de la eterna separacion ó de la reunion eterna, no se resuelve por la reflexion, sino por medio del corazon, amigo mio, se ama, se llora, y se fia uno en su amor y en sus lágrimas. Todo hombre en ese caso, se halla á pesar suyo bajo la supersticion de su ternura. Si no cree nada, ni siente, entónces siente y cree todo. Yo me hallaba deslumbrado con la vision de la inmortalidad, donde veia á mi hermana, como si hubiese formado parte de sus rayos; le hablaba como si me hubiese contestado en el eco de mi respiracion, en aquel vacio de mármoles sonoros: ¡ah! ¡cuántos minutos ú horas pasaron de aquella manera! No lo sé, creo que estaria allí aún, sin el suceso que voy á referirte.

(¡Pero gran Dios! no he comenzado todavía y ya va escrito un

volúmen. ¿Que pensarás de mi locuacidad? Piensa todo lo que quieras; es preciso que yo trace, sino por ti, al menos por mí, está hora, sobre la que desde hoy van á gravitar para siempre todas las que me quedan de vida.)

“Oí un ligero ruido, causado por los goznes de una puerta; creí que era el viento del *Ave María* que corre al ponerse el sol, y que hace mover las persianas en la soledad de las calles de Roma; ni aun siquiera me moví. Escuché el roce de un vestido de seda contra la pared; pensé que eran los pliegues de alguna de las cortinas de las ventanas, que rozaban los vidrios. Mas no levanté la cabeza, llegó á mis oídos el ruido de unos pasos ligeros, lentos y acompasados, que parecían adelantarse, vacilando hácia el banco de madera, cuya plancha superior, que sirve para apoyar las manos, ocultaba sin duda á la persona que llegaba á orar, mi cabeza inclinada sobre la balaustrada del coro. Pasé la mano por mis ojos, á fin de borrar las lágrimas que de ellos brotaban, aparté los cabellos que cubrian mi frente, y me levanté, volviendo mi rostro hácia el lugar por donde habia creído oír los pasos.

“Amigo mio: no fué mas que un relámpago, una vision, una alucinacion, todo lo que quieras; pero aun cuando viviese por millares de años, y aun cuando poseyese el pincel de Rafael, el cinzel de Canova, el clavicordio de Rossini y la pluma del Petrarca, aun cuando escribiese, cantase, pintase y esculpiese mi pensamiento, infinitas ocasiones no podria igualar jamas lo que ví en aquel instante.

“Una jóven como de diez y seis años, vestida de negro, cual un ciprés que sale de un enlosado de mármol, grande y flexible, unos hombros que se distinguian entre la red de los oscuros encajes, unos brazos torneados, un talle delicado y robusto al mismo tiempo, que hacia brillar la cubierta de seda, que se unia á las líneas de su cuerpo, como el tejido de la yedra, destrozado por varias partes, por efecto de la blancura del mármol, que reúne á las rodillas y á los cuadriles de una estatua en el jardin Pam-

plili; la cabeza un poco inclinada, las manos unidas por medio de sus dedos entrelazados sobre las rodillas, sosteniendo uno de esos hermosos ramilletes de todos colores, que las paisanas de Albano venden en Roma, y que entretejen como un mosaico de flores; cabellos unidos en dos ó tres hermosos rizos, en la cabeza por medio de dos fistoles, semejantes á dos puñales pequeños con mangos de perlas. Aquellos cabellos rubios, reflejados por el sol, deslumbraban la vista, como si fuesen hilos metálicos ó cintas de oro. En cuanto al rostro, ni siquiera trato de describirlo; borraría tantas palabras cuantas escribiese para pintar lo inesplicable; además había al rededor de todas las facciones, de todas las líneas, de todas las tintes de la piel, de todas las espresiones de la fisonomía, una atmósfera y como un reflejo del alma, de juventud y de vida, y tal esplendor, que no se veían aquellas facciones, ó si se veían era á través de un deslumbramiento, así como no se ve el hierro ardiente sino á través del vapor producido por la fragua. Aquel rostro traspasado de parte á parte por la luz, tan límpida era su encarnación, se confundía de tal manera con los rayos, por la transparencia y el color blanco y rosado de la frente y de las mejillas, que no podía decirse lo que pertenecía al sol y lo que correspondía á la muger: dónde comenzaba y dónde concluía el rayo del cielo y la creatura celeste. Era, si te parece mejor, una encarnación de la luz, una transfiguración de los rayos del sol en un rostro de muger, una sombra de la fisonomía entrevista en el fondo de un arco-iris de fuego! ¡Bah! borra todo esto ó no lo leas; era lo que tal vez has soñado en la hora mas amorosa de tus inspiraciones, para formar de una mirada un corazón insensible en el cuerpo de un hombre. Lo que no has podido decir nunca; lo que Rafael entrevió en sus últimos toques, cuando se hizo mas hombre y menos místico; un rostro entre la Virgen y la Fornarina, divino por su belleza, femenino por el amor; unos ojos que si os hubiesen visto, habrían atraído vuestra alma á los vuestros para consumirla en un instante como un relámpago. Borra,

borra, amigo, no es esto todavía, porque el relámpago destruye, y ese rostro embriaga y atrae. No era el relámpago, sino mas bien la evaporación repentina del alma, hacia la divinidad del atractivo. Rompo mi pluma y maldigo las palabras: no es nada de esto. Es todo lo que he dicho y mucho mas; en fin, ¡es ella! Supon que no he dicho nada de lo que has leído.

“Tuve tiempo (si existe ante semejante aparición, y creo que no); pero en fin, tuve lo que se llama tiempo de ver con toda claridad la encantadora figura que se adelantaba descuidadamente, con los brazos colgados y sus ojos fijos en el embaldosado de la iglesia. Las estatuas de piedra que se hallaban en los nichos, tras el altar, no se encontraban mas inmóviles que yo. No creo que mi respiración levantó una sola vez mi seno, desde que mi vista se fijó en ella. Hubiera querido que se adelantase siempre, y no se aproximase jamás. Me parecía que ella se llevaba mi vida, y que el primer gesto, el primer grito, iban á hacerla desaparecer.

“Sea que estuviese absorta en su pensamiento, ó que el rayo que caía á plomo, por la bovedilla del claustro, que se reflejaba en el oro y el mármol del altar, deslumbrase sus ojos, no me veía todavía, aunque se hallaba á seis pasos de distancia. Sin levantar la cabeza, y cuando llegó á la orilla de la losa de la tumba de mi hermana, se arrodilló. Depositó suavemente en el mármol el enorme ramillete que llevaba en sus manos, como si hubiese temido que el ruido de las hojas de las rosas, colocadas en su sepulcro, despertase á la muerte que allí descansaba. Permaneció en seguida un momento inmóvil y en silencio, mirando la piedra y removiendo ligeramente sus labios, donde creí percibir el nombre de nuestra querida Clotilde.

“No puedo decirte lo que pasó en mi viendo que no sé qué parentesco fúnebre existía entre aquella alma revestida de un cuerpo celeste y la mía, y que antes de habernos visto, nos unía un sentimiento común, en el culto de mi hermana. ¿Sería, pensaba yo, esa Regina de quien fué Clotilde tan amada? Mas

Clotilde me escribió, poco tiempo antes de su muerte, que habia perdido á Regina, que iba á casarse con un príncipe. Aquella figura encantadora no tenia cosa alguna de la muger. Sus cabellos rizados, su vestido negro, el cuello libre y sin ningun adorno, era el traje que usaban las jóvenes romanas. ¿No podia ser Regina!

“En el momento en que me preguntaba quién podia ser, levantó la cabeza para saludar el altar antes de retirarse, y me vió. No arrojó ningun grito; sus ojos permanecieron fijos, su boca entreabierta, sus brazos estendidos hácia mí, como los de una sonámbula; la palidez del mármol cubria sus facciones, sus brazos cayeron á lo largo de su cuerpo, inclinó su cabeza, flaquearon sus piernas, y no pudiendo soportar el peso de su cuerpo, cayó sentada, con la mano izquierda apoyada en el sepulcro de Clotilde, para sostenerse y sus ojos fijos en mí. Me lancé al lugar donde estaba y la sostuve en mis brazos. ¿Qué puedo decirte de lo que pasó en mi alma, al sentir el ligero peso de aquella muger, que no se habia desmayado, y que se apoyaba fatigada sobre mi corazon?”

“No tuve mas que el tiempo suficiente para sacarla y hacerla aspirar el aire libre, no fué mas que un deslumbramiento; recobró al momento su color, el movimiento y la voz. Se apartó sin cólera y sin sobresalto de mis brazos, como si hubiese creído que se hallaba en un lugar seguro. Vió la losa del sepulcro de Clotilde, en seguida me vió á mí, despues la tumba y así sucesivamente. Hubiérase creído un pintor que confrontaba un modelo con un retrato. Lanzándose repentinamente del coro, con sus ojos fijos constantemente en mi rostro: ¡Oh Clotilde, es él, porque es tu retrato!—dijo. Y con una volubilidad infantil y balbuciente añadió: ¿No es verdad, señor, que sois el mismo? Pues bien, yo soy Regina! Su amiga, su hermana, su hija en la tierra. ¡Ya lo veis, vivo todavía en ella, con ella y para ella! Cuando recojo flores, una es para mis cabellos, y las demas para su tumba. ¿No me reconocéis como yo os he reconocido al

instante? No me habeis causado pavor: ¡Oh! no; su fantasma no me espantaria. Me siento al presente tan tranquila y tan acostumbrada á vuestra vista, como si fuésemos hermanos!

—“¡Oh, Señorita! exclamé yo, me permitís daros esos nombres de hermana y amiga.

—“Llamadme Regina, os lo suplico, me dijo, juntando sus dos manos; como para suplicarme, así creeré mejor que es Clotilde. Ella no me llamaba señorita. Tampoco yo os diré señor, sino que os llamaré *Salucio*!

—“¡Oh! Regina, le dije, sentandola en uno de los bancos del claustro, y cayendo en seguida de rodillas á sus pies ¿sois vos? ¿Me esperábais en el lugar donde se halla mi hermana?

—“¡Oh! no os esperaba, os invocaba, contestó, tomando mis manos entre las suyas, con la inocente confianza de un niño que no vacila jamas entre la conveniencia y el primer movimiento. ¡Vos no lo sabeis, pero ella sí lo sabe (mostrando con el dedo la losa fúnebre).” “Os invocaba todos los dias sobre esa piedra. Decia yo á Clotilde: Si quieres que viva, envíame tu imágen y tu corazon, en la imágen y en el corazon de ese hermano que tanto amabas, que tanto se parece á tí. Y ella me respondia; añadió con un gesto de afirmacion indescriptible.

—“Sí, ella me respondia: no sé qué cosa desconocida me advertia que resucitaria en vos para mí, bajo las facciones y bajo el nombre de su querido *Salucio*! ¿Es verdad? ¿Me engañó ella prometiéndomelo? ¿Seriais para mí un amigo, como ella lo fué?

—“Soy yo el que ahora cree en el milagro, Regina; exclamé. Un amigo, un hermano, un.

—“Callaos. Me dijo, poniendo un dedo en su boca, y cubriendo su brillante fisonomía con un velo que pareció estenderse sobre sus facciones. ¡Soy casada! Soy princesa de*** A lo menos lo dicen en Roma, aunque mi corazon no me lo repite. A nadie lo he dado, escepto á Clotilde; lo he conservado solo para mí, ya veis, para volverlo á la persona

para quien ella lo queria. Es ella, la que os dijo que viniéseis, ¿es verdad?

“En fin, mil cosas vivas, inocentes, infantiles, aturdidas, repentinas, inesperadas, embriagadoras, que una jóven de los Alpes no diria en diez meses, aun cuando lo pensase! Era yo el que me encontraba asombrado. Ella la que me tranquilizaba, la que me suplicaba, y me familiarizaba con ella, como si hubiese sido simplemente una hermana vista despues de una larga ausencia, una hermana mayor con la que habria tenido los arranques de ternura y las puerilidades de la infancia!

“Y todo esto salia de una mirada, donde brillaba el cielo, bajo un rocío de lágrimas de alegría; de un corazon que veia latir bajo su ligero vestido de seda, y cuyos latidos habrian marcado, sin que yo lo advirtiere las horas de la eternidad! Me detengo. No puedo ya escribir; no puedo hacer otra cosa que abrir mi ventana, dirigir los ojos hácia esas estrellas desde donde mi hermana ha enviado ese divino rayo sobre mi vida, y ver correr el Tiber, que jamas ha llevado en el brillo de sus olas semejante deslumbramiento de los ojos de un mortal. ¡Otra vez te diré lo que le respondi!

“P. S.—Es suficiente que sepas que esta conversacion en el jardin del claustro, con los ojos fijos en la tumba de su amiga y de mi hermana, en el silencio luminoso del medio dia, duró sin ser interrumpida hasta el *Ave-Maria*, que su nodriza, que la buscaba en vano por los jardines, la encontró, en fin, sentada á mi lado; que me condujo con el mayor cariño hácia aquella muger que la adora arrojándose en sus brazos, palmoteando y gritándole: “Es él”, que me presentó á su abuela enferma, por quien fuí acogido como un hijo; que me condujo á la celda de mi hermana que ella habita hoy, y en la que existen sus recuerdos; que se puso de rodillas delante de un retrato de Clotilde, colgado al pié de su lecho, y que le dijo cubriéndolo: Ya no tengo necesidad de tí; tengo tu imágen viva. ¡El está aqui! ¡Yo soy! míranos. ¡Vamos á amarnos como en otro tiempo, en tu nombre!

“Que, en fin, me refirió con lágrimas de despecho y un aire de incredulidad su matrimonio, que no parecia alarmarla seriamente sobre su porvenir; que pasé la tarde con la abuela, la nodriza y ella, en el jardin del convento y en el terrado, hablando de Clotilde; que la puerta del convento se abrirá todos los dias para dejarme entrar libremente á conversar de mi hermana; que hago parte de la familia como si su querida Clotilde hubiese verdaderamente resucitado en mí para ellas! Que tengo deslumbrada la vista, el alma embriagada y el corazon anegado de sensaciones! Que he vivido mas en esta tarde que en los veintitres años de mi vida, y que si Dios me propusiese escoger entre un siglo, elegido por mí sin ella, y el minuto en que he visto á Regina adelantarse con el ramillete fúnebre en la mano, hácia la tumba de mi hermana, levantar en seguida su iluminado rostro para verme, no vacilaria, amigo mio, escogeria el minuto! Contiene mas delirios que los que una eternidad pudiera producir! Adios, adios, adios!”

SEGUNDA CARTA. (ROMA.)

Guárdame estas cartas: serán una huella de mi vida, que corre ahora con tanta celeridad, si alguna vez volvemos á vernos.

“Desde que te escribí mi encuentro con la amiga de Clotilde, nos vemos dos veces al dia. Por la mañana, cuando todo reposa y durante la siesta, en la *Longara*, paso á una hora convenida, bajo las ventanas de una callecita desierta del convento, que se estiende poco mas allá de la puerta. Hay allí un *belvedere* (azotea) cuyo enrejado de madera ha destruido en gran parte el tiempo y que impedía antiguamente á las novicias el ser vistas por los pasajeros, cuando se paseaban en aquel lugar; Regina, que llega sola y libremente por el corredor de su celda, ha aumentado con sus hermosas manos la brecha del enverjado; ha formado una

verdadera ventana por donde pasa con algun trabajo su cabeza, que queda de ese modo rodeada de yedras y campanillas entrelazadas en las barras. Conoce mis pasos en la calle, pasa su brazo por la abertura y deja caer sobre mi cabeza un puñado de flores, ó una hoja seca solamente, ó un grano de arena, en fin, cualesquier cosa. Me detengo; ella ve si yo he recogido; paso al otro lado de la calle; distingo sus hermosos ojos abiertos, semejantes á dos urnas azules que se agregan á la cortina formada por las flores y enredaderas; veo sus cabellos dorados como los filamentos de una planta desconocida. Nos miramos inmóviles, moviendo solamente nuestros labios, que producen palabras mudas, confianzas y sonrisas llevadas por el viento. Permanecemos así hasta que alguna persiana importuna se abre en la fachada de alguna casa vecina ú oigo los pasos de algun raro pasajero, que retumban en alguna de las estremidades de la calle. Entonces ella se retira; yo continúo mi camino, y entro al palacio de mi padre con una embriaguez que no me abandona en todo el dia.

En la tarde, á la hora en que los romanos salen en sus caleas para el teatro el *Corso* ó las *conversazioni*, á que yo no concurre, soy admitido por la tornera, como un pariente de la familia, en la habitacion de la princesa, que no está sujeta, sino en parte, á las reglas del claustro. Encuentro á Regina que me espera en él, ó junto á la fuente, le beso la mano con el respeto que un extraño debe hacerlo á una muger, y con la dulce familiaridad de un hermano. Me conduce al lado del sofá en que se halla su abuela; conversamos pacíficamente y con toda libertad delante de esa anciana, que parece rejuvenecer al contemplar nuestra loca alegría, semejante á la de los niños felices. De cuando en cuando solamente nos dirige á mí y á Regina una triste mirada; ve despues el reloj y parece que piensa, sin decirnoslo: “¿Cuánto tiempo durará esta felicidad? Porque dentro de dos años el príncipe de ***, debe enviar por su nieta para que viva á su lado con el título de su esposa.”

“Cuando Regina observa esa inquietud y adivina el pensamiento de su abuela, se levanta, se dirige con mucho silencio al lugar donde está el reloj y detiene la aguja mirando á la condesa Livia. “No, no, dice con esos gracioso ademanes italianos y moviendo los labios como un niño; no, abuela, no penseis en esto! Os digo que no vendrá jamas! No me habéis de ese miserable príncipe; me hace odiar mi título. Soy Regina y no su princesa! ¡No, no lo seré jamas; me burlo de sus *sbirri*; mi corazon es solo mio, y lo daré á quien quiero! Y me ve con aire de inteligencia, sonriéndose, como si deteniendo en efecto la manecilla, la caprichosa hubiese detenido el tiempo!!!.

(Faltan aquí siete ú ocho cartas de Salucio, en las que me refiere las escenas monótonas de su felicidad y el desarrollo de la pasion de ambos amantes.)

DECIMA CARTA. (ROMA.)

“Conoces la ciudad *Pamphili*. Tal vez recordarás, que fuimos un dia juntos en el mes de Abril, y que mirando al fin de la calle de pinos, el declive de césped, que descende hácia las chozas, y termina en el llano nebuloso en que solo se distinguen los arcos amarillos de Travertín, y los arruinados acueductos, me decias: “¡Esto es demasiado hermoso para el hombre! ¡Solo el amor es digno de habitar aquí.”

“Pues bien, ¡profeta! no es esto demasiado bello; el amor ha venido y embellecido mil veces esas escenas melancólicas de la ciudad, que llamabas el jardín del infinito!

“Venimos frecuentemente al ponerse el sol, por el Mediterráneo, mientras que los romanos y extranjeros corren al *Corso*, entre dos paredes que interceptan la salida del polvo. Como la princesa de*** está obligada á habitar el convento, la conde-

sa Livia no se pasea sino en los lugares desiertos como Albano, Tivoli, Frascati, los monumentos y los jardines de Diocleciano, en la tumba de Cecilia Metella, en los campos de la Sabina, y en todos los puntos donde no nos encontramos mas que ella y yo. Como soy poco conocido en Roma, paso, cuando nos encuentran, por un sobrino de la condesa Livia, recién llegado de Sicilia, para servir de compañero á su tia. Mis cabellos negros y mis facciones meridionales hacen verosímil esta version.

“Esta tarde dejamos á la anciana condesa y á la nodriza en la calesa, en el boulingrin de la entrada de la ciudad, internándonos Regina y yo, como lo hacemos ordinariamente, en las inmensas calles de laureles, que descienden hasta perderse de vista, desde el plano de la ciudad hasta el valle. Eramos, en esa hora, que los italianos encuentran peligrosa, los únicos habitantes de esos salones de verdura. Las paredes y sombras que forman las hayas, mezcladas de laureles, los recodos de las calles, las estatuas, las conchas, las perspectivas de mármol que interrumpen de cuando en cuando la uniformidad, nos ocultaban á todas las miradas. Gozábamos de ese aislamiento y esa seguridad de la dicha que hace creer, que dos personas que se aman, son las únicas criaturas animadas, los únicos puntos sensibles de toda la naturaleza.

Nos internábamos lo mas lejos posible en aquellos laberintos, para que ningunos ojos sino los del firmamento, esas estrellas que iban á aparecer, pudiesen fijarse en nosotros. Regina recogia en los céspedes las flores del otoño, y me las confiaba, formando ramilletes, para conducir las al carruaje, y que embalsamasen por la noche el terrado que estaba delante de su aposento. Mis manos se hallaban ocupadas. Corria delante de mí; hacia volar las merlas ya dormidas, que atravesaban las calles chiflando, y rozando con sus alas azules las manos estendidas de Regina. Las tintas rozadas de los vapores de la tarde, que flotaban en el horizonte, por el lado del mar, se reflejaban en su frente, en su cuello, en sus hombros, en sus manos, como

un fardo celeste caído de lo alto del cielo, sobre la mas divina forma de la naturaleza. Sus cabellos, que levantaba, y que se desataban sin cesar por efecto de la carrera, caian en trenzas humedecidas por el rocío, sobre sus mejillas y espaldas. Se hubiera creído que salia de uno de esos baños de Diana, supuesto que murmuraban las ondas de los canales á sus piés. Jamas aquellos jardines habian visto muger mas hermosa, ni habian sido visitados por una imágen mas completa de la alegría, de la juventud y del amor. No comprendia yo al verla, que el dolor se atreviese jamas á arrojar su sombra sobre un perfil tan hermoso. Me parecia inviolable, tanto para la desgracia como para la muerte.

“Cuando se hallaba cansada se colgaba con sus dos manos de mi brazo, ya cargado de flores, y se apoyaba, aumentando el ligero peso de su cuerpo, para hacerme sentir mejor que ella estaba allí, y para que ella misma sintiese tambien que yo la sostenia. Se divertia en acortar por momentos sus pasos, como si se hubiese hallado muy cansada para caminar con celeridad; repentinamente abandonaba mi brazo, y con una risa que necesariamente se hacia comunicativa, me desafiaba á que la alcanzase, y se lanzaba corriendo delante de mí, en la arena de las calles.

“Dejaba despues que yo me adelantase, y me suplicaba entonces, fingiendo estar muy cansada, que la esperase: se acercaba con las manos unidas en la actitud de la melancolia mirándose y pareciendo querer arrojar alguna imágen importuna de su pensamiento; despues levantaba y sacudia repentinamente la cabeza, con un impetuoso movimiento de impaciencia, y exclamaba: “No, no quiero pensar en ello, Salucio; tenemos un porvenir de dos años!

“¿Pero comprendes, le decia yo, lo que será para nosotros la vida, separados uno de otro, despues de dos años de esta inmensa felicidad!

—“Clotilde se halla en el cielo, me respondia, mostrándome

con el dedo una de las estrellas que comenzaban á iluminar el firmamento por entre los inmensos parasoles verdes de los pinos de Italia.—La que nos ha reunido sabrá protegernos.

—“¿Piensas en lo que será para mí la soledad del palacio de mi padre, despues de las noches pasadas á tu lado? ¡Oh! ¿Por qué si Clotilde debia proteger este amor, ha dejado interponerse entre su amiga y su hermano la sombra amenazante de ese hombre que reclamará algun día, en nombre de la ley, lo que el corazon y la voluntad no le han concedido?”

“El príncipe de ***, en este momento no habita Roma: viaja por Inglaterra y América para estudiar las mejoras agrícolas, que desea introducir en sus dominios del Estado romano.”

DECIMATERCERA CARTA. (ROMA.)

“Pasan los días y las noches y nada cambia en mi felicidad. Este es el motivo por qué no te escribo sino raras veces: temo fastidiarte con mi dicha. Hace algunas semanas que habito la misma casa que Regina y su abuela en Tívoli.

“Los médicos han aconsejado á la condesa Livia, que respire para fortalecerse, el aire puro y vivo de las colinas. Ha alquilado por algunos días el palacio de *** en Tívoli. Me ha permitido el ocupar una habitacion pequeña situada sobre la que ella ocupa, en el propio palacio. Desde mi ventana veo el balcon de Regina, donde su abuela se sienta todos los días, cuando el sol ha dado vuelta al ángulo del palacio. Tú conoces Tívoli. Nos hallamos en la última grada de la colina, dominando el templo de la Sibila, las grutas, las cascadas, y ese valle desde donde el murmullo y los vapores de las aguas se elevan confundidas y llegan á los arco-iris que dan vueltas durante todo el día! ¿Teníamos necesidad de ese aumento de vértigo para deslumbrar eternamente nuestras almas?”

“Veo desde aquí el llano opuesto del otro lado del valle, las aguas, las verdes encinas, las rocas pardas, las frondosas higueras y la ermita de los franciscanos, que fué en otro tiempo la casa de Horacio, donde escribiste un día tus primeros versos. Este recuerdo tuyo en medio de mi dicha, completa mi felicidad. Me figuro que te hallas á mi lado, mirándome y regocijándote conmigo de que la fortuna me haya dado por teatro de mi amor uno de los sitios mas divinos de la tierra. Cuando el alma está llena tiene necesidad de derramarse á su derredor, en una naturaleza tan espléndida como sus pensamientos. La naturaleza es la decoracion de la vida, y no hay vida mas feliz ni decoracion mas hermosa!”

DECIMACUARTA CARTA. (ROMA.)

“Mi felicidad era demasiado grande para ser durable..... Tu piedad es ahora la que necesito. La condesa Livia ha recibido del gobierno la orden de volver á Roma, de observar la vida recogida del convento con su nieta, ó dejarla sola en él hasta la vuelta del príncipe de ***, que reclamará su muger. Esto proviene de los amigos del príncipe, que se han informado y quejado de la asiduidad de las visitas de un extranjero á la familia. Las órdenes de la policia son aquí absolutas; ha sido preciso obedecer. La condesa ha dejado Tívoli; ha vuelto á su palacio de Roma con el fin de estar libre para reclamar y hacer obrar á sus amigos con el gobierno. Regina se ha encerrado con su nodriza en el convento. He partido públicamente para Florencia, siguiendo sus consejos, para quitar todo pretesto de acusacion y reclusión contra Regina y la condesa. Habiendo llegado á Terni, he dispuesto que mi calesa prosiga de noche el camino de Florencia; un jóven napolitano amigo mio, que va á Paris, ha tomado mi lugar, he vuelto solo y bajo un nombre su-

puesto, á Roma. No he entrado en la ciudad, para que mi palacio vacío engañe las observaciones del gobierno. Vivo oculto en la casa de un jardinero, fuera de los muros, por el lado de San Pablo, en un camino de travesía: el jardinero no es otro que el hermano de la nodriza de Regina. Tengo un cuarto cuya ventana da al campo, y que me permite gozar de la vista del vergel y de los prados, sin que puedan verme los pasajeros. Tengo libros, papel y armas; no salgo mas que de noche, cubierto con una de esas grandes capas pardas que usan los paisanos romanos y con un sombrero de fieltro de anchas alas. Me confunden en la puerta de Roma con los mercaderes de bueyes de la Sabina, ó con los viñadores de Velletri; entro y salgo sin escitar la menor sospecha para ir á deslizarme bajo los muros de la Longara. Al ruido que hacen mis zapatos herrados en el piso, una luz brilla por entre el enrejado de madera, pasa una mano; un hilo armado con un gancho desciende rozando el muro; tomo un billete de Regina, coloco en el gancho uno mio, escucho un suspiro ó mi nombre pronunciado en voz baja, cubro de besos el papel antes de soltarlo, y me alejo al oír el menor ruido; llevo mi tesoro, leo á la claridad de la luna ó de las lámparas que arden en los nichos de las *madonas*; salgo por otra puerta de Roma y me dirijo atravesando los campos á mi asilo; paso la noche y el día leyendo, estudiando é interpretando las cartas de Regina. Según dice, el príncipe de *** está en camino para Italia. Su abuela pasa su vida en la aflicción y en el llanto. Está decidida á protestar contra el consentimiento imprevisto que ha dado á esta unión, bajo el imperio de la dominación y el terror. Se prestará á todo por tal de impedir la desgracia y el matrimonio de su nieta. Ha, interesado á fuerza de dinero y de súplicas, á una parte de la familia y á personas influyentes en el gobierno. Las opiniones se hallan divididas. Litigaré y se arrojará á los pies del cardenal ***. Le causan ahora horror el tutor de Regina y el príncipe de ***. Regina me jura en todas sus cartas, que se refugiaría mas bien en la tumba de Clotilde, antes que entre-

garse á un hombre que rechaza su corazón, y concederle una vida que me habia cedido aun antes de haberme conocido. Las cosas han quedado en tal estado y no pueden permanecer así por mucho tiempo.

“¡Oh! ¿que no estuvieras aquí para aconsejarme y guiarme en este negocio? Conozco que voy á jugar mil veces mas que la vida: la vida y la reputación de Regina. Mas no tengo otro consejero que el delirio, que no me abandona á ninguna hora del día y de la noche. Hay días en que el delirio es la única inspiración posible!

Te escribiré dentro de pocos días si estoy libre y vivo aún.”

XXV.

La carta anterior habia sido la última, antes de la catástrofe que habia conducido á Salucio al castillo de Sant-Angelo, y á la condesa con Regina á Francia. He aquí de qué manera. Este drama de amor se habia desenlazado, como se desenlazan todos, por medio de los dolores y las lágrimas. Regina me refirió todos los detalles que Salucio, entonces prisionero, no podia escribirme.

XXVI.

Salucio, por conducto del hermano de la nodriza de Regina, habia logrado interesar á un pobre jardinero del Transtévère, pariente suyo, que cultivaba un jardinillo de legumbres y árboles frutales, bajo las mismas murallas de la ciudad que servia de recinto al convento de la Longara. Habiendo ordenado el gobierno á la condesa Livia que se retirase á su posesión de los

Abbruzzes, ó que se cofinase en el claustro con su nieta, la condesa, de acuerdo con Salucio y Regina, partió secretamente para los Abbruzzes. A Regina, á quien estaba severamente prohibida en lo de adelante toda comunicacion con el exterior, se le advirtió que se preparase á entrar en la dominacion y en la casa del príncipe, tan pronto como llegara. Puede juzgarse, segun la energía y la indomable fuerza de su carácter, los dolores que debió sentir, la repulsion y la cólera, viéndose reducida á sacrificar á la vez, á su abuela, Clotilde, á Salucio, su libertad, su memoria, su amor, en el mismo sacrificio de sí misma. Escribió, por conducto de su nodriza, á Salucio, estas cuatro palabras: "O la fuga ó la muerte, antes que llegue el día que me separe para siempre de tí."

Aquel día se aproximaba. Habia llegado el príncipe de ***. No solicitaba aún el ver á la princesa. Deliberaba con sus amigos del gobierno, sobre el medio de conducir por la dulzura y por la contemporizacion, á la obediencia á aquella niña rebelde. Fué informado de ello Salucio. Resolvió aprovecharse del momento de indecision del príncipe para sustraer á Regina de una tiranía que le causaba mas temor que el puñal.

XXVII.

Salucio se procuró sucesivamente, y sin que pudiese observarse su acumulacion en el mismo jardin, cuatro ó cinco de esas ligeras escalas de madera, de que se sirven los jardineros de Italia para cortar las cepas de las viñas y para recoger los racimos de los pámpanos enlazados y suspendidos á la estremidad de las ramas de los mas elevados álamos. Las deshizo; colocó aparte los escalones; unió las varas con fuertes cuerdas y construyó una escala ligera, sólida y manuable, con cuyo auxilio podía llegar hasta la altura del muro. Terminado aquel trabajo, advirtió

á Regina, por conducto del hermano de la nodriza, que á la noche siguiente, despues que se hubiese la luna ocultado, encontraria en la capilla, al lado de la tumba de su hermana, la libertad, en el mismo lugar donde habia hallado el amor y la vida.

Ayudado por el jardinero y por el hermano de la nodriza, cuyo silencio y complicidad habia comprado á fuerza de oro, á la hora fija subió al muro, en seguida la escala; la deslizó hasta el pié en la calle de cipreses del convento, descendió, se introdujo en la capilla, y encontró á Regina y á la nodriza, hizo que pasaran el muro de la misma manera que lo habia hecho él, y dejó á sus dos cómplices, con el objeto de que antes de retirarse destruyesen la escala y todas las señales del rapto en el jardin del complaciente transteverino. Uno de esos carruages pequeños de los paisanos romanos, cubierto con unos arcos de madera forrados de tela para preservarlos del sol, los esperaba en el patio de la casa del hermano de la nodriza de Regina. Un vigoroso caballo salvaje de los pantanos Pontinos, comprado con anticipacion por Salucio, se hallaba enganchado al carruage. Regina se despojó de sus vestidos de seda, se puso el vestido de lana de una de las sobrinas de su nodriza. Salucio se hallaba vestido con su trage romano y su capa de lana oscura. Llevaba sus zapatos con zuelas de madera y sus polainas de cuero negro, como los paisanos del campo de la Sabina. Habia dos fusiles y un trabuco cargado hasta la boca, en el asiento de la carreta, cubiertos con la paja.

Los fugitivos, acompañados únicamente de la nodriza, tomaron á las cuatro de la mañana el camino de las montañas, procurando seguir los menos frecuentados. Gracias al vigor del caballo, llegaron en la noche siguiente á la residencia de la condesa Livia. Esta, que los esperaba, no perdió un instante ni se detuvo gozando de la presencia de su nieta. Todo lo habia preparado para la huida. Una falúa española, fletada por su *fattore*, esperaba sus órdenes en Gaeta. Se dirigieron á aquel punto á la mañana siguiente, y se embarcaron para Génova, donde

la condesa habia advertido á su banquero que le tuviese preparado oro, un carruage y un correo.

La despedida de Regina y de Salucio, al separarse de las dos libres fugitivas, no fué mas que un corto aplazamiento de su reunion y de su felicidad. Debían juntarse seis semanas despues en Paris. Mas como la huida de Regina habria pasado por un raptó, si el nombre de Salucio se hubiese mezclado en ella, éste resolvió volver atrevidamente á Roma como si no hubiese salido, y encontrarse con afectacion en los lugares públicos y en el teatro, y desmentir de esa manera con su presencia cualesquiera participacion en el suceso de que iba el público á ocuparse.

XXVIII.

Volvió, pues, á Roma por el mismo camino y con el propio traje con que habia asegurado el raptó de Regina; pero al llegar por la noche á la casa del hermano de la nodriza, encontró en el patio una banda de *esbirros* que lo esperaban, y que se apoderaron de él antes que le fuese posible ni aun siquiera sospechar su presencia. Ya las cartas de Regina y todas las pruebas de la participacion de Salucio en el raptó de la princesa estaban en manos de los *esbirros*. Lo condujeron al palacio del *Buon Governo* ó de la policía, y despues de un corto y secreto interrogatorio, fué encerrado en el castillo de Sant-Angelo, como un criminal de Estado.

Desde aquella prision, y por medio de un oficial subalterno de la guarnicion suiza del castillo, logró dirigir á la condesa y á su hija á Génova, la carta que me habian entregado.

XXIX.

Me reuní en el *Pont-de-Pany* con la princesa y su abuela, dispuesto á acompañarlas á cualesquiera parte donde la asistencia de un amigo de Salucio pudiese protegerlas contra su aislamiento. Despues de un momento de deliberacion con ellas, quedaron persuadidas de que su permanencia en Paris á la vista del nuncio y bajo la accion del gobierno, ligado por relaciones de deferencia política y religiosa con la corte de Roma, tenia algunos inconvenientes y aun peligros. Resolvieron, segun mi opinion, salir de Francia y dirigirse á Génova por el camino de Dijon. En aquella ciudad neutral mas próxima á Italia, por el Simplon y Milán, podian con mas seguridad enviar mensajeros confidentiales á Roma, y recibir y aguardar con mas aislamiento y sin temor la libertad de Salucio y las consecuencias del proceso, que habian decidido sostener ante los jueces romanos, para contestar la validez del matrimonio y recobrar su independencia.

Tomamos, pues, juntos el camino de Génova, á donde llegamos sin el menor accidente.

Me ocupé, segun sus deseos, tan pronto como llegamos, de buscarles á las orillas del lago una casa modesta, solitaria y agradable, donde aquellas dos mugeres, que querian vivir desconocidas, pudiesen pasar el tiempo mas ó menos prolongado de su destierro. No la encontré sino á alguna distancia de Génova, en las inmediaciones de la pequeña y preciosa ciudad de Nyons. Consistia en dos ó tres piezas en el piso bajo, que comunicaban con un prado plantado de tilos y algunos cuartos en el primer piso para la condesa Livia, su nieta, la nodriza y las dos criadas que les habia yo buscado en Nyons para que les sirviesen. Un cuarto pequeño, cuyas paredes eran de

madera de abeto, colocado sobre la casucha del jardinero y separado de los aposentos principales por un vergel, me servia de habitacion, y aunque pobre en la apariencia, era deliciosa. El vergel se confundia del lado opuesto al lago, con un bosque de castaños sembrados por todas partes de senderos naturales de arena, por los que podia llegarse hasta las montañas. Una corriente que bajaba por un cañon de abeto, y saliendo por una llave de cobre caia noche y dia, con un ruido modulado de diversa manera según el viento, en un pilar de piedra donde llegaban á beber las vacas y los pájaros. Ante la fachada de la casa de la princesa, una columnata de troncos de pinabetes cortados y trasplantados en la tierra con sus cortezas, se adelantaba á distancia de algunos pasos en la arena de una calle y cubria una especie de sofá formado por un áspero tronco, á donde se colocaban los cojines del salon, y en el que la condesa Livia pasaba todas las horas templadas del dia con la nodriza. El terreno sembrado, que se inclinaba por medio de un suave declive, un poco mas lejos y cuyo horizonte no se hallaba interceptado mas que por dos ó tres hermosos fresnos, siempre verdes y copados, que parecian salir de las olas del lago. Mas allá de los fresnos, el declive se precipitaba é iba á morir en los pedregales de la orilla, cuyas piedras agitaban las olas cuando hacia viento, escuchándose el ruido de los niños que jugaban con ellas. Habia un poco mas lejos, al pié de un inmenso sauce blanco, un banco de césped colocado entre las raices del árbol, desde el cual se distinguian al frente y á la izquierda Lausane, Vevey, Villeneuve, Saint-Gingo, las gargantas del Valais y las innumerables cimas blancas de las nieves eternas que sirven como de gradas al Mont-Blanc. Regina conversaba sin cesar, preguntándome el nombre de esta montaña, despues de aquella, despues de la otra, y si del otro lado de aquella nieve se hallaba Italia; si se percibia Roma desde lo alto de aquellas cumbres y cuántos dias y horas habria de camino, corriendo siempre desde el pié de aquellos montes hasta la puerta del pue-

blo. Se veía que su pensamiento no se hallaba quieto un solo instante en aquella deliciosa morada, y que su alma recorria aquellas alturas, con mas velocidad que esos rayos rosados sobre la nieve, para ir á fijarse con una continua aspiracion, en los ennegrecidos muros del castillo de Sant-Angelo. No era seria la inquietud que sentia por la suerte de Salucio, protegido por su cualidad de extranjero contra las sevicias que hubieran podido alcanzar á un romano; pero probaba esa impaciencia de la juventud que cuenta por siglos infinitos, los minutos perdidos para la pasion.

Ni aun siquiera traté de consolarla, supuesto que yo mismo me hallaba inconsolable con otra ausencia; sabia yo por experiencia, y demasiado precoz, que el papel de consolador importuno, intempestivo, odioso, mientras que el dolor no quiere olvidarse á sí mismo, no llega á ser agradable y dulce sino despues que se ha amortiguado el sentimiento y corre al encuentro del consuelo. Vivía yo lejos de ella lo mas que me era posible, dejándola entregada á su propia voluntad, á sus sueños, á su soledad y á sus lágrimas; vagando una parte del dia por las gargantas del Jura, leyendo, escribiendo en diversos lugares algunos versos sobre las escenas deslumbradoras que tenia sin cesar á la vista, concurriendo con asiduidad, solamente por la noche, al lado de la pobre condesa Livia, cuyas fastidiosas horas trataba de distraer.

Me hice amar así de Regina con una amistad familiar y confiada, mucho mas que si yo hubiese puesto en mis continuas relaciones con ella, un apresuramiento y una complacencia servil que su belleza y su bondad habrian podido inspirar á otros. No puedo decir que no me hallase deslumbrado con una belleza á la que ninguna de las que habia visto hasta entonces en Europa podia comparársele. Miraba yo á aquella jóven como se ve una llama en los matorrales, durante el estío, admirando las luces del fuego, pero sin recibir el menor calor. Regina no pensaba en que yo era jóven; no sabia si era yo hermoso ó feo, hecho

para rechazar ó atraer las miradas; todo lo que ella sabia se limitaba á que yo era el amigo de Salucio. Ese título le quitaba toda especie de timidez. Le parecía que habia vivido íntimamente conmigo desde que habia conocido á Clotilde y amado á su hermano.

XXX.

Habia informado á Salucio, por medio de un oficial suizo, conocido mio en Roma, de la residencia que habia escogido para Regina y para su madre durante su forzada estancia en ella. Nos contestaba por el mismo conducto. Ignoraba lo que decia á Regina en sus cartas; yo veia que las leia repetidas veces durante el día, tan pronto con estremecimientos de alegría y de esperanza en el jardín, como con movimientos de cólera que parecian dirigirse al papel y que hacian algunas veces que lo arrojase al suelo y lo patease. Leia yo en sus miradas y en sus medias palabras en la mesa, que ella lo encontraba demasiado resignado á la separacion y muy convencido de las consideraciones que su misma ternura imponian á su amante por su reputacion y su porvenir. ¿Qué le importaban á ella su reputacion y su porvenir? Todo lo veia en él. Pero Salucio, que habia vivido mucho tiempo en Inglaterra, conservaba aún en el amor, alguna cosa de la sangre fria, de la delicada reserva y del sentimiento casi religioso de las conveniencias que distinguen á esa sociedad arreglada y de buen sentido. Era evidente que no queria á ningun precio, ni aun al de su vida, sacrificar el honor, el porvenir y la fortuna de Regina á su propia felicidad, si el juicio de nulidad del matrimonio, perdido por su apoderado, llegaba á restituir la princesa á su marido. Yo veia confusamente alguna cosa de esa delicadeza, tal vez un poco tardia de su parte, en las cortas y tristes palabras que recibia yo bajo la cubierta de las intermi-

nables cartas que dirigia á Regina y á la condesa. Mas las de los apoderados, agentes y amigos de Livia, no dejaban la menor duda sobre la pronta anulacion del matrimonio. Nada se oponia entonces á que Salucio recobrase su libertad, y que recibiese á Regina de las propias manos de una abuela que lo veia con anticipacion como á su hijo.

Habia, pues, esas constantes alteraciones de loca alegría y de profunda tristeza en las facciones de Regina, según el correo de Roma, dirigido á Nyons, por un banquero de Génova, traia la esperanza ó el terror á aquellos dos corazones. Los dias de alegría, Regina queria correr toda la mañana conmigo por las arenas del lago para manifestar su embriaguez á toda aquella hermosa naturaleza. Los dias de tristeza huia de mí y me miraba con ceño, como si yo hubiese sido culpable de las tergiversaciones de la suerte y de los escrúpulos y delicadeza de su amante. Seguia yo aquellos caprichos, sin contradecirlos, y compadeciéndolos en el fondo de mi corazon. Cuando la pasion es justa, no es pasion. A la mañana siguiente se escusaba de su injusticia para conmigo, por medio de las mas vivas familiaridades. Soportaba todo esto como si lo hubiera soportado de una hermana, porque comenzaba á tener el presentimiento de alguna desgracia para ella. La trataba como se debe tratar á los desgraciados, á los enfermos y á los niños, que no son responsables de sus sensaciones. Las suyas se hacian tumultuosas como el aire cargado de dudas que comenzaba á pesar sobre ellas. El juicio debia terminarse dentro de algunas semanas: tardaba la correspondencia.

XXXI.

El banquero de Génova me advirtió en secreto que tenia que entregarme personalmente una carta, y que le estaba prohibido

confiarla á otra persona. Tomé un pretexto para dirigirme á Génova, con objeto que Regina y su madre no pudiesen sospechar el motivo de mi viage. Habiendo llegado, corrí á la casa del banquero. Me entregó un paquete voluminoso de Roma. Tomé el camino de Nyons y abrí el paquete. Contenia una larga carta en cinco ó seis fojas para mí, y otra mas corta para Regina. No debía entregar esta última sino con preparacion y cuidado, y despues de haber tomado conocimiento de la que se me dirigia. Yo me hallaba solo en uno de esos carritos suizos que habia tomado en Nyons. Leí la mia sin que nadie me distrajese. He aquí algunos de sus párrafos:

DECIMAOCTAVA CARTA DE SALUCIO.

“ROMA, Palazzo.

“He cumplido con mi deber, amigo mio, pero conozco que lo he hecho con riesgo de mi existencia. No importa; he cumplido con mi deber, y mi conciencia aprueba lo hecho, á pesar del tormento de mi corazon. Parece que hay en mí dos existencias, de las que una ha sido el verdugo y la otra la victima. Todo está concluido, Regina es libre; puede ahora volver á Roma con la pobre condesa, entrar en el palacio ó en las posesiones de su abuela; viajar ó vivir en su patria, sin ser reclamada, obligada, ni inquietada en su independencia por el príncipe. Una palabra de mi boca ha reconquistado su nombre, su libertad, su fortuna y su patria. ¿Podia yo vacilar por mas tiempo en pronunciar esa palabra? Apelo á tu rectitud. ¡Pronuncia! Pero no, no pronuncies, porque lo hecho no puede ya cambiarse. Yo mismo he fallado, y si me arrepintiese un solo minuto de la sentencia que he pronunciado contra mí mismo, seria el mas

cobarde y mas egoista de los hombres. Quiero morir en fuerza de mi dolor, pero no de vergüenza!

“La víspera de la decision del proceso de la princesa, mis agentes recibieron proposiciones de los del príncipe de ***. Vinieron por la noche á trasmitírmelas, acompañados de un miembro influente del gobierno. He aquí las palabras que me dirigieron en nombre de la parte contraria:

“El proceso de la princesa de ***, cuya única causa sois vos, en el que va á aparecer vuestro nombre, y en el que será invocado vuestro testimonio de hombre de honor, debe decidirse mañana. No podemos negar que á pesar de nuestros esfuerzos, no podemos ver ese juicio sin terror. Los precedentes, las costumbres, los jueces, las principales familias de Roma, vuestra cualidad de extranjero, todo depone contra vos, ó mas bien, contra la princesa y su abuela. Seremos condenados. La sentencia será el convento perpetuo para esa jóven que adorais, ó el destierro sin esperanza de volver á Roma, con la pérdida de todos sus bienes en Italia. Vos la amais, debemos advertiroslo. Esta es la suerte que preparais á vuestro amor. ¡Reflexionad! No queremos hablaros de las manchas con que va á empañarse el nombre de esa niña de diez y seis años, por las revelaciones y testimonios de dos hombres del pueblo, que han tenido participio en el rapto, y que expian su complacencia por vos, en la prision. Ese nombre va á ser mañana arrojado con escándalo en Roma, y necesariamente en Europa. Tiene, como os lo hemos dicho, diez y seis años: reflexionad cuántos le quedan para sufrir su proscripcion y sus humillaciones ante todo el mundo.

“El dolor, la huida y los climas extranjeros, van á destruir bien pronto en las lágrimas la poca vida que le queda á su abuela. ¿Qué porvenir se presenta á una jóven tan hermosa, con el nombre que lleva, y á su edad? ¿Vos la protegéis, os casareis con ella, decís? Mas ¿lo habeis pensado bien? ¿En qué país, y bajo qué comunión consagrará un magistrado ó un sacerdote el matrimonio de una muger cuya primera union haya sido declarada válida, por los tribunales de su misma patria? ¿Y si la princesa Regina no puede ser jamas vuestra esposa, con qué nombre os uniríais á ella?.... ¿Quién recibiría en su casa á una muger que no puede ser esposa y que os atreveríais á presentar como concubina?.... Pensad en ella y no en vos. En cuanto á nosotros, nos es imposible dejar de estremecernos con el nombre que la sentencia de un juez prevenido y la casualidad de un juicio, van á dar mañana á la muger que amais mas que vuestra vida!

“En la irresolucion que las opiniones enunciadas con bastante claridad por los principales jueces del negocio nos han colocado hace dos dias, hemos recibido proposiciones de los agentes encargados de sostener la causa del príncipe. Este, como lo sabeis, no quiere, ni ha querido, al contraer ese matrimonio, mas que la fortuna de la princesa, asegurada, despues de su muerte, en sus descendientes. Su edad y sus enfermedades lo hacen insensible á la posesion de una jóven. No puede ver sin repugnancia y sin remordimientos la triste necesidad en que lo coloca la terminacion del proceso, de deshonrar públicamente á una jóven que lleva su nombre, y que independientemente de ese título, se halla ligada á su familia por los lazos del parentesco. No puede vacilar en proseguir el negocio, si persistís en colocaros entre Regina y él; mas si desapareceis del proceso, no le quedará por contrario mas que una niña que compadece y respeta: correrá el velo de la indulgencia de un padre sobre todo, consentirá en no revindicar jamas la residencia de su muger en su palacio, y le dejará la disposicion de su fortuna personal, y no exigirá

otra cosa mas que continúe llevando su nombre en la casa de su abuela, y que se separe del que ha colocado una duda sobre su opinion y dado un pretesto á la pública maledicencia. Los cómplices en el rapto serán puestos en libertad tan pronto como el príncipe haya retirado su acusacion. En cuanto á vos, no os pide mas que os alejéis de Roma, por precio del sacrificio completo que hace de sus derechos y sentimientos. Roma verá, dice él, cuál es el mas generoso y verdadero amigo de esa niña; su pretendido tirano, que conserva su honor y le vuelve la posesion de sí misma, ó el jóven extranjero que sacrifica á su amor la persona amada.

“Despues de haberme dirigido este largo discurso, se retiraron. Me suplicaron que reflexionara solo y sin la menor influencia estraña, en lo que me imponía mi deber y en las proposiciones del príncipe y del gobierno.

“No he reflexionado; he gritado en fuerza de mi dolor, precipitándome en el enlozado de mi prision.... Tenia dos vidas en mis manos, la de Regina y la mia; he sacrificado la mia!.... ¿Que me acuse, que me odie! ¿que me maldiga! ¿no importa! Tú me conoces; cuando el deber me señala un camino, aun á pesar de la muerte, del fuego.... lo sigo!

“A la hora en que recibas esta, habré salido de Roma. Regina puede entrar ya en la ciudad. Su familia y la sociedad la recibirán como debe ser recibida. Será la dueña de su vida, la gracia de la casa de su abuela y el ídolo de ese país de la belleza. ¿Que me olvide! ¿Clotilde misma es quien se lo manda por mi voz! Tal vez un dia!

“Parto pasado mañana para España, donde voy á entrar de nuevo en el servicio en mi regimiento de la guardia real, de que

es coronel un tío mío. No tiene otro pariente, me llama á su lado y es padre de una jóven, su hija única; sé que alimenta proyectos de union de la familia. Yo no podria amar á persona alguna, despues de haber amado á la que la naturaleza ha dotado de inimitables perfecciones, y que no tiene igual sobre la tierra. Me embarcaré para las Filipinas, iré hasta donde el nombre de Europa no vaya á perseguirme. Se perderán mis huellas en el universo. No pienses ya en mí; mas piensa en Regina, yo te lo suplico, y no la abandones, ni á la condesa, en tierra estrangera hasta que los dos hermanos de su madre, que parten mañana para conducir las á Roma, hayan llegado á Génova.

“Te remito tres cartas para ella.

“No le entregues la última, mi última despedida, sino hasta que la hayas suficientemente preparado al golpe que le doy para salvarla!

Escribeme cuatro letras á Madrid, cuando ella haya recobrado la calma, y dime que no me maldice eternamente.”

El resto de la carta contenia infinitas recomendaciones sobre la manera con que debia yo manejar para evitar un golpe demasiado súbito á Regina.

XXXII.

No pude dejar de aprobar la conducta de Salucio, deplorando al mismo tiempo la fatal necesidad que lo habia impelido á hacer sufrir al corazón de Regina, inmolando el suyo. El no lo habia consultado. ¿Quién sabe si ella no habria preferido mil veces el destierro con él, á la libertad y á la fortuna separada de Salucio? El deber que tan cruelmente cumplia, era pues, arbitrario. Se hacia á la vez juez y sacrificador, sin interrogar

á la víctima. Y sin embargo, aquel sacrificio habia sido impuesto por la delicadeza, el honor, la virtud, y aun el amor. Mi razon se turbaba y se estraviaba ante semejante situacion.

XXXIII.

Cuando llegué á Nyons, mi rostro se hallaba tan trastornado por la horrible revelacion que tenia que hacer, que no tuve necesidad de hablar. Las mugeres que aman, tienen una vista que todo lo descubre. Antes que yo hubiese pronunciado una palabra, Regina lo sabia todo! Traté de negar, de prolongar la incertidumbre, de decir que no habia encontrado cartas en Génova, y que volveria á la mañana siguiente para esperar el correo de Roma. Mi fisonomía mentia. No pude engañar á Regina ni por un instante. La fria razon que habia encontrado, hacia algun tiempo, en las espresiones de Salucio, la habian advertido. Se arrojó sobre mí, para buscar en mi vestido el paquete que me obstinaba en ocultarle. Se apoderó de él y leyó únicamente la primera línea de mi carta, y á estas palabras: *¡He cumplido con mi deber!* arrojó un grito de indignacion y de cólera, con una vibracion semejante al rugido de una leona! “*¡Vilta!*” exclamó arrojando la carta que le dirigia Salucio, sin abrirla siquiera. “Contéstale sus despedidas, me dijo en italiano; no quiero nada de él, ni aun siquiera el sacrificio de su vida á la mia. ¿Acaso le pertenezco para que me sacrifique con el mismo golpe que él se sacrifica? ¡Crueldad y cobardía! ¡Cobardía y crueldad! exclamaba pisoteando las cartas por la arena y el lodo; ¡crueldad y cobardía! de las que no quiero ver una imagen ni una huella á mi rededor! ¡No, no! no era él digno de un latido del corazón de una romana! Que vaya á amar á las mugeres formadas de nieve y de espumas del mar de su país! ¡Nada quiero de él, ni aun su nombre, me dijo lanzándome una mirada imperiosa y soberbia que no admitia réplica.”

Pronunciando estas palabras se lanzó hacia la escalera, subió á su cuarto, abrió la ventana, y con los cabellos sueltos, los brazos estendidos al cielo y volviéndose hacia las montañas de Italia, hizo una imprecacion interrumpida por sus sollozos, como si hubiese creído que su voz podía ser escuchada por su amante en Roma; arrojó al jardin, haciendo un gesto desesperado, todas las cartas, cabellos, reliquias y recuerdos mutuos de su amor á Salucio. Llamando despues á su nodriza; "Baglia, gritó, vé á recoger todo eso y arrójaló en lo mas profundo del lago, despues de atarle una piedra para que las olas no traigan jamas ningun resto! Yo quisiera ahogar tambien los seis meses de amor y de delirio que he tenido por él!"

Lo nodriza obedeció murmurando é indignándose como Regina, de cuya cólera parecia participar. La pobre condesa Livia, pálida y silenciosa, sollozaba en su canapé, combatida entre la alegría de recobrar á su hija libre, y la vergüenza de verla abandonada por su amante!

Regina despues de aquel acceso de rabia, se arrojó en su cama y permaneció dos dias encerrada sin querer presentarse, descansando en los brazos de su nodriza, que trataba en vano de calmarla. Encontré dos ó tres veces aquella muger en la escalera y le pregunté por la salud de Regina. Ya ha recobrado su corazon, me respondió la transteverina en italiano, y curará su cólera con el desprecio! Si fuese yo, ya me habria curado con sangre!" La nodriza parecia mirar como la mas sangrienta de las afrentas, la generosidad de Salucio. Y cuando yo pronunciaba esa palabra: "No, no señor, me decia ella, no hay generosidad contra el amor! Cuando se ama en mi pais, se ama y no puede hacerse otra cosa. Vosotros los franceses no comprendéis la única virtud de un corazon del Tiber; el agua de vuestro pais deslava el corazon. Un romano habria arruinado y deshonorado á mi jóven ama; pero la habria amado hasta la muerte. ¡Lo desprecio demasiado!"

XXXIV.

Al tercer dia, apareció, en fin, Regina, muy pálida, pero tambien mas tranquila. Viéndome en el jardin, se acercó á mí colocando un dedo en su boca, como para manifestarme con aquella señal, que no despertase jamas su nombre en su oído. Parecia profundamente compadecida y aun enternecida al observar la espresion de tristeza y de ansiedad que habian cambiado mi rostro durante aquellos tres dias. "No os entregueis por mí al pesar, me dijo oprimiéndome la mano y mirándome con una espresion de solicitud y de confianza que descubria cien mil cosas en su pensamiento; su misma mano ha arrancado el dardo de mi corazon, y ya estoy curada! En la tumba de Clotilde, no fué Clotilde la que encontré, sino su fantasma! ¡Ese fantasma se ha desvanecido! ¡No, no era el hermano de Clotilde! tenia sus facciones, pero no su corazon!"

Dejando caer en seguida su mano, y volviéndose con vivacidad para alejarse de mi lado y continuar su camino hacia el lago: "Vos, sois quien habrais tenido su corazon," dijo en voz baja.

En la tarde me suplicó que la condujese muy lejos, con el objeto de fatigarse en la montaña, y poder, á fuerza de cansancio, gozar un poco de sueño. Yo la obedecí. Caminamos desde las dos de la tarde hasta la entrada de la noche por las viñas, las quebradas y los bosques de castaños que cruzan en todas direcciones á los piés del Jura.

Sus tios, que habian llegado á Genova, debian ir por ella á la mañana siguiente, para conducirla á Roma por el camino de Valais y de Milan. Parecia que deseaba prolongar, lo mas que le fue-

se posible, el último día que le restaba que pasar conmigo. Era tan joven, tan hermosa, lucían tanto en su cuerpo los rayos del sol, estaba tan bien colocada en aquel cuadro maravilloso del cielo, de los bosques y de las aguas; en el que la veía tan deslumbradora, y del que iba á verla desaparecer; era yo tan joven y tan sensible á aquella belleza, que si no me hubiese visto contenido por las dos sombras que entre los dos se interponían (la de *** y la de Salicio), no habría podido resistir al atractivo, y hubiera ofrecido mi corazón á sus pies, como aquellas hojas desprendidas del árbol que pisaba al caminar.

Ella misma parecía buscar voluntariamente, mas bien que huir, del encuentro de las palabras ó de las miradas que hubieran podido conducir una confesion ó una explosión de nuestros dos corazones. Una penosa incertidumbre pesaba sobre nuestra actitud y nuestra conversacion. La conduje hasta el patio de la casa, donde la sombra de los platanares y de las paredes aumentaba la oscuridad, sin haber descubierto con una palabra lo que en nuestro interior pasaba. Yo debía partir aquella noche. Se detuvo y se volvió hácia mí antes de subir las primeras gradas de la escalera.

—¿Y qué, no volveréis nunca á Roma? me dijo con una voz que temblaba con anticipacion, por lo que iba á contestarle.

—No, le respondí, no soy libre.

—¿Y dónde pasareis este invierno?

—En Paris, le contesté.

Entonces, tomándome por última vez la mano: Pues bien, yo soy libre, dijo, y yo iré allá.

Comprendí el acento de resolucion inflexible y apasionado con que pronunció aquella especie de juramento interior, de volver á vernos.

—No, le respondí, no váyais nunca.

—Iré, dijo ella.

La noche fué triste y silenciosa en el salon de la condesa Livia, como lo es entre amigos la vispera de una eterna separacion.

El invierno siguiente recibí en Paris una carta de Regina, que me manifestaba que acababa de llegar, con su abuela, y que habian descendido, acompañadas de uno de los tios de la joven princesa, en el hotel de ***.

Volvimos á vernos en Paris.



Segun lo ofrecí en la nota que se halla al calce de la página 93, pongo aquí la traduccion de la poesía titulada:

LA FUENTE EN EL BOSQUE.



Fuente bulliciosa y pura,
Que brotas de hendida roca
Sobre el lecho de verdura
Que tu clara linfa toca.

El mármol que antiguamente
Aprisionó tus primores,
Deja escapar tu corriente
Sobre una alfombra de flores;

Y ya el Delfin enmohecido
No arroja en plumas vistosas,
Formando un iris lucido
Las tus aguas espumosas.

Sombra y templo venerado
Te dan sabinos hermosos,

Que inclinan hácia tu lado
Sus troncos fuertes, nudosos.

Hojas que otoño abandona
Caen á tu seno amarillas;
Y el verde musgo corona
De tu estanque las orillas:

Mas no cesas de correr,
Cual los corazones buenos
Que ocultos saben verter
Consuelo en males ajenos.

Sobre tu orilla inclinado
Miro tus ondas azules
Filtrar como rocío amado
Entre las guijas que pules.

Y de tu gota armoniosa
Escucho el sonido eterno
Como una voz melodiosa
Que corta un suspiro tierno.

A este ruido con presteza
Mi juventud juzgo ver,
Llenándome de tristeza
Gratos recuerdos de ayer.

¡Ay! cuántas veces, si vieras,
A tan dulce murmurar,
He buscado tus riberas
Para vivir ó llorar.

¡Cuántas pasadas escenas
Se mezclaron con tu ruido!
Y ¡cuál de mis tristes penas
Con tus ondas no ha corrido?

Yo soy aquel que algun día
Miraste venir ufano,
Y quien tus olas movía
Con tierna y ligera mano.

El mismo que adormecido
Bajo este bello arbolado,
Por las gotas de tu fluido
Sus ensueños ha contado.

De esa edad la primera hora
Brillaba como la nube,
Que el alba risueña dora,
Y en la tarde negra sube.

Después lleno de tristeza
Deplorando acerbos males,
Vine á apoyar mi cabeza
En la roca de que sales.

Sumido en desdicha cruenta
Mis ojos te contemplaban;
Y cual gotas de tormenta,
Mis lágrimas te enturbiaban.

Solo en tus ecos quería
Exhalar mi pena ardiente,
Pues tu gemir respondía
A mi gemir, ¡cara fuente!

Como entonces, vengo ahora
Con intento irresistible
A escuchar tu voz sonora
Y á gozar sombra apacible;

Mas mis ideas estraviadas
No siguen ya tus corrientes,

Cual las hojas desecadas
Que llevas á los torrentes.

De un mundo que lo importuna
Vuelve á ti mi pensamiento,
Y á la luz de casta luna
Se recoje en un momento.

Olvidando el rio caudal
A do tu curso te envia,
Remonto en cada ramal
Hasta el dedo que te cria.
Te miro hija de las nubes
Flotando en vagos vapores,
Que con las tormentas subes
Que destilas en las flores;

Veo que en las peñas sedientas
Desparecen tus raudales,
O el césped en gotas lentas
Bebe tus mansos cristales.

Filtras, perla virginal,
Por el misterioso suelo
Hasta que tu onda sea igual
Al brillante azul del cielo.

¡Apareces! Con tu aliento
Vida al desierto derramas,
Y por sombrearte, contento
Estiende el árbol sus ramas.

Te saluda el ave en coro
Y el hombre, este ser arcano,
Te recoje en copa de oro
O en el hueco de su mano.

Tu murmullo encantador
Dice al ave pasajera:
"El mandato del Creador
"Para tí correr me hiciera."

"De Dios la mano aquí mira,"
A mi alma le dices luego;
"Esto que el ángel admira,
"De su poder solo es juego."

Mi corazón hacía él
Preparas con dulce encanto:
De natura el amor fiel
Es un himno á su Autor santo.

De tus ondas al sonido
Conozco que se levanta
Cierta acento conmovido
Que en mí lo anuncia y lo canta.

Y el alma llenan sin cuento
Las ideas de un Ser tan bueno;
Desbordarse mi amor siento
Por no saber ya en mi seno.

En fin, ardiente lo imploro
Espresando lo que pienso;
Y digo: ¡"Tú á quien adoro,
Ten mi llanto por incienso!"

Ahora me miras en suma
Diferente del de ayer:
¡El cisne muda de pluma,
Se ven las hojas caer!

Pronto hacía tí inclinaré
Mi débil y cana frente,

Y algun ramo arrancaré
Para que mis piés sustente.

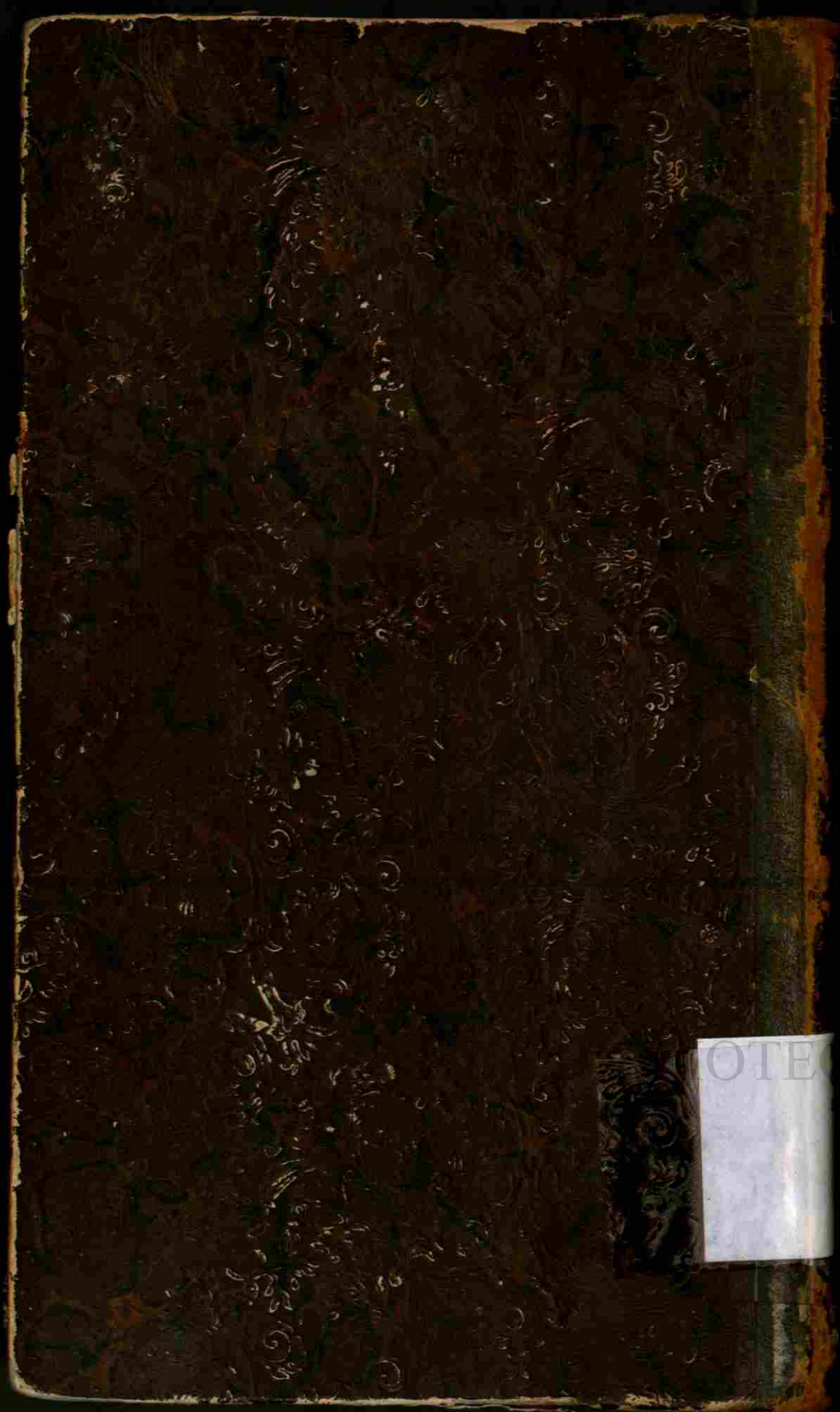
Sobre tus bordes sentado
Mi fin miraré venir
Tranquilo, pues me has mostrado
Cómo se debe morir.

Viendo que huyen de continuo
Tus ondas sin mas volver,
"He aquí," me diré, "el camino
Que mis días han de correr."

¿Cuántos me quedan?..... ¿Qué importa?
Veo dónde vas á parar,
Pues nuestra vida se acorta,
Corre agua sin descansar.

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



OTE